

EL ESPAÑOL

3 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

del 22-28 noviembre 1959 - Dirección y Administración: Pinar, 5 - Il Epoca - Núm. 573 Depósito legal: M. 5.869 - 1954

NUEVO ESTILO

EVOLUCION DE LA MUJER ESPAÑOLA EN LOS ULTIMOS VEINTICINCO AÑOS





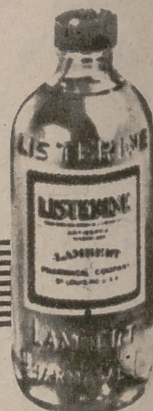
DESDE PEQUEÑO

Es más fácil prevenir las enfermedades de los dientes, que curarlas. De ahí la necesidad de acostumbrar a los niños al uso de la Crema Dental LISTERINE, que sabe bien, es refrescante y contiene Actifoam, el agente que evita las fermentaciones y, por lo tanto, el mal olor.



Complemente la higiene buco-faríngea con el famoso antiséptico LISTERINE que mata en 15 segundos 200 millones de los llamados microbios de superficie.

Reduce la propensión a los catarros y combate anginas y resfriados.





La Sección Femenina no olvida la cultura física en la formación integral de la mujer

NUEVO ESTILO

Evolución de la mujer española en los últimos veinticinco años

Por las tierras y los paisajes de España la mujer se ha transformado. Si algo hay claro en la serie de evidencias de estos últimos años es este cambio radical de la mujer española.

Fueron otras mujeres fermento de esta evolución. Mujeres llenas

de ánimo, andariegas y valerosas, como cien Santas Teresas lanzadas a esos raros caminos de nuestra geografía: las muchachas, las mujeres de la Sección Femenina. Un puñado primero, luego unas cuantas docenas. Cientos y miles más tarde.

Las mujeres españolas han aprendido por ellas a cantar, a bordar, a trabajar y a pensar de un modo nuevo y con un nuevo sentido.

Se cumple ahora el XXV aniversario de la fundación de la Sección Femenina de la Falange.

En la Exposición organizada por la Sección Femenina se recoge de clarísima manera la importante labor desarrollada por la Institución en veinticinco años





Uno de los primeros actos de carácter nacional de la Sección Femenina fue la magna concentración de Medina del Campo, en 1939

Veinticinco años de un quehacer que no supo de descansos, que ha ido en línea ascendente a encenderse como una bengala, marcando la realidad de un cuarto de siglo definitivo para la evolución de la mujer española.

LOS PRIMEROS TIEMPOS

Estamos en la Exposición con que la Sección Femenina inaugura en el Círculo de Bellas Artes de Madrid y en el que se recogen datos de veinticinco años de historia.

Como en un noticiario desfilan las caras y las fechas. Camisas azules, muchachas sonrientes, con ese estilo limpio y claro que caracteriza a la mujer falangista.

Desde aquel primer núcleo sólo compuesto por siete nombres, hasta las cifras, las complicadas estadísticas de una obra hoy ingente.

Siete muchachas fueron las fundadoras de la Sección Femenina. Eran las que marchaban a las cárceles, quienes bordaron yugos y flechas para hermanos, amigos, novios y compañeros, las que dieron ánimos, aliento y rezaron por los otros. Siete nombres históricos: Pilar Primo de Rivera, Dora Maqueda, Dolores Primo de Rivera, Inés Primo de Rivera, Marjorie Munden, Luisa María de Aramburu y María Luisa Bonifaz. Ellas conocieron en aquellos años anteriores a la guerra, en aquellos años de angustia lo que su intervención significaba y lo que la nueva mujer española había de significar en España.

Cárceles, detenciones, periódicos que saltan, canciones que nacen.

un programa político que estas mujeres comprenden y extienden a otras mujeres. Pronto el grupo es numeroso en lo que cabe. El estallido de la guerra sorprende unos cuantos cientos de mujeres que emprenden una nueva tarea.

Los servicios que las muchachas de la Sección Femenina prestaron en guerra fueron muchos y de valor incalculable. Por ellas actuaba un nuevo espíritu, el aire se impregnaba de su comprender, y estaba claro que un nuevo tipo de mujer, consciente, eficaz, preocupada por su patria, había nacido.

Unas ocho mil enfermeras de la Sección Femenina prestaron sus servicios.

Funcionaban a la vez mil ciento cuarenta lavaderos, cuatrocientos Centros para el Descanso del Soldado, veinte mil talleres, dos mil servicios de guerra, dos mil quinientos de ayuda al campo y los numerosos servicios de Auxilio Social.

En total unas trescientas mil mujeres prestando toda clase de servicios auxiliares.

UN NUEVO SENTIDO

Más importante que el trabajo en sí o que la preparación de estas primeras mujeres dadas a trabajar por España, fue su espíritu de renovación.

«Tengo fe en vuestra obra», las dice el Caudillo el año 1939 cuando la gran concentración en Medina del Campo, en el Castillo de la Mota, como homenaje al Generalísimo y al Ejército. «Tengo fe en vuestra obra».

Había terminado la Cruzada. Tal vez algunos espíritus mequetruinos se preguntaban: ¿Qué

harán ahora? Como si la labor de la Sección Femenina estuviera ya acabada y una vez que no había más uniformes que lavar y heridos que curar las mujeres de España debieran volver al lecho de piedra que tantos siglos los había fundado.

Pero Pilar Primo de Rivera, la Delegada Nacional, sabía muy bien por dónde conducir aquellas filas.

«Hay que volver a poner al hombre después sobre la tierra», había dicho José Antonio.

Pilar comprende e interpreta de un modo generoso y profundo todas las enseñanzas del Fundador.

«Para la mujer la tierra es la familia. Por eso, además de darles a las afiliadas la mística que las eleva, tenemos que agregarles, con nuestras enseñanzas, a la labor diaria, al hijo, a la cocina, al ajuar, a la huerta; tenemos que conseguir que encuentre allí la mujer toda su vida y el hombre todo su descanso. Que tenga una formación moral tan justa que sepa distinguir el bien del mal; que no duerma tranquila una noche si por causa de ella o por negligencia suya se ha cometido una injusticia; que el espíritu de Cristo anime su vida y que tenga siempre como norma la doctrina de la Falange, que es toda ella claridad, limpieza y alegría.»

De aquí iba a partirse para llegar a conseguir una mujer totalmente distinta.

No solamente las propias mujeres de la Sección Femenina, sino todas aquellas con las que se pusieran en contacto.

Muchos creyeron en una «masculinización», cuando en realidad lo que hizo la Sección Femenina, lo que ha venido haciendo, ha sido «feminizar conscientemente»; ha hecho volver a la mujer a la esencia de sí misma y aceptar todo lo que le es propio de un modo alegre, natural e inteligente.

La mujer, gracias a la Sección Femenina, hoy en día «hace» y sabe «por qué» y «para qué» lo hace.

La mujer española se ha hecho trascendente en un cuarto de siglo.

UN PLAN PARA TODAS

El plan era vastísimo. Para emprender la tarea hacía falta personal y profesorado preparado porque los objetivos eran muchos: Cultura, deportes, Asistencia Social. Y se extendían desde la muchacha de la Universidad hasta la última campesina.

Cada cual con su tarea, sí; pero tratar de desempeñarla mejor, cada día mejor, y dándole un sentido.

La Sección Femenina acometía la tarea de despertar a la «Bella Durmiente» que era la mujer española. Acometía la tarea de darle un «sentido» a su trabajo, que sería el mismo, sí, pero impregnado de algo diferente.

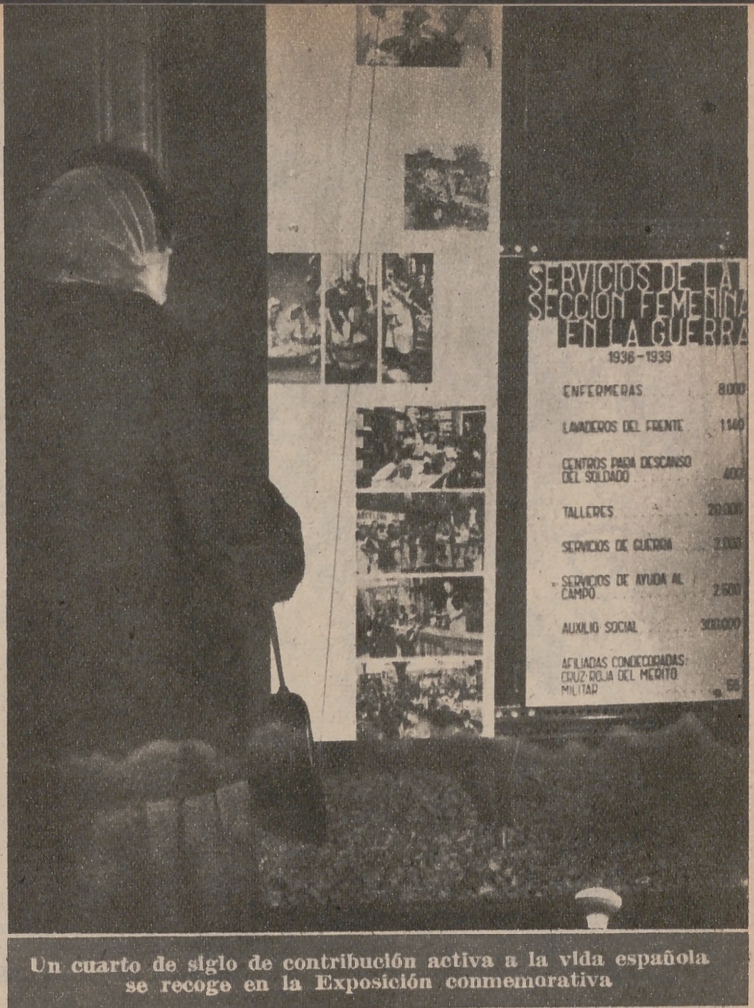
Quería enseñar a la campesina cómo cuidar eficazmente a su hijo, borrar la incultura y la superstición; enseñarle qué es la Patria y qué es lo que ella le pide; decirle que el hogar es ella misma, y su gracia y su ternura se han de reflejar en él. Había que hacerla fuerte y sana, enseñarla a jugar alegremente en la adolescencia, proveerla de todo el profundísimo sentido de su maternidad. Hacerla curiosa y activa.

LLEGAR A MIL MUCHACHAS

La Organización se extiende y complica. Se crean nuevas Regidurías, se amplían otras: Personal, Servicio Exterior, S. E. U., Juventudes, Prensa y Propaganda, Cultura, Divulgación y Asistencia Social; Trabajo, con su Servicio de Ayuda al Hogar, Servicio Social, etc.

Quizá sea esta última Regiduría la que de un modo más directo y amplio vaya a influir desde un principio en la transformación de la mujer española. Se piensa en este Servicio Social de la mujer como manera de incorporarla de un modo directo, «de piel a piel», a las tareas de la Patria. Durante seis meses todas las mujeres españolas, entre diecisiete y treinta y cinco años, acuden a cumplir obligatoriamente con el Servicio Social.

El Servicio Social se divide en dos partes, de tres meses cada una: la primera es de formación, y la mujer acude a una Escuela-Hogar, en la que aprende una serie de tareas base para su futura dedicación. Aprende una técnica vieja con un estilo nuevo. No es igual preparar sin gusto, de cualquier manera, con el terrible cansancio de la rutina y



Un cuarto de siglo de contribución activa a la vida española se recoge en la Exposición conmemorativa

un «¿para qué?» en los labios, el guiso diario, que preparar el mismo simple alimento con gracia e interés.

Así en la confección de muñecas, el adorno del hogar, la organización y la economía doméstica, la religión, el canto y la Formación Política.

Pocas mujeres españolas no han cantado o bailado hoy en día canciones sembradas en nuestras tierras. Pocas ignoran el destino y la trayectoria de España, el sentido que su quehacer tiene en la Historia.

Durante la prestación la mujer acude a algún centro sanitario de Auxilio Social u otro carácter cualquiera.

En estos años nada menos que 695.744 mujeres terminaron su Servicio Social. Otras 6.866 lo

hicieron en los internados de la Sección Femenina.

Y no es igual el Servicio Social de una campesina que el de una universitaria. En cada caso se atiende al carácter especial de la cumplidora.

La estudiante hace su Escuela-Hogar durante el bachillerato; más tarde, ya en la Universidad, acude interna a un Albergue de cumplidoras. De allí pasa a la prestación.

Miles y miles de muchachas pasaron, al finalizar el período del Servicio Social, a ingresar como afiliadas a la Sección Femenina.

Era el espíritu del Albergue, el de la Escuela-Hogar, que las convertía a una nueva manera de ser.

CHRISTMAS CARDS

(Felicitaciones de Navidad)

4.000 MODELOS

Desde una peseta, con sobre

Fábrica: **JHERR** - Velázquez, 124



Las labores hogareñas constituyen un importante capítulo en las tareas docentes de la Sección Femenina. En la fotografía, el Curso Nacional de Hogar en la Escuela «Nuestra Señora de la Almudena», de Madrid

UN FOLKLORE VIVO

Llegar a todas partes en España y llegar al mundo entero. Este parecía ser el lema de Pilar.

España tenía el más bello acervo de canciones y danzas del mundo entero. Por la hermosura de estas melodías, por la gracia y la reciedumbre de estas danzas la Sección Femenina llegó a miles y miles de seres.

Había danzas que se perdían; una riquísima tradición de folklore, que salvan las Instructoras de la Sección Femenina, fueron a todas partes.

Era llegar a un pueblo y preguntar a los más viejos.

—¡Ah! Aquella danza.

Y los campesinos bailaban para ellas, que aprendían, cantaban, y ellas vertían al papel pautado hasta conseguir sus maravillosas canciones y tener material para que ballaran 2.250 grupos, que son los grupos de baile de los que dispone en la actualidad.

Nada menos que 74 viajes internacionales han hecho desde 1942 los Coros y Danzas de la Sección Femenina en recorridos triunfales por Europa y América.

Los grupos de Coros y Danzas tiene hoy en día unas 40.000 componentes.

Las muchas, los hombres, volvían a aprender los bailes de su tierra y los de otras tierras. Nunca se ha entendido tanto en escuelas, colegios, institutos, talleres y Empresas de canto y de baile de España como en la actualidad. Las escolares más pequeñas comienzan conociendo las

danzas y las nanas más sencillas, y el folklore español hoy en día es algo perfectamente vivo.

PROBLEMAS DE PROFESORADO

Hablábamos del problema planteado en un principio: falta de profesorado, Instructoras preparadas. Y hubo que improvisarlas.

Así, la Sección Femenina divide todos estos años la tarea en cuatro etapas. La primera etapa, de 1940 a 1943, en la que con tres cursos de tres meses se consiguen 241 Instructoras.

De 1945 a 1949 se eleva el número de las Instructoras y la duración de los cursos se amplía: otros tres cursos de seis meses, le los que salen 584 Instructoras. En la tercera etapa, de 1951 a 1953, se realizan dos cursos de nueve meses, con un total de 287 Instructoras, y, por último, la cuarta etapa, de 1956 a 1959, en la que la formación de una Instructora dura tres años, siendo el último de ellos el de especialización. Hoy en día una futura Instructora ha de tener el bachillerato elemental y efectuar una prueba de aptitud al ingresar en los cursos.

Con todo ello se ha conseguido un profesorado cada vez mejor, que forme en canto, danza, deportes, labores, etc., a las numerosas escolares de toda España y que cubra los cuadros de profesoras de las Escuelas y Albergues de la Sección Femenina.

APRENDIENDO DEPORTES

La mujer española no sabía

jugar y había que enseñarla a jugar. Se quieren mujeres fuertes, tostadas por el sol, que sepan de la alegría de un deporte.

La Sección Femenina se esfuerza en formar a la mujer en numerosos deportes: balonmano, balonvolea, baloncesto, natación, esquí, gimnasia. Todos éstos son los deportes que se cubren con resultados fantásticos.

En todos los Colegios y Escuelas las niñas comienzan a jugar con la Instructora y aprenden gimnasia; sus movimientos son graciosos y libres, y una nueva seguridad nace para estas muchachas.

En este campo como en los otros, la Sección Femenina se enfrentó con el problema de un profesorado competente.

En la primera etapa lo solucionó con cursos acelerados. Son los tiempos de Dela y de Ciudad Lineal, donde las chicas trabajaban de un modo dufísimo y una Instructora se formaba en semanas, asimilando técnicas y entrenándose de modo intensivo.

La segunda etapa incluye la creación de la Escuela Nacional de Educación Física, en la tercera la Escuela Superior y desde el año 1956 la formación de estas Instructoras dura tres años y se realiza en la Escuela de la Ciudad Universitaria de Madrid.

Gracias a este inteligente plan, España cuenta con un plantel magnífico de mujeres deportistas y la afición a algún deporte se ha extendido por todo el suelo patrio.

Los graciosos bombachos azules de las chicas de la Sección Femenina son ya conocidos. Han batido campeonatos, partidos y puesto.



La Escuela de Especialidades de Santa María de la Almudena organiza cursos de formación de enfermeras, en los que numerosas jóvenes son preparadas para su importante función sanitaria

Un nuevo nervio en nuestra manera de ser.

Actualmente existen 230 profesoras nacionales, 277 Instructoras generales, 64 entrenadores y entrenadoras. Hay 1.387 equipos de baloncesto, 1.154 de balonvolea, 1.287 de gimnasia y 641 de balonmano.

CULTURA Y TEATRO

Las cifras todas que ofrecen esta Exposición del XXV aniversario de la Fundación de la Sección Femenina de Falange, son fabulosas.

Se ha realizado una labor que para los de fuera resulta asombrosa. Día a día, con un tesón admirable, todos y cada uno de los objetivos se han ido cubriendo con éxito.

Nada se ha olvidado. Desde el ángulo de la cultura las cifras son tajantes.

Se han realizado 2.403 lecturas de teatro por universitarias. El T. E. U. ha dado 2.015 representaciones, 10.130 muchachas bailan en unos 205 grupos de universitarias. Se han presentado 456 obras de teatro y dado 502 conferencias. De exposiciones y audiciones musicales se han realizado 210 y 294.

LAS NIÑAS APRENDEN «ESTILO»

En la Formación de Escolares el esfuerzo ha sido muy grande.

La Sección Femenina no podía descuidar la parte más delicada e interesante de su labor. A la niña española, había que formarla desde sus primeras letras.

El estilo de los Colegios de la Sección Femenina es algo tan in-

terezante, claro y distinto, que no puede ser confundido con nada.

Un estilo en el que la ñoñería no tiene sitio, la comprensión gana el ambiente, y el escolar aprende a tener sentido de la responsabilidad en su tarea diaria. Todas las cosas menudas se tornan trascendentes y las escolares de los

Colegios «San Benito» no pueden ser confundidas.

La Sección Femenina posee 183 Colegios Menores, 190 Colegios de Segunda Enseñanza, 195 Escuelas de Magisterio, 360 de Formación Profesional y 2.666 Colegios de Primera Enseñanza.

Las cifras asombran al profano



La perfecta ama de casa necesita sólida formación en menesteres a cual más diversos. La Sección Femenina atiende a este plano decisivo de la familia española

en esta labor que durante veinticinco años han realizado un puñado de mujeres al mando de Pilar Primo de Rivera. Y en todas partes el mismo esjlo abierto, el mismo profundo sentido.

La frivolidad ha quedado desterrada.

DESTERRAR EL MAL GUSTO

Ha quedado desterrada también la tontería. Nada más limpio, ni más austero, ni más sencillamente alegre que esos interiores que decora la Sección Femenina. Sus Albergues, sus Escuelas, los sitios en los que el espíritu de la mujer falangista está o pasa, tienen un espíritu, un aire y un estilo especial.

Señoras de otra generación, madres que nada supieron de esta formación, se han dejado ganar por el gesto y la exquisitez de las mujeres de la Sección Femenina.

Nuestras madres compran la Agenda de la Sección Femenina porque las ofrece ideas nuevas, aprenden el sentido decorativo de cada rincón del hogar. Y todas las mujeres van sabiendo que es lo fiño, lo estrepitoso, lo pretencioso y lo inútil en el hogar. Ellas enseñan la sencillez y cómo colocar unas flores, y cómo un mueble sencillo y mil veces preferible.

La Sección Femenina se ha encargado de dar a la mujer un sentido artístico del hogar, un gusto por él. Ha dicho: «Ahí estás tú.»

Este estilo tan de la Sección Femenina, este estilo tan conocido, se marca en todas sus cosas. La Sección Femenina ha reconstruido castillos y quintas; ha levantado Escuelas y Albergues en lugares en los que la mujer podría encontrar a la Patria. Y ha arreglado interiores austeros y limpias contra paisajes de belleza maravillosa para que la mujer, entre uno y otro, se encontrara a sí misma en el nuevo estilo.

Ahí está el Castillo de la Mota, Escuela Nacional de Mandos «José Antonio»; la Escuela Nacional de Instructoras Generales «Isabel la Católica», en el Castillo de las Navas; la Escuela Nacional de Orientación Rural «Onésimo Redondo» e Instituto

Laboral de modalidad agrícola, en Aranjuez; la Escuela de Especialidades «Julio Ruiz de Alda», en la Ciudad Universitaria de Madrid; la Escuela Nacional del Servicio Social «Santa Teresa», en El Pardo, y la «Ramiro Ledesma», en Peñaranda de Duero.

En todos estos lugares, en los que se forman Instructoras y Mandos de la Sección Femenina, la «imprompta» de su estilo está clarísima.

Un estilo que marca un nuevo camino para la mujer.

EN TORNO AL FUEGO DE ALBERGUE

Una de las labores más interesantes acometidas por la Sección Femenina ha sido la labor de Albergues.

El Albergue es un lugar de expansión. A él acuden en plan de descanso niñas o muchachas. El Albergue es un lugar de vida ordenada en el que cada hora del día está dedicada a algo. La niña, la muchacha, aprenden que un descanso puede ser algo «positivo» para espíritu y cuerpo.

La hora de la canción, como la del paseo; la charla alrededor de un pino con el padre, que explica su tema religioso; las palabras de la Jefe de Albergue en torno al divertido Fuego de Albergue, todo deja una huella indeleble.

Cuántas niñas y muchachas que ya son madres desearían volver a correr por los pasillos de aquella casita, de aquel caserón, al son de la campanilla de la jefe de día.

A espaldas de uno, el mar o la montaña; y en la tarde unas canciones muy bellas y una hermandad nueva entre mujeres de una nueva manera de ser.

CARAVANAS PARA ENSEÑAR

Estas mujeres nuevas hicieron muchas cosas.

Son intrépidas, y cada día piensan una nueva empresa. Tienen ánimo misiones de luz y nada les asusta.

Así, con este espíritu, nacieron las Cátedras Ambulantes, en las que, encerradas en una caravana de carromatos, un puñado de

Instructoras marchan por los pueblos españoles enseñando a otras mujeres cómo cuidar a un niño de acuerdo con las modernas normas de la higiene, cómo mejorar una alimentación, cómo hacer de la habilidad manual una forma de conseguir un sobresueldo en la casa.

La Sección Femenina ha dado ápmos a miles de mujeres para que borden, tejan o labren, y la artesanía española femenina es una de las mayores joyas patrias.

Las Cátedras Ambulantes ayudan a esta tarea y a la vez establecen consultas de puericultura.

Las Cátedras Ambulantes son tres: dos nacionales y otra provincial. Cada Cátedra se compone de un coche de cultura, con biblioteca y otras instalaciones; un segundo coche de industrias rurales, en las que las mujeres aprenden desde cómo fabricar un queso hasta el manejo del parto. El coche número 3 es la clínica, y el 4 la vivienda. En los remolques van dos coches-aulas, un tercero con el grupo electrógeno y, por último, el coche-cocina.

El personal de la Cátedra es sencillo: una Jefe de Cátedra, una médico-puericultor, Instructoras de Industrias rurales, corte, labores, juventudes y música.

Cada pueblo visitado por las Cátedras Ambulantes recuerda con nostalgia el tiempo que estas abnegadas mujeres pasaron allí, ganándose su estima y su confianza.

EL CAMPO ES ESPAÑA

Porque a los pueblos ha ido tanto como a cualquier otro sitio la atención de las mujeres falangistas. En Artesanía hay acogidas unas tres mil mujeres y se han establecido 45 mercados.

La Sección Femenina ha realizado 78 Exposiciones con la labor de estas artesanas.

Por los pueblos de España ha realizado su labor sanitaria, regalando ropas, abriendo dispensarios infantiles, de los que ya funcionan 15; haciendo curas a domicilio.

Por los ambientes rurales y obreros han ido las Divuladoras de la Sección Femenina, las Visitadoras Sociales, enfermeras, ayudantes técnicas, sanitarias, asistentes sociales y ayas. Unas tres mil novecientas setenta y tres mujeres en total, que han enseñado el peligro de una práctica cualquiera, han acabado con la curandería, con la ignorancia; han dicho cómo sacar unas frutas a la huerta y cómo alimentar mejor al hijo.

Y, al cabo, una canción y una sonrisa, una palabra de aliento y la conversión de todas las mujeres españolas a un nuevo sentido de vida alroso y profundo.

María Jesús ECHEVARRIA



En torno a Pilar Primo de Rivera, un grupo comenta la Exposición donde muestra la tarea de veinticinco años de vida de la Sección Femenina

...POR CORRESPONDENCIA....



**DOMINOGRAFIA
CCC**



**INGLES
CCC**



**SOLFEO
CCC**



**LATIN
CCC**



**JUDO
CCC**



**FRANCES
CCC**



**ADMINISTRADOR
CCC**



**CORTE
CCC**



**ORTOGRAFIA
CCC**



**ALEMAN
CCC**



**ACCION
CCC**



**CULTURA
CCC**



**TRIBUTACION
CCC**



**DIBUJO
CCC**



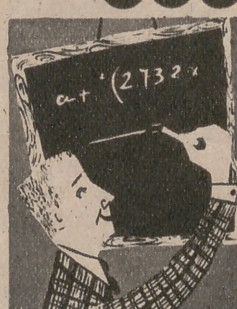
**TAQUIGRAFIA
CCC**



**PROTECNIA
CCC**



**ACORDEON
CCC**



**CALCULO
CCC**



**SECRETARIADO
CCC**



**CONTABILIDAD
CCC**

... para de estos cursos le proporcionará no sólo satisfacción personal, sino también la posibilidad de alcanzar múltiples ventajas económicas. Los cursos y servicios CCC son considerados como los más perfectos y mejor organizados. Es incomparable para estudiar cómodamente en su propia casa, con rapidez y verdadero provecho.

AUTORIZADO POR EL MINISTERIO DE E. N.

CORTE O COPIE Y ENVIE ESTE CUPON

Envíeme información **GRATIS** sobre el curso o cursos de _____

NOMBRE _____

DOMICILIO _____

POBLACION _____ PROVINCIA _____

REMITASE A CCC-APARTADO, 108- EX-B-156-SAN SEBASTIAN

CUANDO SE HA SABIDO

VIVIR SE SABE MORIR

El Testamento de José Antonio, una lección permanente

En el aniversario de su muerte, como homenaje a José Antonio, reproducimos aquí las declaraciones generales de su testamento, escritas después de condenado a muerte. Fue ésta su última lección de serenidad, de elevación moral.

CONDENADO ayer a muerte, pido a Dios, si todavía no me exime de llegar a ese trance, me conserve hasta el fin la decorosa conformidad con que lo preveo, y al juzgar mi alma no le aplique la medida de mis merecimientos, sino la de su infinita misericordia.

ME acomete el escrúpulo de si será vanidad y exceso de apego a las cosas de la tierra el querer dejar en esta coyuntura cuenta sobre algunos de mis actos; pero como, por otra parte, he arrastrado la fe de muchos camaradas míos en me-

da superior a mi propio valer (demasiado bien conocido de mí, hasta el punto de dictarme esta frase con la más sencilla y contrita sinceridad), y como incluso he movido a innumerables de ellos a arrosar riesgos y responsabilidades enormes, me parecería desconsiderada ingratitud alejarme de todos sin ningún género de explicación.

NO es menester que repita ahora lo que tantas veces he dicho y escrito acerca de lo que los fundadores de Falange Española intentábamos que fuese. Me asombra que, aun después de tres años, la inmensa mayoría de nuestros compatriotas persistan en juzgarnos sin haber empezado ni por asomo a entendernos y hasta sin haber procurado ni aceptado la más mínima información. Si la Falange se consolida en cosa duradera, espero que todos perciban el dolor de que se haya vertido tanta sangre por no habérsenos abierto una brecha de serena atención entre la saña de un lado y la antipatía del otro. Que esa sangre vertida me perdone la parte que he tenido en provocarla y que los camaradas que me precedieron en el sacrificio me acojan como el último de ellos.

AYER, por última vez, expliqué al Tribunal que me juzgaba lo que es la Falange. Como en tantas ocasiones, repasé, aduje los viejos textos de nuestra doctrina familiar. Una vez más observé que muchísimas caras, al principio hostiles, se iluminaban, primero con el asombro y luego con la simpatía. En sus rasgos me parecía leer esta frase: «¡Si hubiésemos sabido qué era esto, no estaríamos aquí!» Y ciertamente no hubiéramos estado allí: ni yo ante un Tribunal popular ni otros matándose por los campos de España. No era ya, sin embargo, la hora de evitar esto, y yo me limité a retribuir la lealtad y la valentía de mis entrañables camaradas, ganando para ellos la atención respetuosa de sus enemigos.

A esto atendí y no a granjearme con gallardía de oropel la póstuma reputación de héroe. No me hice «responsable



de todo» ni me ajusté a ninguna otra variante del patrón romántico. Me defendí con los mejores recursos de mi oficio de abogado, tan profundamente querido y cultivado con tanta asiduidad. Quizá no falten comentadores póstumos que me afeen no haber preferido la fanfarronada. Allá cada cual. Aparte de no ser primer actor en cuanto ocurre, hubiera sido monstruoso y falso entregar sin defensa una vida que aún pudiera ser útil y que no me concedió Dios para que la quemara, en holocausto a la vanidad, como un castillo de fuegos artificiales. Además, que ni hubiera descendido a ningún ardid reprochable ni a nadie comprometía con mi defensa, y sí, en cambio, cooperaba a la de mis hermanos Margot y Miguel, procesados conmigo y amenazados de penas gravísimas. Pero como el deber de defensa me aconsejó, no sólo ciertos silencios, sino ciertas acusaciones fundadas en sospechas de haberseme aislado adrede en medio de una región que a tal fin se mantuvo sumisa, declaro que esa sospecha no está, ni mucho menos, comprobada por mí, y que si pudo sinceramente alimentarla en mi espíritu la avidez de explicaciones exasperadas por la soledad, ahora, ante la muerte, no puede ni debe ser mantenida.

OTRO extremo me queda por rectificar. El aislamiento absoluto de toda comunicación en que vivo desde poco después de iniciarse los sucesos sólo fue roto por un periodista norteamericano, que, con permiso de las autoridades de aquí, me pidió unas declaraciones a primeros de octubre. Hasta que, hace cinco o seis días, conocí el sumario instruido contra mí, no he tenido noticia de las declaraciones que se me achacaban, porque ni los periódicos que las trajeron ni ningún otro me eran asequibles. Al leerlas ahora declaro que entre los distintos párrafos que se dan como míos, desigualmente fieles en la interpretación de mi pensamiento, hay uno que rechazo del todo: el que afea a mis camaradas de la Falange el cooperar en el movimiento insurreccional con «mercenarios traídos de fuera». Jamás he dicho nada semejante, y ayer lo declaré rotundamen-



te ante el Tribunal, aunque el declarar lo no me favoreciese. Yo no puedo injuriar a unas fuerzas militares que han prestado a España en Africa heroicos servicios. Ni puedo desde aquí lanzar reproches a unos camaradas que ignoro si están ahora sabios o erróneamente dirigidos; pero que a buen seguro tratan de interpretar de la mejor fe, pese a la incomunicación que nos separa, mis consignas y doctrina de siempre. ¡Dios haga que su ardorosa ingenuidad no sea nunca aprovechada en otro servicio que el de la Gran España que sueña la Falange!

¡O JALA fuera la mía la última sangre española que se vertiera en discordias civiles! ¡Ojalá encontrara ya en paz el pueblo español, tan rico en buenas calidades entrañables, la Patria, el Pan y la Justicia!

CREO que nada más me importa decir respecto a mi vida pública. En cuanto a mi próxima muerte, la espero sin jactancia, porque nunca es alegre morir a mi edad, pero sin protesta. Acéptela Dios Nuestro Señor en lo que tenga de sacrificio para compensar en parte lo que ha habido de egoísta y vano en mucho de mi vida. Perdono con toda el alma a cuantos me hayan podido dañar u ofender, sin ninguna excepción, y ruego que me perdonen todos aquellos a quienes deba la reparación de algún agravio grande o chico.

“SPECTATOR”

Y SUS

RECETAS

DEMOLIBERALES

«SPECTATOR» es un semanario británico que necesita carta de presentación. Su política editorial pretende hacer creer que el periódico sigue una depurada y cristalina trayectoria demoliberal. En la práctica, sin embargo, no pasa de ser un pomposo vocero de la propaganda que Moscú adereza muy especialmente para el consumo del demoliberalismo.

Es claro que «Spectator» ha de entregarse a una turbia dialéctica en su intento de compaginar sus ideas «democráticas» con las «libertades» que brinda el comunismo. Pero lo importante es dejar en buen lugar a estas últimas. Lo difícil del juego no pone, sin embargo, lastre a las plumas que trabajan para el semanario. Están siempre activas al servicio de las últimas consignas «made in U. R. S. S.».

Como ahora tiene prioridad el secundar la campaña a fin de romper la unión de los occidentales en vísperas de los encuentros diplomáticos con los rusos, «Spectator» se aplica a la tarea ordenada. Y le ha tocado España como tema. El momento elegido es el que marca el pleno triunfo de nuestra razón en los países del mundo libre. Esto es lo que irrita a «Spectator» y a sus inspiradores de más allá del canal de la Mancha.

La labor fue encomendada a Ian Gilmour, que estuvo ligado algún tiempo a la dirección del semanario. Este periodista también necesita carta de presentación.

Nació nuestro personaje en julio de 1926. Está casado con una hija del Duque de Buccleuch y Queensberry. Es, por lo tanto, sobrino político de los Duques de Gloucester.

Para Ian Hedworth John Gilmour escribir este artículo es un «hobby». Sus idas y venidas por el periodismo no pasan de ser un intrigante pasatiempo para añadir sal a su cómodo y adinerado señoritismo. Intentar hacer sucia política a costa de los españoles es un juego que le entretiene. La difamación contra un país amigo entra dentro de su capricho. Coger la pluma con propósito de excitar ambiciones también es recurso válido para su moral de periodista aficionado. La calumnia, el insulto blasfemo y el falso testimonio son recursos de la técnica de este caballero, que pasó por las

aulas de Eton y del Balliol College, en Oxford.

Conviene aclarar, sin embargo, que la especialidad del periodismo en Ian Gilmour es promover la subversión en países que no son el suyo. Para Inglaterra no quiere las «aventuras» izquierdistas que brinda a España. Su pluma es más cauta cuando toca temas de su patria. Ha de hacerlo así, pues de otra manera su aristocrática familia política, unos duques británicos, no pondrían buena cara a las actividades de Ian Hedworth John. Su ardor subversivo lo guarda contra el prójimo, porque así ni compromete la vida ni arriesga sus títulos de propiedad. Es mucho más prudente ser monárquico de pura cepa en Londres y retetar izquierdismo con rey a otros países.

Las inquietudes políticas de Ian Gilmour arrancan de tiempos anteriores a su presencia en la mohosa casa del semanario «Spectator». Ya de mocito, por los patios de Eton, tenía destellos de activista. En Oxford dejaba arrinconadas las leyes para entregarse a lecturas sobre el marxismo. Por entonces no sabía con precisión el color de sus ideas; si de algo estaba seguro era de que pisaba los vericuetos del cripto-comunismo.

Consideraba esta etiqueta como suficiente para pasar como original e inteligente. Esta actitud estaba bastante de moda entre muchos compañeros de «College», herederos en su mayoría de la acomodada burguesía británica. Ian Gilmour se consideraba un «be a u esprit» jugando a las ideas revolucionarias mientras se regalaba con las generosas aportaciones monetarias de su familia.

Pero la felicidad de este izquierdista en potencia no era completa. Apeteía una tribuna para verter desde ella el caudal de sus mal asimiladas teorías. Y como veía difícil lo de la tribuna e imposible lo del auditorio, pensó en el periodismo.

Sin embargo, había que dar tiempo al tiempo. Era preciso licenciarse antes en Derecho. También tenía el servicio militar pendiente. En 1944 el vate del extremismo consigue, por influencia familiar, el ingreso en la escolta del monarca. Como considera que es más bonito pasear el uniforme de los granaderos que sentar cátedra de

izquierdismo, renuncia a los alardes criptocomunistas. Sus ideales políticos no llegan al extremo de imponerle sacrificios personales.

Es en 1952 cuando pasa a ejercer la abogacía. Entonces se encasilla en el campo amorfo del demoliberalismo. Desde él podrá dedicarse a las más atrevidas piruetas políticas sin escándalo para nadie. El único inconveniente es que sigue sin tribuna y sin auditorio.

Pero la familia tiene buenas influencias. En 1954 consigue la dirección de «Spectator». Cuatro años conserva el puesto. Ian Gilmour es ya un señorito feliz. Carece de ponderación, pero tiene la audacia del ignorante. Intenta pasar por intelectual y se queda en la zona gris de un periodista mediocre. Quiere tener ideas originales y no deja de ser caja de repetición de lo que llega a sus oídos. Estos atributos y su incompetencia general no llevan por buen camino a «Spectator». Hay disgustos y contratiempos; Ian Gilmour deja la dirección del semanario.

Sin embargo, el articulista no se desanima. Como dispone de largo patrimonio compra «Spectator». El título de propiedad no le otorga carta blanca, pues la publicación lleva la carga de no pocas servidumbres políticas y de influencias que se mueven por las sombras. Ian Gilmour puede, sin embargo, reservarse páginas para sus aficiones.

Encargarse de escribir este artículo sobre España colma sus ambiciones. Viajará. Para documentarse recurrirá a los grupos antiespañoles que andan por esos mundos de Dios. Se cree un personaje en las sombras moviendo intrigas. Ya ve un horizonte lejano con campo para recomendar fórmulas políticas a los españoles. Ian Gilmour piensa que ha llegado el momento tan querido de organizar revueltas desde su rica casa a orillas del Támesis. Este izquierdismo belicoso, sin riesgo para su integridad física y de su patrimonio, satisface su necesidad de darse a conocer. Además rompe la monotonía de una vida sin preocupaciones. Ian Gilmour se entrega a la tarea de escribir, con aires de experto en temas españoles, todas las falsedades que le dictan su ignorancia y la mala fe suya y de sus inspiradores. No hay que olvidar que Ian Gilmour está limpio de ideas propias. La mejor prueba de ello la tenemos en este artículo que firma en el último número de «The Spectator».

Escribe así: «Las causas de la guerra española eran: 1, la depresión económica mundial; 2, la lucha de las potencias del Eje contra el comunismo; 3, la oposición de las derechas a aceptar las «reformas» introducidas por la República, reformas que eran extremadamente moderadas, a excepción de las leyes que afectaban a la Iglesia; 4, la negativa de los socialistas a entrar en el Gobierno después de las elecciones de 1936.» Estos únicos cuatro puntos son, según el experto Ian Gilmour, los que motivaron nuestra Cruzada. Las ac-

tividades comunistas que empujaban a España a su aniquilamiento no cuentan para este conocedor de nuestro país.

Pero la ignorancia es compatible con la animadversión. Como era de esperar tratándose de «Spectator», el artículo no aprueba las cosas de España y ataca con la mentira. Ian Gilmour tiene que reconocer, sin embargo, que el Movimiento Nacional ha dado al país una economía próspera y en expansión.

Confiesa así: «Desde el punto de vista económico, el régimen español puede apuntarse importantes realizaciones. Ha llevado a cabo grandes planes de regadío y de colonización, principalmente en Extremadura y en Aragón. Desde el año 1940 se han repoblado de árboles más de tres millones de acres. Sobre todo, ha desarrollado una extensa industrialización con la que se ha podido reducir decisivamente el paro agrícola de antes del Movimiento. Durante los últimos años la renta nacional se eleva sin interrupciones. El régimen actual ha impulsado el desarrollo económico del país más que ningún otro régimen anterior al año 1936.»

Muy a pesar suyo, Ian Gilmour reconoce esa verdad. Pero como le pagan su artículo para atacar a España, no tarda en cargar la pluma con una serie de falsedades que no tienen fuerza para desmentir las anteriores afirmaciones. El autor tiene que recurrir a censurar los proyectos en marcha para dar a la nación una Marina mercante capaz de cubrir sus necesidades. Le parece mal que los astilleros españoles puedan lanzar 350.000 toneladas cada año, según sus propias cifras. Tampoco aprueba que gracias a las instalaciones de Avilés nuestro país pueda exportar ya el 25 por 100 de la producción de acero, después de cubrir la demanda del mercado interior.

Pasando del tema económico, entra en el capítulo de la política social del Movimiento. «Es cierto—escribe—que el régimen ha instituido unos servicios sociales y unos beneficios que jamás existieron antes de 1936.» Después de esta rotunda afirmación vuelve a echar mano de infundios y falsedades para impedir una reacción favorable en los lectores. Y antes de ir por el camino de sus consejos políticos intenta desfigurar la realidad española tomando su pluma el tema de la Iglesia Católica.

Aquí vierte las ya conocidas calumnias amasadas por los círculos de la masonería internacional. Tan ligado a ellos parece estar el experto Ian Gilmour, que no puede ocultar la enemiga típica de los «hermanos» de logia. Según sus argumentos, el gran delito de España es ser católica. Esto no lo perdona el autor ni sus compañeros de secta. Censura al Movimiento porque es fiel a la doctrina de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana. De no ser así, a buen seguro que los Ian Gilmour de turno no pondrían tanta acidez en sus comentarios sobre España. Ni «Spectator»

dedicaría tanto empeño en este género antiespañol.

Como el Caudillo es el único que ha logrado batir al comunismo en el frente de batalla y ha conseguido conservar para la Nación todos los frutos de esa limpia victoria, el articulista silencia esta verdad. No conviene al izquierdismo de Ian Gilmour escribir abiertamente contra el que ganó a Rusia una guerra ni contra el estadista que defendió después la paz sin claudicación alguna. Prefiere recurrir a una sucia dialéctica, que bien vale lá pena dejarla en evidencia.

Por un lado, Ian Gilmour reconoce los manejos comunistas contra España, dirigidos desde el exterior. Dice: «Los comunistas dan dinero para la subversión y alimentan la propaganda antiespañola. Ellos mantienen hasta diez emisoras que radian en lengua castellana; una de las más importantes es la titulada Radio España Independiente, que emite desde Praga. Con estos medios de agitación en sus manos, no se puede ocultar la ventaja que gozan los comunistas sobre los otros grupos de izquierdas.»

La pintoresca conclusión de Ian Gilmour es que a fin de evitar esa amenaza comunista, lo más práctico sería dejarles campo libre dentro del país, junto a aquellos grupos políticos que el Movimiento barrió de la vida nacional para bien de todos. La fórmula es la «reconciliación», tal como propone Moscú.

Ian Gilmour desea para todos los españoles que se repita la conocida fábula de la víbora: una vez recuperada al calor de la persona que la dio cobijo, la primera reacción del animal fue dar muerte al bienhechor. Esta es la exacta política anticomunista que brinda «Spectator»; lo de mantener un frente firme y unido contra los intentos soviéticos, como lo viene haciendo España con felices resultados, no merece el visto bueno de Ian Gilmour. Es más acertada para él la política de mano tendida adoptada por la República, con los resultados prácticos de dejar abierta la Patria a la revolución comunista. Y de la capacidad del demoliberalismo para contener ese peligro tienen ya triste experiencia los españoles.

Ian Gilmour sigue haciendo alarde de sus conocimientos de la vida española y ofrece la fórmula mágica para aquella «reconciliación nacional» que tanto espolea sus inquietudes. Escribe a este tenor: «La base para llegar a ese fin es la Monarquía. Pero la Monarquía que ha de ser instaurada por las derechas tendrá que ser mantenida después por las izquierdas. Por eso, llegada la ocasión, todos los republicanos votarían a su favor. Ian Gilmour no explica las razones de esta preferencia, pero no son difíciles de adivinar. Lo que sí aclara, sin embargo, es que el llamado Partido Socialista Obrero Español, el de Largo Caballero y Prieto, con cuartel general en Toulouse, jugaría importante cometido en colaboración con los comunistas y anarquistas que desde el extranjero se mues-

tran conformes en apoyar esa Monarquía coitada por el patrón británico o escandinavo.

Como final de sus despropósitos, el autor, metido a curandero de la buena salud española, se lamenta amargamente de la incorporación de nuestra Patria a las tareas comunes de Occidente. En este punto no cuida de ocultar que escribe al compás de Moscú.

Romper la unidad del mundo libre es la meta marcada, y a ello se aplica torpemente «Spectator» y su articulista. Lo que sucede es que Ian Gilmour ha quemado ya mucha pólvora sin alcanzar nunca en el blanco propuesto. En el caso de España, a la vista de su realidad interior e internacional, pueden ya rendir sus armas y dar descanso a las plumas.

Le pediríamos ahora al director de «The Spectator» que fuera tan amable de indicarnos si es cierto o falso que:

1. Una conocida personalidad británica declaró públicamente, desde las columnas de «The Spectator», que la embriaguez y la homosexualidad ayudaban al ascenso en la carrera diplomática británica, sin que nadie pidiera rectificación pública de estas afirmaciones.

2. Pueden pasar meses desde que una persona es detenida en el Reino Unido hasta que se celebra el juicio por el delito del que se le acusa.

3. Hay obras teatrales representadas en España cuya representación pública ha sido prohibida en Inglaterra.

4. La Iglesia anglicana no publica el número de sus seguidores practicantes, que descubriría cifras muy bajas, a pesar de ser la Iglesia establecida.

5. Existen grupos separatistas en Irlanda del Norte, Gales y Escocia.

6. La Reina obtiene pingües beneficios de sus caballos de carreras.

7. En un campo de prisioneros políticos bajo la autoridad británica fueron muertas a palos once personas.

8. «The Spectator» hubo de pagar una fuerte suma por haber insinuado que tres conocidas personalidades políticas británicas bebían con exceso.

9. Los obispos anglicanos son nombrados por el Parlamento, aunque la mayoría de sus miembros esté compuesta de no practicantes, ateos, agnósticos o miembros de otras Iglesias que la anglicana.

10. Hay generales y altos funcionarios británicos a quienes se ha retirado a altos puestos bien retribuidos, sin que pudieran alegar experiencia previa profesional en las empresas que iban a dirigir.

11. En el Reino Unido se ha prohibido la publicación y venta de libros que circulan legalmente en los Estados Unidos.

12. Entre las más altas jerarquías de la masonería británica abundan las personas de nobleza titulada.

13. En una ciudad del sur de Inglate-

rra se descubrió un caso de corrupción de la Policía, en el que se hallaba comprometido el jefe de la misma en dicha localidad.

14. La Prensa ha denunciado, sin ser desmentida, la existencia de prácticas repugnantes de magia negra en el Reino Unido.

15. Un miembro del Parlamento, una vez elegido, ha de seguir no su opinión personal, sino las instrucciones del llamado «Látigo», cuando le toca votar.

16. El Gobierno británico ha autorizado el establecimiento en una colonia de locales y Empresas prohibidas en la metrópoli.

17. Hay escenas de películas que han sido proyectadas en España, pero censuradas en Inglaterra.

18. El personal español del Servicio Español de la B B C está compuesto exclusivamente de exilados políticos.

19. Existen Sindicatos británicos cuyos mandos están dominados por comunistas reconocidos.

20. La Comunidad Británica incluye regímenes autoritarios, países de ínfimo nivel de vida y Gobiernos que detienen a miembros del Parlamento metropolitano.

21. El Gobierno británico dio garantías al polaco cuando Alemania amenazó la independencia de Polonia.

22. El Estado británico concede a la Iglesia anglicana privilegios y apoyos que no concede a otras Iglesias, sin que esto esté en proporción con el número de seguidores practicantes de las mismas.

23. En la City se ha dado un escándalo financiero de varios millones de libras.

24. La Prensa británica dio la impresión de que a su Gobierno le había irritado en extremo que no se le informara del viaje a Londres del Ministro español para entrevistarse con el Presidente americano.

25. El Gobierno británico no informó al americano de sus intenciones sobre Suez.

26. El señor Ian Gilmour es yerno de los duques de Buccleugh.

27. Existen bases americanas en el Reino Unido sobre las que el Reino Unido no tiene mando alguno.

28. No existen en Europa occidental presos políticos sometidos a un régimen penitenciario prolongado tan inhumano y costoso como los prisioneros en Spandau, de los que Gran Bretaña es en parte responsable.

29. El número de personas asesinadas en el Continente indio tras su abandono por Gran Bretaña como colonia es superior al de víctimas de la guerra civil española.

30. Un miembro del equipo gubernamental británico fue sorprendido por la Policía en actitud inmoral, en un parque público, con un soldado de un regimiento distinguido.

31. En Irlanda del Norte tiene poder la Policía para detener a personas sospechosas de actividades político-revolucionarias,

manteniéndolas en prisión por tiempo indefinido.

32. Un semanario inglés ha pagado 2.000 libras a un asesino, publicando los detalles morbosos de su crimen, por el que no fue declarado culpable.

33. En el Reino Unido se ha juzgado necesario crear una Asociación para combatir la crueldad contra la infancia.

34. A pesar de florecer las logias masonicas en el Reino Unido, no puede leerse en la Prensa información alguna sobre sus actividades, aunque la Prensa se ocupe de las de grupos secretos, remotos o clandestinos en otros países.

35. El ministro de Comunicaciones británico tiene derecho de veto sobre cualquier emisión radiada.

36. Es imposible representar en el Reino Unido una obra teatral equivalente a «¿Dónde vas, Alfonso XII...?».

37. Una mujer puede prostituir su cuerpo legalmente, pero se castigaría con cárcel su intento de suicidio.

38. Los Sindicatos británicos discriminan a los obreros que no desean unirse a ellos.

39. Funcionarios públicos y ocupantes de altos cargos británicos tienen prohibido revelar nada de cuanto fueron testigos en los puestos que ocuparon, durante un período de muchos años.

40. La explotación comercial de una emisora de radio privada está prohibida en el Reino Unido.

41. El Imperio británico no existe oficialmente y la Reina no es Emperatriz.

42. La palabra «extranjero» tiene un matiz despectivo.

43. En la City se puede ser director simultáneo de más de cuatrocientas Sociedades Anónimas.

44. La Policía ha recogido números de revistas estudiantiles.

45. El gobernador británico de Gibraltar tiene derecho de veto sobre las decisiones tomadas democráticamente por los representantes elegidos libremente por la población.

46. El bombardeo por aviones británicos de Hamburgo causó mayor destrucción y mayor número de muertes de no combatientes que el de Guernica.

47. En América, los más rabiños partidarios de la discriminación racial llevan apellidos ingleses; los más apasionados indigenistas los llevan castellanos.

48. Ningún visitante extranjero puede permanecer en el Reino Unido más de seis meses, aunque disponga de medios de fortuna propios más que suficientes.

49. Fueron razones políticas más que judiciales las que llevaron a sir Roger Casement y a lord Haw-Haw a la horca.

50. En la Unión Soviética se encuentran dos diplomáticos británicos que desertaron de sus puestos para trabajar a las órdenes de Moscú.

51. Un evangelista de fama internacional expresó públicamente su repugnancia

ante el espectáculo que en plena luz del día ofrecen las parejas en los parques públicos de Londres.

52. Miembros de las autoridades británicas han usado de extrema violencia en interrogatorios y detenciones de personas.

53. La B B C discriminó al partido liberal, concediéndole menos espacio radial y televisado para su campaña electoral que al partido conservador.

54. Los Sindicatos británicos han sido incapaces de evitar huelgas declaradas sin su aprobación.

55. Por orden judicial se ordenó la recogida de ejemplares de un semanario americano de circulación mundial.

56. Grupos políticos británicos apoyan públicamente a grupos políticos extranjeros que tratan de subvertir el régimen político de sus países.

57. El señor Gilmour no tiene simpatías por el pueblo o el Gobierno de los Estados Unidos.

58. En Londres hay personas que almuerzan macarrones con tomate, fríos, sobre una tostada de pan.

59. El chantaje es un crimen mucho más frecuente en Inglaterra que en algunos otros países.

60. En varias ciudades inglesas existen barriadas obreras donde la población vive hacinada en condiciones insalubres e inmorales.

61. El Servicio Yugoslavo de la B B C se redacta de modo que no ofenda a los dirigentes comunistas de ese país: el diri-

gido a otros países se elabora de modo que se saquen conclusiones contrarias al régimen establecido en ellos.

62. Hay familias inscritas en listas municipales que han de esperar años antes de conseguir una vivienda.

63. Podola fue ahorcado por matar a un policía de un disparo en circunstancias que no se han podido aclarar por la fingida o real amnesia del inculcado; una mujer que envenenara a su marido no sería condenada a muerte.

64. Damas de la aristocracia británica se ofrecen, previo pago, a patrocinar la puesta de largo de muchachas que quieren entrar en sociedad, incluyendo presentación a la Reina.

65. El Club 31 no es el mejor lugar de España para apreciar la situación económica española.

66. En Inglaterra es delito criticar al Monarca, al Parlamento, al Gobierno o la Iglesia establecida de modo contrario a la ley.

67. La Iglesia anglicana no acepta otros textos sagrados que los autorizados en Inglaterra.

68. Londres ha sido escenario de condenables excesos de discriminación racial.

69. El punto de vista expresado por el delegado británico en el debate sobre el Tíbet en las Naciones Unidas fue de que no procede que la Asamblea General adopte resoluciones sobre los derechos humanos en territorios o Estados individuales.

Andrés HERRERO

COLABORACION ECONOMICA

EN el curso de las últimas semanas, la posición de España en el campo de las relaciones internacionales se ha destacado más aún y ha adquirido perfiles más vigorosos y dinámicos. En el área diplomática, y después de las visitas de nuestro Ministro de Asuntos Exteriores a Londres y Bonn y de la entrevista de la Isla de los Faïscnes con el ministro francés de Asuntos Exteriores, el anuncio de la próxima visita a Madrid del Presidente de los Estados Unidos viene a confirmar que nuestro país ha logrado situarse en un lugar primerísimo de la política internacional. En el área económica, la visita que acaba de hacernos una personalidad tan destacada en el mundo económico europeo como es el ministro alemán del Tesoro, señor Lindrath, prueba que nuestro proceso de incorporación a las grandes corrientes de la economía occidental continúa decididamente y con el ritmo debido. Pero prueba también otra cosa no menos importante. Es la del creciente prestigio de nuestro país en el exterior y la confianza, cada día mayor, que en el mismo tienen res-

pecto a nuestro desenvolvimiento económico, a nuestras posibilidades industriales y a la proyección de toda nuestra política económica, dirigida desde hace veinte años, como es bien sabido, con magnífica perseverancia y fidelidad, a situar a España en un nivel de desarrollo económico equivalente al de los países más avanzados y progresivos.

Esa hora positiva y regeneradora de veinte años, ese gran esfuerzo del pueblo español, pacificado y dirigido por el Movimiento Nacional, es el que ha hecho posible esta nueva fase de nuestras relaciones con los demás países. Ella es la base fundamental de esa importantísima posición que España ocupa hoy en el mundo.

La visita a España, en los últimos días, del ministro alemán del Tesoro, como la que nos hacen tantas otras personalidades extranjeras, de la más alta significación, ya sea política, económica o cultural, prueba la plena incorporación de nuestro país al primer plano de la actualidad internacional.

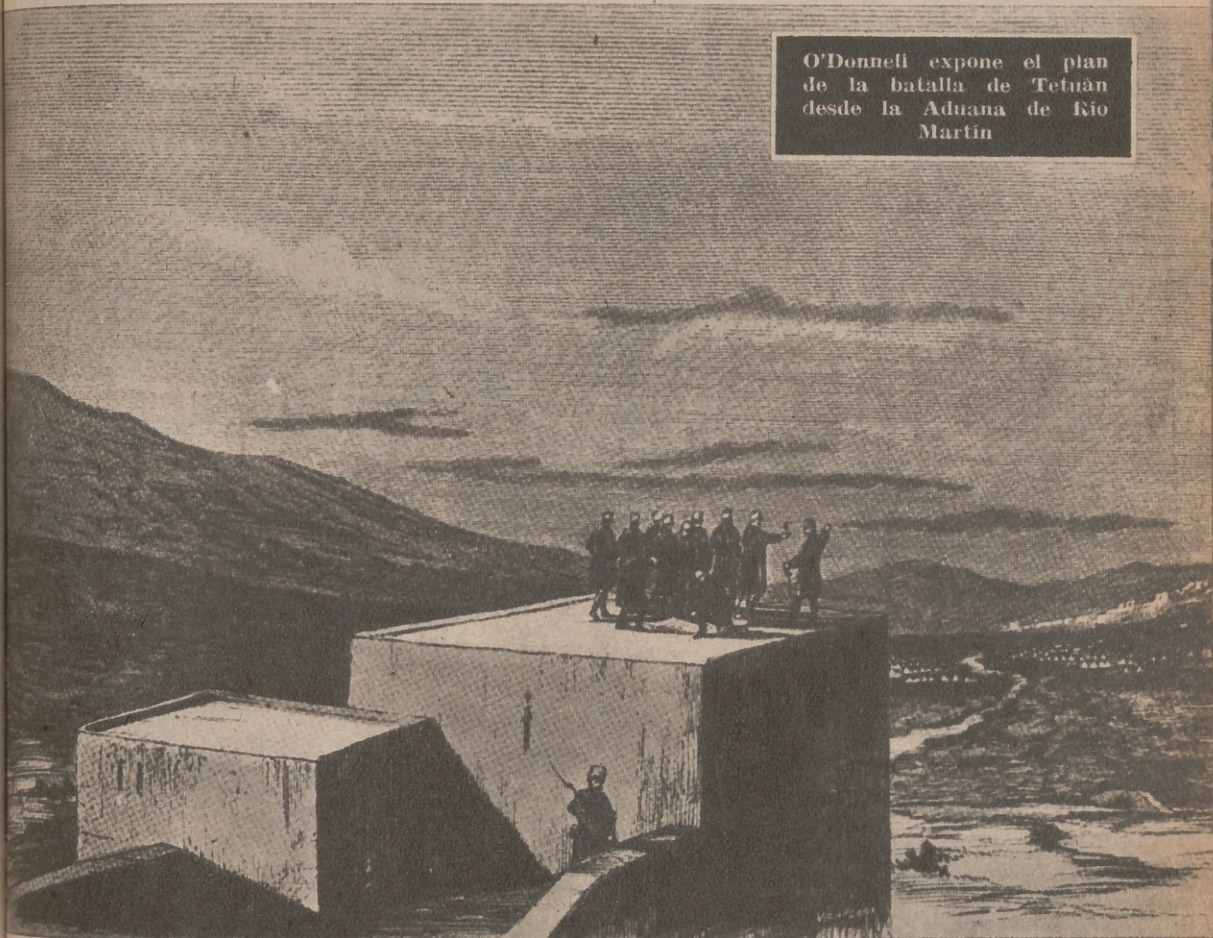
De ella se derivarán resultados altamente positivos

no sólo para el afianzamiento de esa posición desde todos los puntos de vista, y sobre todo, desde del económico. El viaje, ya aludido, de nuestro Ministro de Asuntos Exteriores a Alemania, el del ministro alemán del Tesoro a España, la reciente visita que nos ha sido hecha por una Comisión nutridísima de industriales y economistas italianos, el mejoramiento progresivo de nuestras relaciones, tanto políticas como económicas con Francia e Inglaterra, y muchos otros factores de igual significación que podrán relacionarse, nos autorizan a confiar en que ante nuestro país se ofrece un horizonte claro y prometedor y que en esta gran hora de la Historia Universal, en la que está aflorando una nueva fisonomía de las relaciones internacionales y una nueva estructura del desarrollo económico de los pueblos, sobre bases más amplias e interdependientes, a escala decididamente supranacional, nuestro país ha sabido colocarse en el lugar debido, en un lugar que le permitirá seguir este gran proceso histórico con las mayores posibilidades de aprovechamiento, tanto económico como social.

LA GUERRA DE AFRICA DE 1860

UNA CAMPAÑA BRILLANTE PARA UNA PAZ GENEROSA

O'Donnell expone el plan de la batalla de Tetuán desde la Aduana de Río Martín



ESPAÑA NO PRETENDIO NINGUNA CONQUISTA, SINO SOLO UN CASTIGO A LA AGRESION Y GARANTIAS PARA EL FUTURO

CIENTOS años después, la gloriosa guerra de Africa se nos brinda a los españoles como lo que indudablemente fue sobre todo: ¡Como una gran empresa romántica! Una gran empresa romántica salpicada, como era de rigor, de proezas heroicas; gloriosa, a la vez, por los pinceles de Fortuny y la pluma de Alarcón, y en innúmeros romances.

Era el verano de 1859. España llevaba en Africa mucho tiempo ya. A decir verdad, estuvo, en una u otra forma, siempre allí. A Melilla había llegado cinco años después de la "reconquista" de Granada y quince antes de culminarse la unidad nacional con la incorporación de Navarra. En el Peñón de Alhucemas estábamos desde primeros del siglo XVII, por concesión

del sultán Galib, y en el de Vélez, desde el comienzo del XVI también. Por entonces, del mismo modo andábamos ya por el Africa Occidental, por lo que ahora son provincias de Ifni y Sahara, con Diego de Herrera, Bethancourt y Fernández de Lugo. Ceuta, había quedado por España al separarse Portugal y acabar la Unión Ibérica, por "autodeterminación", como se dice ahora. Por entonces —esto del año antes citado de 1859— surgieron graves incidentes en los límites ceutís, precisamente. Estos límites habían sido convenidos por los Gobiernos español y marroquí en 1845. Existía ya una zona neutral, y el Campo Español se jalonaba debidamente con hitos que llevaban esculpido nuestro escudo y garitas para los centinelas. El 10 de

agosto del año citado se cometieron diversos actos hostiles que se estimaron, en razón, ultrajantes. Al día siguiente la cosa fue a más y los moros atacaron a tiros a nuestras fuerzas "Mogataces". Días después, en número de 500 ó 600, los mismos moros provocaron ya un ataque formal, que fue el final de este proceso que los españoles consideraron humillante. Como es de rigor en estos trances, los trámites diplomáticos, a los que Madrid acudió desde el primer momento, no resolvieron nada. Al fin —era fatal—, el 17 de octubre del año en cuestión la guerra fue declarada por el Gobierno español. La guerra que debería ser llamada luego, por lo que vamos a ver, "grande", aunque se calificara después en la paz de "chica". "Una campaña brillante y un

epilogo menguado", dijo de esta guerra el jurisconsulto Pacheco. Guerra romántica la llamamos nosotros. Y romántica, sobre todo, fue desde el principio al fin, como vamos a ver.

«NO VAMOS A AFRICA ARMADOS DE ESPÍRITU DE CONQUISTA»

El Gobierno español hizo previamente una declaración solemne en las Cortes el 17 de octubre de 1859. Las cosas deberían, en efecto, ir por sus pasos entonces. La declaración citada y discutida no hizo, a nuestro entender, sino corroborar lo romántico de la empresa en cuestión antes de nacer incluso. O'Donnell, jefe del Gobierno y Ministro de la Guerra a la sazón, decía así en aquella solemne sesión: "No vamos a África animados de espíritu de conquista; vamos a lavar nuestra honra, a exigir garantías para el futuro." Por su parte, Calderón Collantes, en la circular enviada a los Gobiernos extranjeros acreditados en Madrid, decía del mismo modo: "Al llevar sus armas a África, el Gobierno no cede a un deseo preexistente de engrandecimiento territorial; las operaciones militares tendrán por objeto el castigo de la agresión..."

¿Cubía, en efecto, algo más romántico que toda renuncia previa a conquistas, anexiones y engrandecimientos territoriales? ¿Acaso se ha anunciado alguna vez, al comienzo de una guerra —¡y se ha cumplido, sobre todo esto!—, algo semejante? ¿Entonces? ¿Está o no bien calificada nuestra guerra del 60 de empresa romántica?

Fue notable el entusiasmo desencadenado en España con ocasión de esta campaña. Isabel II se dispuso a vender sus joyas, si era preciso, para sostener la empresa. Algún historiador observó que nunca España había alcanzado tan alto grado de entusiasta frenesí después de la guerra de la Independencia.

El Ministerio de la Guerra dispuso las primeras medidas. Comenzó la movilización y la concentración. Por entonces entraban en servicio los primeros ferrocarriles españoles. Las cosas, dado los tiempos, es menester que fueran despaico. Primero —y ello era perfectamente natural— comenzó por reforzarse la plaza de Ceuta; por asegurar su posesión y, sobre todo, preparar la partida desde ella del ejército expedicionario. El I Cuerpo de Ejército, mandado por Echagüe, situó, inmediata y previamente, una brigada de vanguardia en la partida desde ella del ejército alón, que marcharía después, en Algeiras, Tarifa y San Roque. Fuera de esto, y ya declarada la guerra, se constituyeron otros dos Cuerpos de Ejército, el II, al mando de Zabala, concentrado entre Cádiz, el Puerto, Jerez y Chiclana, y el III, a las órdenes de Ros de Olano, integrado, como el anterior, por otras dos divisiones con base inicialmente en Málaga. Y, al fin, quedó igualmente organizada la llamada división de reserva —en Artequera—, al mando de Prim. En realidad, esta división distó mu-



cho de justificar su nombre en la campaña. Fue, en realidad, una unidad muy activa, muy emprendedora y muy "puesta en punta" durante la contienda. Formaban parte de ella los voluntarios catalanes y los regimientos de Luchana y Córdoba, entre otros, que intervinieron en el episodio épico de los Castillejos, como veremos en seguida. El Ejército español fue mandado por O'Donnell, nada menos que jefe de Gobierno y Ministro de la Guerra a la sazón, con una meritisíma hoja de servicios. El general en jefe era de origen irlandés —como otros muchos soldados españoles de la época—, canario de nacimiento, de familia militar, valiente y humano. Tales parecen ser sus características más resaltantes. Alarcón nos le pinta como ídolo de sus soldados. O'Donnell es protegido de Espartero, que le admira y asciende a brigadier —jerarquía análoga a la de general de brigada ahora—, siendo mariscal de campo, en 1837, pues, en efecto, se distingue mucho en la guerra carlista. En 1839 manda el Ejército del Centro en esta contienda. Admiran a O'Donnell todos sus contemporáneos. El general francés

de Argelia a la sazón, Yussuf, le escribe rindiéndole homenaje por sus éxitos y elogia la repercusión de sus victorias. A las órdenes de O'Donnell figura como general jefe de Estado Mayor García de Miguel.

45.000 HOMBRES, 1.500 CABALLOS, 135 CAÑONES Y... ¡COHETES!

El Ejército, en fin, concentrado en el campo de Ceuta suma 45.000 hombres y reúne 1.500 caballos y 135 cañones. ¡Detalle curioso!: todas las armas de fuego son rayadas. Y entre el armamento hispano figuran también —¡atención del detalle!— ¡cohetes! "España usa los cohetes, pues, casi cien años antes que los emplearan los grandes Ejércitos del mundo." Se comprende, sin embargo, que la efectividad de estas armas a la sazón no fuera demasiado importante. Es natural. Pero el dato queda ahí, para el que gusto de advertir cómo España se ha adelantado muchas veces al progreso del mundo.

En apoyo de este Ejército, el almirante Herrera disponía de una flota integrada por un navío, dos corbetas, tres fragatas,



Un grabado antiguo que recoge al general O'Donnell en la meseta del Morabito, durante la batalla de Castillejos, el 1 de enero de 1860

cuatro goletas, diez vapores y otros tantos transportes —lo que ciertamente no fue mucho—, armandose todos estos barcos con 350 cañones. En reserva se organizaron, ante cualquier eventualidad, en la Península, nada menos que cinco Cuerpos de Ejército más.

No faltaron inicialmente dificultades en la empresa. La política tropezó con hostilidades extrañas, recelos y ambiciones de otros; la logística, con falta de transportes y, en fin, en el aspecto táctico, el campo exterior de Ceuta resultaba difícil para las operaciones; era estrecho, obligando a constantes acciones frontales y, por añadidura, éstas se dificultaban mucho por la topografía local. ¡Ceuta resultaba así una pésima base de partida! De haber dispuesto España de más calma y quizá de más barcos, la réplica debía haberse dado fuera de allí. Sobre otros lugares, como se insinuó entonces ya, con razón.

Los primeros combates importantes se libraron entre el 18 y 27 de noviembre. Siguiéron otros, hasta primeros de diciembre. Las tropas expedicionarias llegaban sucesivamente. Se estaba en la fase penosa, poco brillante,

dura y sangrienta de las operaciones locales, fijados en la propia zona exterior de la plaza ceutí. Las tropas se aguerrián. El 19 de noviembre de 1859 se logró el primer objetivo importante, tomándose el Serrallo. Y con él la llamada Casa del Renegado y algunas alturas de Sierra Bullones (la sierra de Bellunex de los moros). Se actuaba tácticamente, en la defensiva, con el fuego cerrado de la Infantería. En la ofensiva, con las cargas a la bayoneta, que se empeñaban al toque de ataque, ¡secundado por las bandas de música! Al fin, la primera fase de la lucha, las operaciones en torno de Ceuta, penosa y sangrienta, pareció culminada. El Ejército recibió la orden de partir para su objetivo lejano: ocupar Tetuán. Pero al I Cuerpo de Ejército se consideró preciso dejarle guarneciendo las conquistas en el recinto exterior de Ceuta. Garantizando, en fin, la base de partida. Nada más lógico y prudente, en efecto, que esto.

LA JORNADA GLORIOSA DE CASTILLEJOS

El primero de enero de 1860
En primero de enero de 1860

partían, para su avance sobre Tetuán, los Cuerpos de Ejército II y III, así como la división de reserva. Las tropas llevaban con ellas seis días de ración. Fue poco. Pero los parques no toleraban más. La flota de Herrera recibió la orden de apoyar el avance, a lo largo del litoral, hacia el Sur. Y lo hizo con la mejor voluntad, aunque el mal tiempo malogró la fortuna en el empeño a la altura de Negrón, cuando falta de alimentos y sin posibilidad de echarlos a tierra, las fuerzas padecieron los rigores del llamado "Campamento del Hambre". Pero antes fue la jornada de Castillejos; el primero de año citado, exactamente, la batalla más romántica de toda aquella guerra. El general Prim, en aquella operación, pecó de audacia temeraria. Y lanzado en demasía hacia adelante, sus fuerzas del regimiento de Córdoba pasaron por el trance de tener que replegar-se, al verse casi envueltas, abandonando algunas mochilas en la acción. Fue entonces cuan-

do el general Prim enardeció a sus hombres gritándoles que si las mochilas podían perderse, porque eran de ellos, no así la enseña de la Patria, que era de todos. Y espoleando su caballo, la bandera en alto, seguido por el regimiento de Luchana, rehizo la situación y provocó la derrota enemiga. ¡El yerro de la audacia fue corregido con más audacia en aquella ocasión!

La ruta de Tetuán parecía así abierta. El Ejército expedicionario marchaba hacia el Sur por el borde del mar, suministrándose, con las dificultades apuntadas, desde la Escuadra. Fueron difíciles los pasos de Negrón y de Rincón, y, al fin, la llanura ubérrima de Tetuán apareció cubierta por las huestes del caballero príncipe Muley el Abbas, con sus cincuenta mil hombres, parte de ellos integrantes de una excelente caballería. El terreno era llano y, por tanto, propició al empleo de esta Arma.

O'Donnell, por consiguiente, tuvo que plantear cuidadosamente la batalla. Y dispuso, en efec-

to, un despliegue muy singular que resultó decisivo y pleno de fortuna. Colocó en las alas, en forma de cuña—formando éstas los batallones escalonados—, sus dos Cuerpos de Ejército II y III. En los flancos, artillería de campaña por si los moros pretendían envolver, y entre ambas alas, la masa de la caballería y de la artillería propias. Detrás, en retaguardia, la división Ríos y alguna caballería más. El 4 de febrero de 1860 la batalla de Tetuán se libró, con pleno éxito para O'Donnell. Dos días después nuestras tropas entraron en la plaza.

La labor de los soldados españoles en Tetuán fue extraordinaria y no siempre bien conocida. Nuestro Ejército urbanizó la ciudad. Tendió el primer tren de tracción animal—un tranvía de sangre—, abrió hospitales para la población civil, se ocupó del alumbrado público, levantó carta de la población, instituyó los servicios de Sanidad urbana, etc. Y hasta editó el primer periódico

que en Marruecos existiera: el glorioso «Eco de Tetuán».

Marruecos pretendió ofrecer la paz. Sus condiciones no eran satisfactorias y la guerra siguió. El segundo objetivo fijado no llegó a conseguirse por circunstancias políticas. Era Tánger. La puerta del Fondak pareció abierta, sin embargo, tras de la dura y decisiva jornada de Uadrás. ¡Aún seguimos escribiendo en español Wad-Ras, esto es, con ortografía inglesa, una palabra que es árabe, que se escribe como decimos y que corresponde al nombre de la cábila donde la batalla se libró! El Ejército español se había reforzado con el I Cuerpo, que se le había integrado, y con los Tercios Vascongados. Tras del éxito de Samsa vino, el 23 de marzo, el de Uadrás citado. Y la guerra terminó poco después. Sucesos de índole interna y exterior lo aconsejaron. Además, ¿no había quedado ya culminado el objetivo de esta gloriosa empresa? Vengado el ultraje, ¿la paz fue generosa. Casi nada. Pago de una indemnización de guerra de 20 millones de pesetas y poco más, que luego se rebajó, no obstante, a casi cero. Una permanencia ocasional del I Cuerpo de Ejército en Tetuán. Y la guerra acabó. Ya hemos dicho que fue, sobre todo, desde su planteamiento, una «guerra romántica». Heroísmos de los de arriba y de los de abajo. Del cabo Mur, que toma un estandarte en una audaz «entrada». Del soldado Cornejo, que para rescatar a su oficial herido ordena y dirige una carga de su compañía a la bayoneta. El corneta Montaña, otro muchacho que para rescatar también a su oficial ataca él solo a los que quieren llevárselo, mata a dos de ellos y se hace con su jefe, muy gravemente herido.

¿Y para qué seguir? La paz. Las incidencias políticas posteriores. Los asuntos derivados de la contienda... ¿Qué más da? La guerra de África «la gloriosa guerra de África», nació romántica, fue romántica y terminó



Bombardeo de la Escuadra en la ría de Tetuán el 6 de enero de 1860



El general O'Donnell y Muley el Abbas firmando las bases preliminares del Tratado de Paz



La paz de Wad-Ras, según una fotografía de la época

romántica. Se ha comentado mucho, sobre todo, su final. Nosotros no lo haremos. Vemos el cuadro épico de aquella lucha a través de la glosa de Alarcón y de la pintura orientalista de Fortuny. Allí, en aquella guerra, todo debía de ser romántico. Y lo fue. Desde el gesto heroico de Prim en Castillejos al caballero de Muley el Abbas en la tienda de O'Donnell brindando amistosamente la mano a éste en el llano de Uadrás, al pie del collado del Fondak. Y así, romántico, tenía que ser todo.

PAZ Y AMISTAD

Porque España no abrigaba —lo anunció de antemano— ninguna intención ambiciosa en el conflicto. Ni la tuvo realmente tras de sus magníficos y sucesivos triunfos. Firmó un tratado de paz y de amistad con Marruecos. Así fue todo. Justamente lo que quería. ¡Paz y amistad!

Andando el tiempo, las cosas, sin embargo, derivarían por otros derroteros. No por culpa de España, ciertamente. En el famoso mitin del teatro de la Alhambra, celebrado en Madrid el 30 de marzo de 1884, el movimiento africanista español anunció su programa con respecto a Marruecos. Capitaneaban aquel movimiento hispano-africano figuras de la talla de Joaquín Costas, Sorri, Saavedra, Azcárate, Carvajal, Coello, Pedregal y Rodríguez (don Gabriel). Aquellos adelantados del movimiento africanista español, enfrentados con el materialista programa de otros africanismos extranjeros, eran ellos también principal y sustancialmente románticos. España proclamó —y el Gobierno de Madrid siguió siempre sus consignas— la amistad, sobre todo, con Marruecos. A los desiguales de conquistas que, a la verdad, nadie aquí esgrimía, había que anteponer, sobre todo, el amor. No nos interesa, dijeron con acierto, llevar las armas ha-

cia el Atlas. Nos importa, sobre todo, la amistad con Marruecos. Que el Mogreb vecino viva en paz y en prosperidad siempre. Interesa, antes que nada, un Marruecos amigo y fuerte. Tal fue el programa del movimiento africanista de finales de siglo, y que llegó, vivo y patente, hasta el actual, hasta que, al fin, las potencias extranjeras decidieron otra cosa al sur del Estrecho. A la verdad, el Mogreb se debatía a la sazón en la anarquía. Tiempos de Rogis. Sultanes impotentes. Rebelión por doquier. Las potencias tenían su plan. Un plan, como siempre ocurre en tales trances, pródigo en recelos. Pero todo debería andarse pronto. Inglaterra y Francia culminaron la crisis de Fachoda. Francia se reservó «manos libres» en Marruecos, e Inglaterra en Egipto. Italia y Alemania, llegadas tarde a su unidad política, fueron complacidas en el trance. Y, en fin, Inglaterra, prudente, quiso ver en el asunto el modo de neutralizar o garantizar el Estrecho. España debería ocupar, en consecuencia, una zona de influencia en el norte de Marruecos a lo largo de aquel paso. Francia recibió al efecto esta consigna. Y se cumplió. España, a la verdad, romántica siempre en sus relaciones africanas, habría querido evitarse el trance. Pero el imperativo era terminante. La disyuntiva no tenía dudas. Ocupaba su puesto prefijado o lo ocuparía otra potencia. ¡Esto era ya demasiado! He aquí cómo España viose otra vez en trance de ir a Marruecos; pero, bien entendido, no contra Marruecos, sino con Marruecos, para pacificar la zona septentrional del Mogreb, la región rifeña, gastando en la empresa sangre y dinero sin cuento. La magna tarea de culminar su Protectorado la cumplió en seguida, noble y generosamente. Hela aquí. Son los demás, los marroquíes concretamente, los que la han estimado. Carreteras y ferrocarriles en un país que a nuestra llegada no

conocía la rueda. Sanidad, dispensarios, sanatorios, hospitales. Es el final de las endemias tradicionales. Se destierra el paludismo. Se cultivan los campos, que se pueblan de granjas y centros de experimentación. Repoblación forestal. Mejora de la ganadería. Puertos. Presas y embalses en cinco ríos. Escuelas, Institutos, centros de investigación. Bibliotecas y museos. Urbanización, con estricto respeto de las poblaciones indígenas. Estadios, espectáculos, fábricas, industrias, Bancos, comercio y, sobre todo, ¡paz! ¡Paz siempre, hasta el final! Terminada la misión España ha podido presentar orgullosa su labor. Durante las dos guerras mundiales su Protectorado se mantuvo ajeno a ambos conflictos. Cuando en más de una ocasión el mundo pasó hambre, España compartió cuanto tuvo—y que no le sobraba—con el pueblo amigo y protegido. España, cumplida su misión, la que le fuera impuesta, ha podido retornar a Marruecos el trozo del país que le tocara tutelar. Un país este del Rif tradicionalmente «blad es siba», territorio rebelde, ajeno a toda autoridad. Y es que España ha hecho aún más que llevar la paz y la prosperidad a su antigua Zona. ¡La ha logrado para Marruecos! Ha hecho, en realidad, la unidad del Mogreb.

La gloriosa guerra de África de ahora hace un siglo ha tenido, cien años después, este epílogo singular. Romántico, como lo fue aquella guerra misma. Romántico, como quiso siempre serlo nuestro africanismo de fin de siglo. Para Marruecos siempre, en efecto, fue así nuestra política romántica. Lo fue, lo es y lo será.

¡Y la paz!

HISPANUS

Rég. 21.—EL ESPAÑOL



VILLAVICIOSA DE ODON

HACE DOSCIENTOS AÑOS MURIO EN SU CASTILLO
FERNANDO VI. REY DE ESPAÑA

LA ESCUELA DE CAPATACES FORESTALES Y EL
VIVERO CENTRAL NUMERO 1, CAMPO DE
PRACTICAS PARA UNA EFICAZ LABOR

LA carretera de Extremadura, ya cerca de Alcorcón, ha dado paso a la de San Martín de Valdeiglesias, Arenas de San Pedro, Plasencia... Es un camino de poco tránsito y bien conservado. La Sierra está allá, al fondo, cubierta de nieve, recordando la proximidad del invierno, a pesar de que la fuerza del sol trata, y lo consigue, de demostrar todo lo contrario. A la derecha queda El Cortijo Tirolés. A la izquierda, y a unos cincuenta metros del camino, un edificio de ladrillo rojo, medio destruido por el paso de los años, delata un fallido proyecto del ferrocarril. Esta sería la estación de Villaviciosa. En la actualidad, la más próxima se encuentra en la locali-



Arriba, los pinos y el castillo de los condes de Chinchón, que han sabido mantener su amistad a través de los siglos; abajo, «La Casa del Cura», sede del Opus Dei, y el Ayuntamiento



Frente al castillo, la fuente de los tres caños apaga la sed de sus visitantes. A la derecha, el torreón oeste del castillo mira de soslayo a los campos de Villaviciosa

dad de Móstoles, a 5 Km. de distancia. Hasta ella, diariamente, una camioneta lleva y trae el correo del pueblo.

Cuando menos se piensa, la entrada a Villaviciosa de Odón. El coche, al pisar los primeros metros del pueblo, da unos ligeros saltos que hacen las veces de aviso de llegada para los viajeros. Ante la casa del Alcalde detiene su marcha. Se apean los ocupantes y gira sobre sí mismo, cambiando de dirección, en espera de reemprender de nuevo el camino hacia Madrid.

Por un ángulo de la misma calle de Carretas aparece una hermana de la Caridad, destacando con su blanca toca, entre un grupo gozoso y risueño de niñas uni-

formadas de azul. Las hay de muy pocos años, quizá de cuatro, tres, dos. Otras rozan los veinte. Han salido simplemente desde el Colegio de San Vicente de Paúl a dar un paseo, a olvidar en un momento más de su nueva vida aquellas calamidades de su antiguo hogar, aquellas desavenencias de sus padres que obligaron al Tribunal Tutelar de Merores a entregarlas bajo la custodia de las Hijas de la Caridad. Allí reciben enseñanzas que las permitirán encontrar un empleo digno el día en que, cumpliendo veintidós años, límite máximo de estancia en el benemérito centro, tengan que abandonarle para enfrentarse con la vida. Entre las ochenta niñas que en él conviven

hay algunas hasta con catorce años de permanencia.

Es domingo; las mozas y mozos pasean en esa hora con olor festivo del mediodía. Las tabernas se contagian de alegría y con ellas colaboran despachando el delicioso vino tinto embocado de Navalcarnero. Casa Alberto, Casa Cándido, Bar Pachelo..., lo mismo da, en todas partes es bueno.

Junto a la iglesia parroquial de Santiago Apóstol, al final de su pequeña escalinata, un sencillo monolito recuerda la gesta heroica de los dos aviadores alemanes que allí murieron defendiendo a España durante nuestra Cruzada de Liberación.

En un extremo de la calle de Carretas aparece la plaza de la



Los copudos árboles cubiertos de hiedra, sirven de fondo en esta vista parcial de uno de los invernaderos



Una estampa típica en una no menos típica calle de Villaviciosa de Odón

Constitución. En ella varias casas particulares, el Ayuntamiento y, a su izquierda, el edificio conocido con el nombre de «Casa del Obispo», reside la familia del Opus Dei.

PARA QUE LA MANCHA VERDE SIGA CRECIENDO

Saliendo del pueblo, en dirección contraria a la de la carretera, está el castillo y luego un frondoso pinar; éste es el lugar de paseo. Un poco más dentro se encuentra un gran edificio de moderna planta, inaugurado en el año 1955. Ante la alameda que defiende su entrada hay un letrero indicando que allí está el Vivero Central número 1 y la Escuela de Capataces Forestales. La extensión que cubren ambas instalaciones es aproximadamente de nueve hectáreas.

La Escuela está dotada sin grandes lujos, pero sí con todo confort, limpieza y el material pedagógico necesario para el desarrollo de su cometido. Cuenta con varias aulas, dormitorios, comedor duchas... En ella permanecen, bajo la dirección de don Carlos Fernández Prida, como director de la Escuela, y don Germán Cancio, como ingeniero jefe del vivero, veinticinco alumnos, que en régimen de internado cursan durante dos años las asignaturas relacionadas con su especialidad. La labor y el interés que el Gobierno tiene por todos los problemas del campo queda aquí bien patente.

Para el ingreso en la Escuela sólo se exige presentar una instancia, saber leer y escribir, conocer las cuatro reglas, haber cumplido dieciocho años y no sobrepasar los cuarenta. La estan-

cia es completamente gratuita, al igual que las matrículas, libros de texto, manutención e incluso el lavado y arreglo de la ropa. A los alumnos que pertenecieran ya al Ministerio o a la Diputación se les sigue pagando el sueldo que percibían en su destino, y a aquellos cuyo punto de origen fuese lo suficientemente lejano como para que el pago del transporte hasta la Escuela les resultase oneroso, se les abonan los desplazamientos.

Esta Escuela tiene otra gemela dentro del mismo término municipal, en el paraje llamado «El Sotillo», inaugurada en el anterior curso. Ambas trabajan conjuntamente. Las clases que en ellas se desarrollan versan principalmente sobre botánica, jardinería, piscicultura y plagas del campo. La una del mediodía es la encargada de separar la jornada de mañana, durante la que se desarrollan las clases prácticas, de la jornada de la tarde, en la que se cambia el semillero por el libro de texto y el azadón por la pluma estilográfica.

Nada más llegar al vivero, miles de macetas apiladas en interminables hileras saludan con su cara de barro cocido al sol. El gran número de cajoneras tapujadas aún por los cierzos tejidos con paja de centeno dibujan en la tierra senderos con fisonomía de papel cuadrículado. Las semillas de las distintas variedades de coníferas sudan al sol mientras se consumen, envejeciendo poco a poco. Los invernaderos encierran entre sus muros de cristal semilleros, flores y plantas exóticas, que viven gracias al clima artificial que les prestan las estufas de petróleo. Un lejano motor runrunea mientras va llenando uno a uno los cua-

para el riego de todas las instalaciones: De ellas saldrán miles de plantas para seto, como ailgustre, boj, salvia, santonina, romero..., o las decorativas adelfas blancas y ciclamen; las umbrosas acacias, sófaras, moreras, chopos, castaños, álamos; las señoriales deodoras de azul glauco, los cedros del Líbano, los filososóficos cipreses; los multicolores granios, claveles, pensamientos...

Cualquier ciudadano que solicite del Estado una u otra clase de plantas es atendido, y, según el punto de destino, así suministra la planta, procurando siempre que sea del lugar más próximo. Como queda dicho, este de Villaviciosa es el señalado con el número 1 en la región centro.

De este campo de prácticas van saliendo destinados hacia todos los puntos de la Patria los hombres que, bajo el control de los ingenieros agrónomos y los peritos agrícolas, dirigirán con la suficiente preparación, tanto teórica como práctica, los viveros oficiales que por todo el área nacional se extienden.

EL CASTILLO DE LOS CONDES DE CHINCHÓN

Los potentes reflectores de luz eléctrica iluminaban todo el contorno del castillo. Adornando sus paredes y ventanas figuraban gran número de gallardetes, banderolas, tapices y reposteros. Un tablado, haciendo las veces de un escenario, había servido para la representación de «La venganza de Don Mendo». Todos los personajes de la obra, caballeros y damas, reyes y nobles, pajes, heraldos, escuderos; todos habían recitado los celeberrimos versos de Muñoz Seca ante aquel decorado natural y único que sustituía al castillo de Don Nuño.

Hacia breves instantes que «muriera» Don Mendo. Los aplausos se oían ininterrumpidamente, mientras que el auditorio que había asistido a aquella representación trataba de volver a la realidad tras haber «vivido» durante el transcurso del drama en el ambiente lejano y rudo del siglo XII.

Entre aquella noche del verano de 1958 y la fecha en que se erigió el castillo habían pasado varios siglos. Centenares de años que oscurecen un poco el principio de su historia.

Los primeros datos que se conservan son no de su construcción, sino de su destrucción a manos de los Comuneros de Castilla, quienes lo incendiaron en 1520. Año éste de la concesión por el Emperador Carlos I del título de conde de Chinchón a don Fernando de Cabrera, alcaide de los alcázares y puertas de Segovia, que descendía del vizconde de Cabrera, oriundo de Francia, que vino a Cataluña en el siglo X.

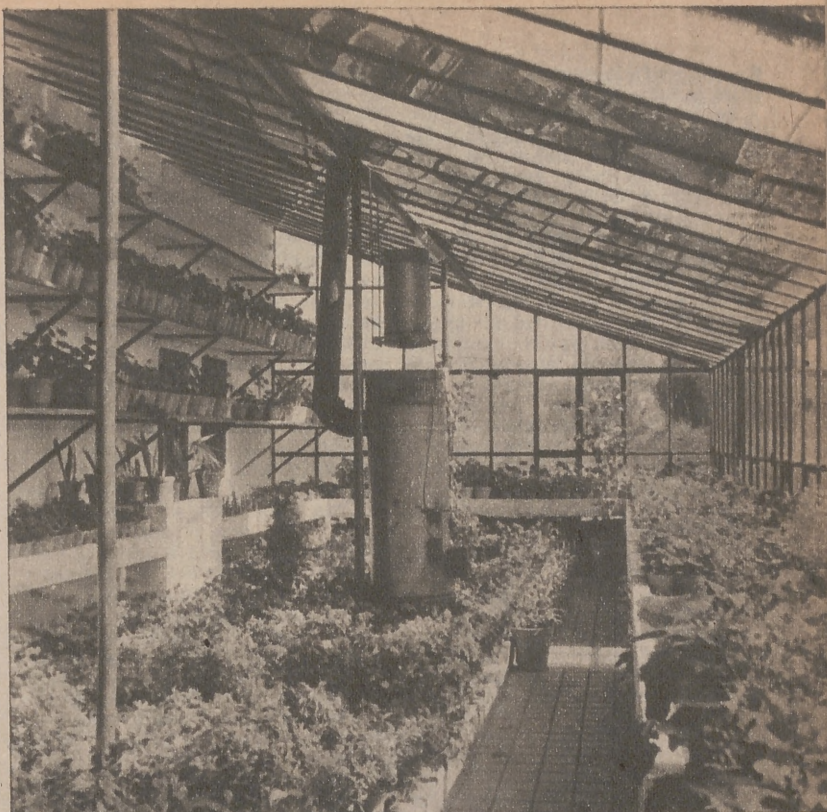
Tras sesenta y tres años destruido, el castillo fue levantado de nuevo en 1583, ostentando el título el tercer conde de Chinchón, don Diego Fernández de Cabrera, privado y mayordomo mayor de Felipe II, así como embajador en Roma y Viena. Juan de Herrera, arquitecto mayor de Felipe II, fue el ejecutor

de los planos. Se cuenta que los obreros cobraban tres cuartos diarios de jornal y diez el encargado o maestro de las obras, aunque lo más probable es que tales datos sólo tengan un valor anecdótico.

Posteriormente pasó el título, y con él la propiedad del castillo, al cuarto conde, don Luis Jerónimo, que llegó a ser virrey del Perú, y cuya esposa, Idoña Ana de Osorio, fue la introducida en Europa de la quinina. Se sucedieron seis condes más, que fueron realizando reformas y mejoras, hasta que al heredar el título don Juan Jorge Sforza y Sforza Cesarini, lo vendió, en octubre de 1738, al infante don Felipe de Borbón Farnesio y a sus sucesores.

El capítulo más romántico es, sin duda alguna, el que escribiera Fernando VI cuando, al morir su esposa, Doña Bárbara de Braganza, se encerró entre estos muros. Su melancolía llegó a extremos que rayaron en locura, y así, el Soberano abandonó toda gestión de Estado, negándose a recibir a nadie ni ingerir apenas alimento. Once meses transcurrieron hasta que el 10 de agosto de 1759—hace ahora doscientos años—expiró en una de las habitaciones más humildes. El propio cura párroco de Villaviciosa le aplicó los óleos, y de este castillo salió para ser enterrado, junto a su esposa, en las Salesas Reales. El convento que fuera canstruido en Madrid ex profeso por Doña Bárbara y que pudo unir, en una lección de amor extraterrenal, lo que el rígido protocolo hubiera desestimado en El Escorial, ya que al morir sin hijos, la esposa no podía ser enterrada en el Panteón de Reyes. El sepulcro barroco de las Salesas resume brevemente en su epitafio lo que fuera el reinado de Fernando VI: «Murió sin hijos, pero con numerosa prole de virtudes.» Este fue el final de aquel Rey que quiso «paz con todos y guerra con nadie».

La fundación de la Academia de Bellas Artes es una de sus más perdurables obras. Precisa-



Los veintidós grados de temperatura obran el prodigio de aclimatar cualquier planta

mente en estos días ha conmemorado el bicentenario de su muerte con varios actos, entre los que destacan la misa de réquiem presidida por el director general de Bellas Artes; la solemne sesión pública, bajo la presidencia del Ministro de Educación Nacional, en la que disertó el académico señor Sánchez Cantón sobre «Las Bellas Artes en el reinado de Fernando VI», y la concesión de la Medalla de Honor al Museo de la Fundación «Lázaro Galdeano».

El castillo siguió en el seno de los condes de Chinchón. Sería en 1808, tras el motín de Aranjuez, cuando Godoy estuviera preso en él siendo su propia casa.

Años después fue acondicionado como Escuela de Ingenieros de Montes, pasando luego a albergar la Academia de Carabineros, donde permaneció hasta casi entrar el actual siglo, fecha en que se trasladó a San Lorenzo del Escorial.

Aparentemente, en su exterior, el castillo se halla intacto e incluso conserva una doble fila de cipreses centenarios que presentan armas al visitante cuando pasa ante ellos camino de la puerta principal.

No fue hecho para la guerra: no tiene ese ceño hosco, aunque grandioso de las fortalezas del Medievo. En él no existen fosos, puentes levadizos, almenas fortificadas, poternas ni aspilleras.



Los alumnos de la Escuela de Capataces Forestales discuten sobre el tema que hace poco les acaban de explicar en clase

Es un edificio mezclado, de castillo, palacio y mansión señorial.

Su planta es rectangular, midiendo por su lado mayor 143 pies y 126 en la menor. Su altura es de 57 pies. Ocupando el Sur, Este y Oeste se hallan tres cubos igua es, elevándose airoso en el Norte el torreón, que alcanza hasta los 76 pies de altura. Los muros tienen un espesor de 13 pies, y de 15 los del torreón. El patio central es igualmente un rectángulo, midiendo 53 por 30 pies de planta. Es esta parte, sin duda alguna, la que mejor se conserva, dando sus paredes de ladrillo visto el aspecto de recién construidas. Sin embargo, las 365 habitaciones, que fueron el orgullo de sus moradores, se encuentran ruinosas y despobladas de cualquier vestigio de decoración o muestra de habitabilidad.

Frente al castillo, una fuente de piedra con tres caños guarda entre las cadenas que la circundan el recuerdo de tantas horas de gloria y tragedia como desde allí contempló.

LA ILUSION DE LOS MORADORES DE ODON

La verdadera significación del nombre de Villaviciosa no es la que de su traducción literal pudiera desprenderse, o sea, la de lugar de vicio, sino, por el contrario, la de sitio feliz o localidad hermosa. Así lo debió en-

tender Fernando VI cuando tal apelativo añadió al nombre de Odon, con el que sólo hasta entonces era conocido el Municipio.

La población es reducida si se comparan los 1.700 habitantes que la integran con los 67 kilómetros cuadrados que componen su superficie. Esa baja densidad es la que hace a sus moradores sentirse felices por gozar de una paz y, dicho sea de paso, de una anchura y posesión de la tierra bastante desahogada. Y, efectivamente, de esa tierra viven, sacándola cada año sus cosechas de trigo, avena, cebada..., o los productos de regadío como hortalizas y una gran variedad de frutas, ya que es Municipio que cuenta con gran abundancia de agua. El pueblo se surte del manantial que crece a cuatro kilómetros de distancia. El río Guadarrama hace que, debido a la frondosidad de sus dos márgenes, abunde la caza, principalmente conejos, liebres y perdices. Las grandes fincas compiten en un alarde de buen gusto y gran lujo de arbolado tanto en jardines como en paseos y en huertas. Así lo demuestran la de Sacedón, Monreal, «El Bosque», la del conde de Bacares...

El Alcalde, don Manuel Filio, regenta al Municipio. Cuenta con un presupuesto de medio millón de pesetas, que ha de distribuir entre los diversos conceptos de las partidas de gastos, entre las

que figura el capítulo de fiestas, sección esta importantísima en todo pueblo. En Villaviciosa las celebran el 20 de enero, con motivo de su Patrón, el Santísimo Cristo del Milagro, y el tercer domingo de septiembre, festividad de San Sebastián. En estos días se llevan a cabo una solemne procesión con el Santo; dos corridas de novillos, con sus encierros correspondientes, y una quema bastante cuantiosa de fuegos artificiales y, como es natural, varios bailes populares.

Las aspiraciones de este pueblo, al que se le puede calificar de bucólico, son pocas: una casa para el médico, viviendas para los maestros y... la realización de una esperanza que todos abrigan desde hace tiempo, pero que ha arraigado con más ahínco desde la fiesta organizada el pasado año por la Diputación Provincial, esto es: la reconstrucción de «su» castillo, como familiarmente lo llaman.

Todos deseamos otro 1583 y otro Juan de Herrera para que las paredes de sus habitaciones se vean de nuevo cubiertas de cuadros y tapices, para que los cipreses de la entrada continúen presentando armas a los visitantes y para que la fuente de los tres caños pueda continuar escribiendo su interrumpida historia.

Arturo PEREZ
(Enviado especial.)

(Fotografías de Mora.)

UN NUEVO Y AUTENTICO SINDICALISMO

El 19 de abril de 1937, Día de la Unificación, Francisco Franco, Caudillo de España y Generalísimo de los Ejércitos que reconquistaban a la Patria, dijo: "A la explotación liberal de los españoles sucederá la racional participación de todos en la marcha del Estado a través de la función familiar, municipal y sindical." Diecinueve días después del 1.º de abril de 1939 —diecinueve días después de la Victoria— Franco proclama: "Y hoy, en los tiempos modernos, surge la España sindical; la España sindical que quiere decir la España fraterna, la España organizada, la España fortalecida, en la que cada día uno interviene en lo que entiende, y no en aquello que no entiende."

Son los años en que nacen a la vida española los nuevos Sindicatos españoles; Sindicatos no para la lucha de clases y explotación del hombre por el hombre, sino como organismo natural, como célula básica, como cauce para el diálogo.

Hoy, a los veinte años de vida, de crecimiento, de acción sindical, España puede contemplar, con legítimo orgullo, los frutos de su sindicalismo. El mejor fruto: la unidad. La unidad entre los productores de España; la

unidad entre el obrero y el técnico, entre el especialista y empresario, entre el realizador y el dirigente. En esta unidad hay esencialmente un objetivo común: España. He aquí también otra gran conquista del sindicalismo español: conciencia de España entre los factores de la producción.

Y existe esta conciencia de España en cuanto los obreros, los técnicos y los empresarios participan de modo activo y directo en las tareas del Estado. "El carácter representativo del orden político —dice la Ley Fundamental del 17 de mayo de 1958— es principio básico de nuestras instituciones públicas. La participación del pueblo en las tareas legislativas y en las demás funciones de interés general se llevará a cabo a través de la familia, el Municipio, el Sindicato y demás entidades con representación orgánica que a este fin reconozcan las leyes." Desde la misma primera sesión inaugural de las actuales Cortes Españolas, ahí están los Procuradores Sindicales perfeccionando las leyes, elevando mociones, velando por la mejora de aquellos de quienes ostentan la representación. Porque los Procuradores Sindicales —un tercio de los miembros de las Cor-

tes Españolas— han sido elegidos para ello por sus propios compañeros, atendiendo a sus conocimientos, valía y prestigio, haciendo realidad el punto de la Ley que afirma que todos los españoles tendrán acceso a los cargos y funciones públicas "según su mérito y capacidad".

Son, pues, los propios productores de España los que están atentos a la resolución de sus problemas, los que rigen los Municipios, los que administran sus Mutualidades, los que conducen su propio Sindicato. Todo ello bajo el signo de la unidad, de la colaboración, del diálogo; nunca de la lucha, de la contienda, de la fisura.

No es que ahora sea mayor de edad el sindicalismo español —de cuya estructura y organización tanto han copiado instituciones extranjeras—, porque mayor de edad ya lo era en el momento de su nacimiento, sino que ahora presenta una espléndida y hercúlea contabilidad de veinte años. Veinte años —en las cifras hechas públicas por su Secretario General— al servicio de España, veinte años bajo el mando de Franco, veinte años de unidad, de amplia y sólida unidad entre los factores de la producción, como nunca se había conseguido en nuestra Patria.

LOS CIEN AÑOS DE WASHINGTON IRVING

EL PADRE DE LA LITERATURA NORTEAMERICANA,
GRAN ADMIRADOR DE ESPAÑA



El escritor en su Estudio, según Darley. Corresponde a la época en que Washington es ya famoso por sus escritos en todo el mundo

EL AUTOR DE LOS «CUENTOS DE LA ALHAMBRA»
FUE MINISTRO EN MADRID A PARTIR DE 1842

EN el último tercio del ya lejano siglo XVIII nace en Nueva York quien, andando el tiempo, habrá de ser uno de los escritores que más contribuyeron al establecimiento de buenas relaciones entre España y los Estados Unidos. Se trata de Washington Irving, que recorrió nuestro país como viajero, investigador y diplomático

co e hizo todo lo posible por familiarizar, a través de sus libros, al pueblo norteamericano con la historia, el arte y el folklore españoles. Desempeñó, muy especialmente, un papel de primer orden en lo que respecta a la creación de una corriente de simpatía y mutua comprensión entre España y Norteamérica en la primera mi-

tad de la pasada centuria. Para ello, Washington Irving hubo de penetrar en nuestra alma e identificarse con ella y nuestro ambiente. Y de tal modo penetró y se identificó que, como señala Romero Navarro en «El hispanismo en Norteamérica», ningún extranjero llegó a superarle. Fue, pues, el más fiel intérprete de

nuestros sentimientos y el más leal transmisor a los Estados Unidos del inmenso acervo de nuestra historia, cultura y tradiciones.

LA CIUDAD DE NUEVA YORK EN 1783

Nace el autor de «La vida y viajes de Colón», en lo que hoy es la ciudad de los rascacielos, el mismo año en que el Tratado de París puso término a la revolución americana y la nueva República fue reconocida como nación soberana e independiente. Pero en el año de gracia de 1783 Nueva York no era una gran metrópoli sino una modesta localidad con una población que apenas si rebasaba los 20 000 habitantes, entre los que predominaba el elemento holandés. Procedía éste de aquellos duros colonizadores que dieron a la ciudad el original y evocador nombre de Nueva Amsterdam. Sin embargo, Washington Irving no descendía de holandeses: su padre era de origen escocés y su madre inglesa. Pero el futuro gran escritor norteamericano hubo de convivir con holandeses desde el primer momento. Lo que explica en parte sus posteriores preferencias. No pocos años de su juventud los pasó Irving en la encantadora y tranquila zona del valle de Hudson, donde tan profundamente habían arraigado leyendas y tradiciones holandesas. Allí, junto a sus rocas cristalinas, sus ríos subterráneos y sus grutas y cavernas, se desata su fantasía y se despiertan sus aficiones literarias.

MALA SUERTE EN LOS NEGOCIOS

Washington Irving hubiera sido comerciante, como su padre y sus hermanos, si los negocios le hubieran ido bien. Afortunadamente para las letras le salieron mal cuantas empresas comerciales acometió. Hubo de dedicarse, por tanto, a escribir y a ganarse el sustento con el producto de su pluma. Hubiera podido dedicarse también a la abogacía, carrera que siguió como otros hijos de familias acomodadas de la misma época, pero tampoco le agradaba la práctica de esta profesión. Fue, por vocación y por necesidad, escritor y escribiendo logró subvenir a todas sus necesidades. Incluso hasta le sobró dinero que invirtió inútilmente en negocios. Otro factor que incluyó asimismo en su dedicación a las letras fue su delicado estado de salud. Por prescripción facultativa vino a Europa y durante dos años recorrió diversos países. Tal viaje acabó por convenirle de lo acertado de su elección.

CUANDO MUERE MATILDE HOFFMAN

Se ha dicho también, y es cierto en el fondo que en esta su vocación literaria influyó asimismo un triste acontecimiento: la muerte de una mujer. Fue ésta Matilde Hoffman, hija de un abogado, de la que Washington Irving llegó a enamorarse perdidamente y la cual falleció de repente cuando sólo tenía dieciocho años. Seme-

jante desgracia afectó sobremedura al ya incipiente escritor, tanto que, según se afirma, le apartó definitivamente de la vida de desocupación y frivolidad que hasta entonces había llevado. Es verdad igualmente que Washington Irving lamentó con desconsuelo la muerte de su prometida y guardó siempre el recuerdo nostálgico de su primera ilusión amorosa. Así, cuando fallece en 1859 se le encuentra un bucle del rubio cabello de Matilde Hoffman. Pero, como apunta Robert E. Wilson, este respo a su adorada prometida, si bien le hizo mantener su promesa de no casarse, no le impidió sostener relaciones con otras mujeres a lo largo de su dilatada vida.

POPULARIDAD DE «LA HISTORIA DE NUEVA YORK»

Con anterioridad a tan infausto acontecimiento amoroso, Washington Irving había colaborado, junto con los demás componentes de «Los Nueve Dignos», en la revista satírica «Salmagundi», fundada por ellos y muy parecida a «Spectator», de Addison, a la que tomaron por modelo. También por aquel entonces había empezado a trabajar en su primer libro: «La historia de Nueva York». Dicha obra, que firmó con el seudónimo holandés de Diedrich Knickerbocker, se publicó en 1809 y le abrió de pronto las puertas de la popularidad. «La historia de Nueva York» que no tardó en imprimirse en Inglaterra y ser acogida en



La tumba del inolvidable autor de «Cuentos de la Alhambra», en Tarrington, a orillas del río Hudson



Cuadro de Christian Schussele titulado «Washington Irving y sus amigos literatos», en el que aparecen destacadas personalidades de las letras norteamericanas

todas partes como una obra maestra, no es sino una parodia de la historia de Nueva York, desde Wouter Van Twiller hasta Peter Stuyvesant, último gobernador neerlandés de esta ciudad. En ella se entrelazan admirablemente las más hábiles pinceladas históricas y los más vivos rasgos humorísticos.

SU ANTOLOGIA DE CUADROS DE COSTUMBRES

Tras un breve paréntesis en sus actividades literarias, de 1812 a 1816, impuesto por su voluntaria participación en la segunda y última guerra entre los Estados Unidos e Inglaterra el «padre de la literatura norteamericana», como con toda justicia se llama a Washington Irving, vuelve a Europa, donde habrá de permanecer durante diecisiete años. Sin embargo, en Inglaterra, donde fija su residencia en principio y a donde le han llevado razones puramente comerciales, no puede, de momento, dedicarse de lleno a la literatura, como era su deseo. Lo hará más tarde al quebrar la firma en que había depositado toda su dinero. Allí conoce entre otros populares escritores a Walter Scott, quien le anima a seguir escribiendo sobre Norteamérica y estimula su interés por los temas históricos y legendarios. A esta época corresponde una colección de cuentos, que publica con el título «El libro de bocetos», a nombre de Geoffrey Crayon, y acaba por consagrar su bien merecida fama. ¿Quién no recuerda «Rip Van Winkle», entre otros cuadros de costumbres de esta sin par antología?

LA LLAMADA DE ESPAÑA

Washington Irving es ya cono-

cido y popular, no sólo en Inglaterra, sino en los Estados Unidos. En particular, la más reciente de sus obras, «El libro de bocetos», que apareció completo en Norteamérica en 1820, coloca su nombre a la misma altura que los de Walter Scott o Lord Byron, los ídolos literarios a la sazón. Sin embargo, ni su estancia en Inglaterra ni posteriormente su paso por otros países europeos, como Francia por ejemplo, que le proporciona material para «Narraciones de un viajero», que ve la luz en 1824, logran satisfacer plenamente su espíritu. «Ardo en deseos de recorrer—ha escrito refiriéndose a Europa—sus lugares famosos, de hollar el polvo de las primeras edades, de pasear mis locos ensueños entre las ruinas de un castillo o los restos de una torre y de sustraerme, en fin, a las realidades del presente para perderme en las imaginarias grandezas del pasado.» ¿Qué país mejor que España podía colmar sus aspiraciones?

INVITACION ACEPTADA

España había estimulado con su pasado la fantasía y sueños juveniles del gran escritor. No la conocía directamente, sino de referencias, a través de sus muchas lecturas. ¿Le bastaba esto para satisfacer su curiosidad? No, en modo alguno. Washington Irving había aprendido a amar a España en los libros, pero estaba convencido de que la realidad de nuestro país había que vivirla de cerca, en íntimo contacto. De ahí su anhelo por comprobar que lo que podría ver en España superaría con creces lo que había leído en los libros. Por eso, un buen día, cuando el ministro norteamericano en Madrid le pide que venga a España, el inolvidable autor de los

«Cuentos de la Alhambra» acepta complacido y sin titubeos dicha invitación. Alejandro Hill Everett está gestionando el reconocimiento de su Gobierno por parte de España y quiere que Washington Irving examine y estudie determinados documentos. Para el escritor, la venida a España significaba la gran oportunidad que tanto había deseado durante años.

A LA VISTA DEL PAISAJE

Cuando Irving llega a España, nuestro país atraviesa una época de apasionada turbulencia. Reina Fernando VII al amparo de los «Cien mil hijos de San Luis» y en la Villa y Corte se suceden las asonadas y los tumultos. Sin embargo, nada, absolutamente nada, logra empañar al recién llegado la ilusión que le ha traído a nuestra Patria. Su amor por nuestro país y su innata bondad, al mismo tiempo que su agudo espíritu de observación le abren las puertas del alma a todo lo grande, bello y hermoso que España le brinda generosamente por doquier. Sus ojos se cierran, en cambio, para toda clase de ruindades y malevolencias, porque en su alma no caben mezquindades. Vino a España enamorado de nuestra historia, de nuestro pintoresquismo y de nuestro carácter y se marchó más enamorado aún porque llegó a comprender lo que hasta entonces le había parecido incomprensible. «Hay algo—escribe—en los rasgos graves y sencillos del paisaje es-

pañol que despertaba en él a una sentimiento de sublimidad. Comprendo a los españoles, orgullosos, duros y fruga desde que he visto el país que habitan»

UN LIBRO SOBRE COLON

A fin de familiarizarse con el español, Washington Irving empezó a traducir al inglés los «Viajes de Colón», de Navarrete. Pero al poco tiempo abandonó tal ocupación y decidió escribir una obra original sobre el gran navegante y su trascendental empresa descubridora. Al cabo de dos años de estancia en Madrid había escrito «La vida y viajes de Colón» e iniciado «La conquista de Granada» y los popularísimos «Cuentos de la Alhambra». La publicación de la primera de esas obras constituyó un éxito rotundo. Soamente los derechos ingleses ascendieron a 3.150 libras esterlinas. Pero en su propio país le produjo poco dinero debido a los plagios. Más tarde, a requerimiento de los editores de Londres, que le pedían una segunda y más breve edición de «La vida y viajes de Colón», Washington Irving se trasladó a Sevilla con objeto de documentarse en su Archivo de Indias. Para terminar, a su vez, «La conquista de Granada» y los «Cuentos de la Alhambra», aquí se trasladó igualmente a la ciudad del Darro y del Genil.

LAS NOCHES DE LA ALHAMBRA

Documentos y observaciones personales le inspiraron también, entre otros libros, «Viajes de los compañeros de Colón» y «Leyendas de la conquista de España». Pero de todas las obras escritas en esta época la que le dió más popularidad fue sin disputa la conocida por «Cuentos de la Alhambra», auténtica filigrana en prosa, en la que rezuma sin cesar la pasión, esplendor y belleza de la ciudad nazarita. En la Alhambra, donde fijó su propia residencia, Washington Irving pasó los días más deliciosos de su vida. Contaba entonces cuarenta y seis años. Allí, al arrullo de la soga de del agua y embriagado por el perfu-

me de sus jardines pudo dejar volar su imaginación. Y pudo asimismo, con verdadera compacencia recrearse en envolver anécdotas y leyendas en el embrujo de un lenguaje primoroso.

TRIUNFA CON LA FANTASIA

Esta obra, traducida al castellano ininidad de veces, se sigue leyendo hoy con el mismo interés que hace aproximadamente cien años a causa de su primor y lezanía. «La dulce poesía de los jardines aromados, de las torres moras y los palacios deliciosos, por los que llorara un día Boabdil, quedó presa en sus bellas palabras, trabajadas con fervor de taracea, y se comprende —señala Méndez Herrera— que en ambos mundos prendiese hondamente el sutil duzoz de que van impregnados sus escritos. Muy intensa debió de ser la fortaleza de aquella savia de sus manojos de literatura, cuando hoy, hace más de cien años, al releerlos, aún es un jugoso y fresco, y mana de ellos un verdor eterno de cosa buera y nueva que se paladea con regustoz. Todo esto es inútil buscarlo en «La vida y viajes de Colón» por ejemplo, porque esa obra es puramente histórica. Donde Washington Irving triunfa plenamente, en toda la línea, es en aquellas obras donde su fantasía, libre de ligaduras, puede abrirse y desbordarse como un surtidor inagotable.

POR SALONES Y ARCHIVOS

Pero el cantor de la Alhambra, además de dar a conocer España a través de estos y otros libros, procura despertar en los españoles y en cuantas personas conoce y irata en España el interés hacia su país. Washington Irving contribuye, por tanto, a fomentar las buenas relaciones entre nuestra Patria y Norteamérica no sólo indirectamente, a través de sus múltiples escritos, sino directamente, con su afabilísimo trato personal. Casi desde el día mismo de su llegada a Madrid, el «padre de la literatura norteamericana» vive en casa de Obadiah Rich conocido bibliófilo hispano-

americano. Como huésped suyo, Irving conoce y trata a la buena sociedad de la capital española. Conversa con sus más caracterizados representantes y, al mismo tiempo, investiga en la Biblioteca Nacional o en el archivo de los jesuitas. Y lo mismo que hace en Madrid hace en Sevilla o en Granada durante su estancia en estas ciudades. Aquí, como en Madrid, trabaja y hace grandes amistades. Con ellas se iniciará la corriente de simpatía, que no tardará en dar sus frutos.

EL PAISAJE COMO VALOR

Hay un aspecto en la obra de Washington Irving que ha tenido, tiene y tendrá un valor extraordinario. En varios de sus libros, y sobre todo en su diario íntimo, el ilustre escritor del otro lado del Atlántico describe con ternura, fidelidad y exquisito sentimiento cuando ve y llama su atención: corridas de toros, saraos, alcazabas vacías, calles tortuosas y evocadoras, un paisaje agreste de la serranía, la verde alfombra de la vega granadina, el encuentro con unos bandoleros, etc. Todo le llama prácticamente la atención y todo lo describe con justeza. Su visión paisajista, su descubrimiento de las tierras, hombres y costumbres de España representan un antecedente de descripciones españolas posteriores, y en especial de las de los escritores de la llamada generación del 98. Antes que los pertenecientes a ésta, Washington Irving describió, con trazos indelebiles, los rasgos más acusados de las inmensas y monótonas llanuras de Castilla y La Mancha y, en contraste con ellas, el encanto multiforme y lujurriante de Andalucía.

AL EMBRUJO DE SEVILLA

En incesante peregrinar recorre a pie, a caballo, en diligencia y has a en barco parte de la anchurosa y heterogénea geografía española. Concretamente en 1828, en su viaje a las tierras del Sur, desfilan ante él, con su blanca y muda elocuencia, Vejer, Cádiz, Sanlúcar de Barrameda, San Juan de Aznalfarache y, al final de su sin, gladura por las mansas aguas del Guadalquivir, Sevilla, donde permanecerá un año. Allí, en la ciudad de la Giralda y de la Torre del Oro, Washington Irving visita monumentos y asiste a los más de espectáculos, entre ellos un baile y circo corridas de toros. Gracias a su diario íntimo, que la Sociedad Hispánica de América publicó en 1930, conocemos los nombres de algunos españoles con los que tuvo amistad: los entonces duque de Veragua y marqués de las Amarillas, el ex ministro Felix el banquero Marzán, Cecilia Böhl de Faber, más conocida por «Fernán Caballero»; el padre Pinas, los Pinzones, etc.

A LA SOMBRA DE LA RABIDA

Además de los monumentos principales de Sevilla el autor de «La conquista de Granada» realiza frecuentes excursiones al campo. Describe con deleite la belleza de los ríos, la vegeación prima-



Así era Matilde Hoffman, la prometida de Washington Irving, que falleció repentinamente cuando sólo tenía dieciocho años y cuyo recuerdo respetó siempre aquí



La mansión de «Sunnyside», a orillas del río Hudson, donde vivió y murió el gran escritor norteamericano

veral la gracia de los cortijos, el perfume de las flores, el canto de los pájaros o el murmullo de las fuentes. Y junto con la exteriorización de su amor por la Naturaleza, Irving se complace en anotar sus impresiones sobre la danza de los «seises», las procesiones, la animación de las tertulias, etc. Más adelante, y a pesar de la canícula de agosto, visitará Moguer y la Rábida, entre otros lugares y la Rábida le impresionará de tal modo, con su completo abandono, que hasta ilustrará su descripción con un desmañado dibujo. También por entonces visitará el Puerto de Santa María y sus bodegas, donde gustará del buen vino y entablará amistad con el representante de la casa Osborne y Compañía, que le dará cartas de presentación para su hija, la escritora Fernán Caballero, a quien conocerá y tratará asiduamente a su regreso a Sevilla.

LA SEMILLA, EN LA TIERRA

Estando en Sevilla recibe el diploma de correspondiente de la Real Academia de la Historia, que le envía desde la capital don Diego Clemencín. Tal distinción le llena, como es natural, de legítimo orgullo y le colma de satisfacción, no sólo por lo que semejante título entraña en sí, sino por el gran prestigio que habrá de proporcionar a su Patria, tan necesitada de él como nación que empieza a vivir por sus propios medios. Sin embargo, más que las felicitaciones académicas por el mérito de sus libros históricos y la distinción que acaban de concederle, lo que Washington Irving aprecia realmente es la admiración y simpatía que determinados sectores del pueblo español están sintiendo

hacia el pueblo de los Estados Unidos. Cuando unos años más tarde ha de abandonar España con destino a la Legación de Norteamérica en Londres, Irving podrá llevarse como recuerdo la alegría inmensa de ver que ha germinado ya la semilla que por sí mismo sembró en el corazón de los españoles.

AHORA COMO MINISTRO

Sin embargo, su salida de España no significó, como pudiera creerse, la ruptura de sus relaciones con nuestro país. Antes al contrario, el autor de los «Cuentos de la Alhambra» mantuvo constante correspondencia con las muchas amistades que aquí dejó y siguió interesándose por todos nuestros asuntos. Así, nada tiene de extraño que en 1842 volviera a Madrid, pero esta vez no como simple agregado a la Legación de los Estados Unidos en Madrid, sino como ministro. Como apunta Robert E. Wilson, nadie más indicado que él para ocupar tal puesto, ya que a su personalidad y amistades en los círculos oficiales había que añadir el gran valor político y cultural de su renombre en todo el mundo como hombre de letras. Si bien es cierto que durante los cuatro años y medio que permaneció de nuevo en España su paso por nuestro país no se caracterizó por una brillante gestión diplomática, no lo es menos que su vuelta sirvió para reanudar antiguos contactos y estrechar aún más viejas amistades.

LA PIEDRA ESPERA

De nuevo en los Estados Unidos, Irving se dedica a escribir hasta su muerte en la quietud de su residencia de Tarrytown, junto al Hudson. Corresponden a estos

años «La vida de Oliver Goldsmith», «La vida de Jorge Washington» y «Mahoma y sus sucesores», entre otras obras. Ecribió además otros muchos libros, como «Las aventuras del capitán Bonneville», «Una vuelta por las praderas», «Astoria», etc. Pero tales obras, no obstante su indiscutible mérito, deben interesar menos a españoles y norteamericanos que la gran aportación de aquél en lo que atañe al establecimiento y fomento de buenas relaciones entre Washington y Madrid. ¿No se le rindió, hace ya más de treinta años, un sencillo homenaje en Sevilla, homenaje que consistió en el descubrimiento de una lápida conmemorativa esculpida por Berilliure? ¿Por qué no se le rinde, también ahora, otro más grandioso aún con motivo del I centenario de su muerte, acaecida, como es sabido, a fines de este mes de noviembre? La ocasión que para ello se nos brinda ahora no puede ser más oportuna, ya que coincidiría con un momento en que las relaciones entre España y los Estados Unidos son cordialísimas. El homenaje podría consistir en el acuerdo por parte de quien lo considere más pertinente de erigirle un monumento en Madrid. ¿Por qué no en la misma Embajada de los Estados Unidos, sin ir más lejos? ¿Por qué no en cualquiera de las nuevas plazas de Madrid?

Julio BARRIENTOS MEDINA



UN INFORME VITAL DE LA SOCIEDAD DE ACTUARIOS DE LOS ESTADOS UNIDOS

DANDO por supuesto que ustedes gozan de una magnífica salud, amigos míos, si deciden suscribir una póliza de vida, sus aseguradores les exigirán una cuota tanto mayor cuanto más gruesos estén.

¿Es acaso la gordura un signo ostensible de abundancia y riqueza? En lo material, puede que sí. La vida está cara, y comer hasta engordar cuesta mucho dinero. Pero en lo biológico, es un signo negativo, tan



Uno de los factores más importantes para la salud está en la posesión de un peso normal, ni excesivo ni escaso

EN LA BASLA, UNA SEÑAL DE ALARMA

VIGILE SU SO SI QUIERE LLEGAR A VIEJO



negativo, que las Compañías de Seguros de Vida consideran un negocio ruinoso asegurar a un obeso, y para cubrirse previamente de todo riesgo, obligan a pagar a los gordos una demasia por exceso de peso sobre el normal, cobrando cada gramo de grasa sobrante como si fuera oro líquido.

No se trata de explotar al rico, haciéndole que sude pesos literal y monetariamente, sino de defender un negocio escrupulosamente calculado por los actuarios de Seguros.

Bajo una amplia base de investigación estadística que abarca el estudio de cinco millones de asegurados en la rama VIDA a lo largo de veinticuatro años, la Sociedad de Actuarios de los Estados Unidos acaba de publicar un interesantísimo informe que pone, una vez más, de manifiesto la estrecha relación que existe entre el peso de una persona y sus posibilidades de supervivencia, entre delgadez y longevidad, entre gordura y muerte. El estudio de los actuarios norteamericanos, la mayor parte de cuyos miembros trabaja en el campo de los Seguros de Vida, ha sido definido por el Instituto de Seguros de Vida como «la más extensa investigación estadística realizada jamás en el terreno sanitario».

Hace treinta años, los actua-

rios de Estados Unidos verificaron una investigación parecida. Cotejando ambos informes, en los que se ofrecen cuadros estadísticos por grupos de edades, de pesos, presión sanguínea y defunciones, se han obtenido sorprendentes conclusiones, destacadas en sugestivos gráficos. Según el Instituto de Seguros de Vida, los hallazgos del último informe dejan anticuadas o en desuso las cifras de peso medio normal registradas en las básculas actualmente, que se basan en los datos recogidos en el anterior informe de los actuarios realizado hace treinta años.

Según Eduardo A. Lew, estadístico de la Metropolitan Life y presidente del Comité que hizo el postrer informe, los datos recopilados ponen de manifiesto que el americano medio pesa 20 libras (9 kg. 200 gr.) de exceso sobre el peso ideal.

EL PESO IDEAL

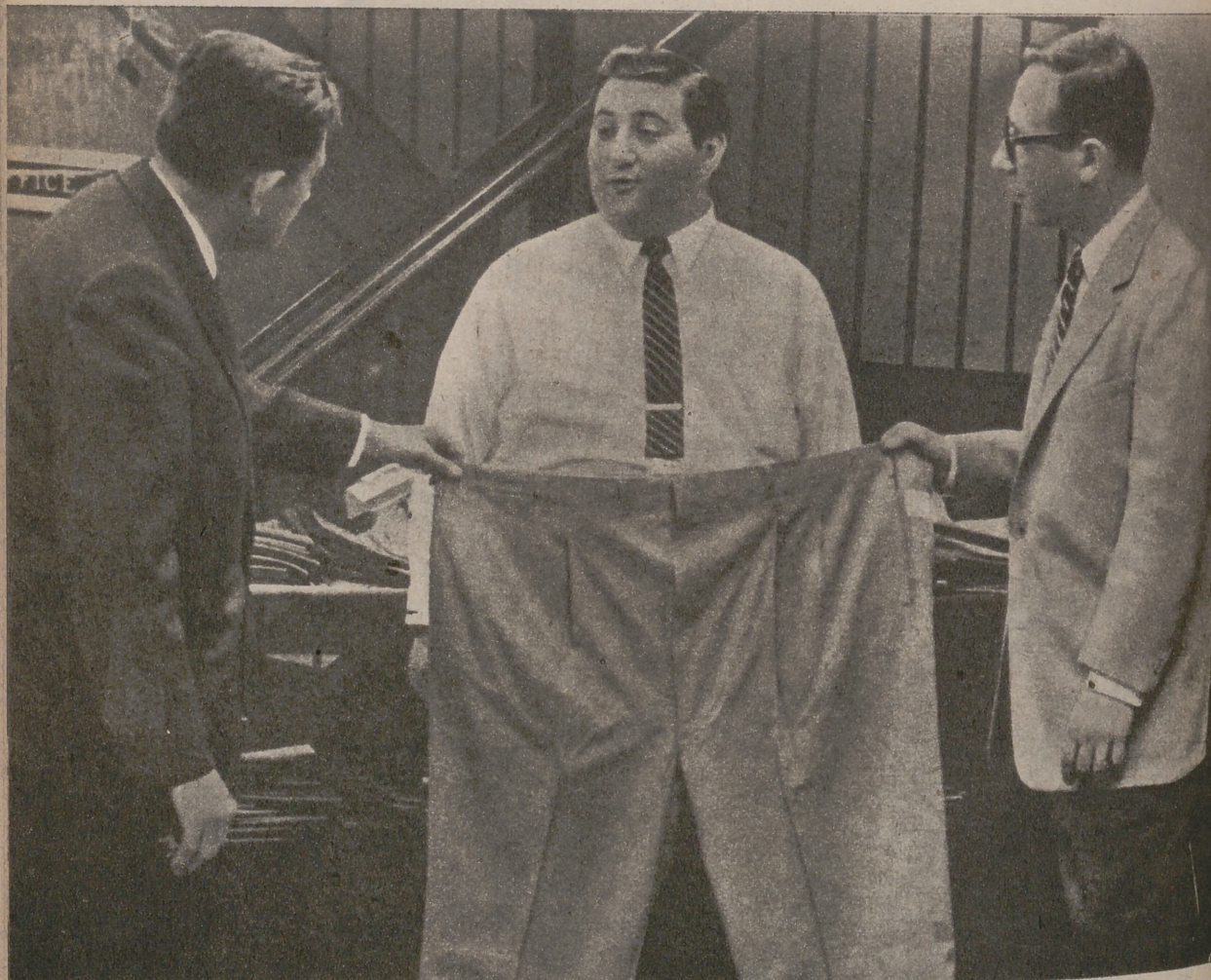
Antes de seguir adelante debo definir qué entendemos los especialistas en Nutrición por "peso ideal". El concepto ha variado en los últimos años y difiere el criterio sostenido por los médicos del que mantienen las Compañías de Seguros.

Para las Compañías de Seguros todavía es válida la fórmula de Broca Para Broca, los adultos

deben pesar en kilos lo que su talla sobrepasa en centímetros al metro. Un hombre que mida 1,60 debería pesar 60 kilos. A las señoras se les dispensa dos o tres kilos. Así, una mujer de esa misma talla ya estaría bien pesando alrededor de 57 kilos.

Los endocrinólogos y nutricionistas nos ajustamos más a las tablas de Lorenz-Van der Vael, defendidas por Marañón y hoy muy seguidas por los especialistas. Según estas tablas, el peso ideal o normal viene dado por el peso de 50 kilogramos más tantas veces tres cuartos de kilo como centímetros exceda la talla a los 150 cm. Volviendo a nuestro hombre de 1,60, de acuerdo con la proposición de Lorenz-Van der Vael debería pesar 50 más 0,75 por 10, o sea: 50 más 7,5, que suman 57 kilos y medio. Como se ve, dos kilos y medio menos que los que aceptan como normales las Compañías de Seguros siguiendo la fórmula clásica de Broca.

Puede decirse que éste sería el peso ideal, el peso biológico justo, de los adultos varones que han superado el período del crecimiento a lo largo (talla) y entran en una fase de equilibrio, que dura 15 ó 20 años, en la que deben mantenerse siempre, si no quieren pasar al tercer período de crecimiento, a lo ancho (obesidad), cubriendo de grasa la



El peso ideal en los adultos es poseer en kilos lo que su talla sobrepasa al metro. Un hombre de 1,70 debe pesar 70 kilos

sarcásticamente llamada "curva de la felicidad", que más bien es el tobogán de los achaques y enfermedades que conducen a un envejecimiento prematuro y a la muerte.

Este peso ideal (normal) de los adultos varones no es válido para el adulto femenino. Ya he dicho que las viejas fórmulas dispensaban a las señoras un par de kilos. En realidad, no es una galante dispensa del varón, científico, sino un hecho incontrovertible unido estrechamente a una serie de hábitos ligados al sexo. El informe de la Sociedad de Actuarios norteamericanos lo ha confirmado.

LAS MUJERES PESAN MENOS QUE LOS VARONES

Las mujeres, en igualdad de condiciones (talla y edad) pesan menos que los hombres. Pero también, en esa misma identidad de condiciones, pesan menos que las mujeres de hace treinta años, reseñadas en la estadística anterior. No sólo pesan menos las que se encuentran en edad de presumir, sino todas en general, sin distinción alguna.

Los pesos correspondientes a las jóvenes, con una edad comprendida entre los 20 y los 30 años, es menor en cinco libras (2 k. 300 grs.), como mínimo, a los correspondientes a las mismas edades a los estudios realizados hace treinta o cuarenta años. En conjunto, repito, las mujeres de todas las edades marcan en las básculas un peso de varias libras menos.

Los actuarios atribuyen el fenómeno a la ligereza en ropas de la norteamericana contemporánea. En ambas ocasiones se las pesó vestidas, y la moda de los dorados años "veinte" defendía unas ropas más abundantes y pesadas que la moda vigente. Pero los cánones de la estética y elegancia femenina también precorizan la delgadez.

Hace cuatro años, don Gregorio Marañón pronunció una conferencia, en la que vino a decir que la obesidad estaba en crisis, que las grasas de los humanos actuales se disgregaban, se licuaban, sometidas a la creciente presión de las exigencias y directrices de la vida contemporánea. Según Marañón, ahora hay menos obesos por múltiples razones. La primera, porque la Humanidad ha aprendido la lección de hambre de las dos últimas guerras y la sinrazón social del menú de cuatro platos; la segunda, porque la vertiginosa actividad del hombre de hoy exige arrojar el lastre del exceso de peso; la tercera, porque lo demanda un nuevo sentido estético; la cuarta, por una tendencia a la indiferenciación sexual, a la confusión de los sexos en una forma común; la quinta por un ansia de longevidad.

Las conclusiones de Marañón se basaban en una casuística privada de 45.829 enfermos, económicamente acomodados, y en una casuística hospitalaria de 46.643 pacientes, económicamente débiles. De cada 100 enfermos del grupo pudiente, 10 eran obesos, mientras que de cada 100 pa-



Los Actuarios americanos estiman que la probabilidad de vida de un grueso es menor que la de un delgado

cientes del grupo hospitalario, uno era obeso. Los médicos sabemos que las personas de fortuna flaca todavía creen en el mito de que las buenas carnes, la obesidad, es un signo de robustez y salud; mientras que los otros ya empiezan a dudar de los beneficios de la gordura. Teniendo en cuenta este error de apreciación, de todas formas es significativo que la proporción de obesos sea de uno a diez entre los enfermos hospitalarios y privados de Marañón. Indica que la obesidad es una consecuencia de la buena mesa, pero grullada que no reconoce ningún gordo que acude al médico, ya que la inmensa mayoría niega que coma en exceso, no con propósito de

ocultar su glotonería o voracidad, sino porque casi siempre ni se dan cuenta exacta de lo que se llevan a la boca.

La investigación de los actuarios norteamericanos, muchísimo más extensa que la de Marañón, pues abarca a cinco millones de personas, en parte confirma las deducciones de Marañón y en parte las niega.

Las confirma si observamos sólo las estadísticas correspondientes a las mujeres, en las que se manifiesta un pronunciado horror hacia la obesidad. Ahora bien, este horror está impuesto por la moda social y sexual, y no por un sano terror a la vejez prematura y a la muerte. Si este existiera se manifestaría por

igual en ambos sexos. Pero esto no ocurre así. El informe de la Sociedad de Actuarios demuestra, en contraste con las mujeres, que los pesos medios de los hombres bajos y de los de estatura media en las edades comprendidas entre los 20 y 30 años, son ahora más elevados, en unas cinco libras (2 k. 300 grs.), que hace treinta años. El aumento del peso de los hombres en otras edades y en los hombres altos es menor, generalmente, pero también se aprecia.

Además, los hombres empiezan a aumentar de peso entre los 20 y 30 años y se equilibran entre los 30 y 40. En conjunto, el americano medio, repito, pesa por término medio veinte libras (9 k. 200 grs.) de exceso sobre la norma ideal. Lo que indica dos cosas: primera, que al americano le preocupa poco la obesidad, y segunda, que es un pueblo bien alimentado.

Pero aún hay más. La encuesta de los actuarios resalta que las mujeres soportan mejor el peso excesivo que los hombres. No obstante, las mujeres insisten en adelgazar. En cambio, los hombres, que se hallan en peor situación, aumentan considerablemente de peso. El pánico hacia la obesidad todavía no les ha alcanzado de lleno. Sin embargo, las Compañías de Seguros de Vida hacen todo lo posible por asustarlos con dramáticas cifras y fuertes tasas.

EL PELIGRO DE LA EXCESIVA GORDURA

El informe de la Sociedad de Actuarios de Seguros norteamericanos señala una clarísima correlación entre la gordura y los porcentajes más altos de mortalidad. Los hombres que pesan 20 libras (9,200 kilos) por encima del tipo medio, tienen un porcentaje de mortalidad un 10 por 100 más elevado. A los que pesan 25 libras (11,500 kilos) por encima del peso medio, les corresponde un aumento de mortalidad de un 25 por 100. Mientras que un peso de 50 libras (23 kilos) sobrepasando el medio va asociado a un porcentaje de mortalidad de un 50 a un 70 por 100 más alto. Pero las mujeres, como indiqué antes, soportan mejor el peso excesivo que los hombres.

La nefasta influencia del exceso de peso en la salud y supervivencia de los seres humanos no es un fenómeno recién descubierto. Todos los médicos de las Compañías de Seguros lo tienen en cuenta para rebajar las posibilidades de longevidad de los que deseen suscribir una póliza de vida. Aotaciones de muy diversas procedencias indican que por cada 100 personas que mueren con un peso normal, fallecen a la vez 150 obesas. Otras estadísticas demuestran que por encima de los cuarenta años de edad, un exceso de un 5 por 100 de peso

sobre el ideal supone un riesgo de un 8 por 100 superior al que tienen los de peso normal; un 15 por 100 de exceso equivale a un incremento de un 28 por 100 en el peligro, y un 25 por 100 de exceso, a un 56 por 100.

No quiero cansar al lector con más cifras e gorrosas y áridas. Hace tiempo también desistí de estas demostraciones matemáticas con mis pacientes. Son demasiado frías, abstractas y lejanas. Los profesionales del cálculo, los actuarios, sí que se han percatado del tremendo significado de tales porcentajes. Está claro que la supervivencia de una persona se halla en relación inversamente proporcional a lo que su peso corporal exceda al peso ideal dado por la fórmula de Broca o la más exacta de Lorenz-Van der Vael. Con el fin de no sufrir pérdidas, grandes Sociedades americanas de Seguros han tabulado sus cuotas de pólizas de vida de acuerdo con el peso de los asegurados.

En igualdad de circunstancias (estado de salud, edad y talla) los asegurados pagan tanto más por su póliza cuanto más kilos pesan en demasía. Ha sido éste un planteamiento económico de la salud que ha beneficiado por igual a las compañías aseguradoras y a los asegurados.

El obeso, cuando se le habla de los peligros de sus grasas, de su vejez enfermiza, de la hipertensión, de la diabetes, de los cálculos al hígado, de la arterioesclerosis, de la nefritis, piensa, e incluso mejor de los casos, que todo eso está muy lejos, y reacciona como Don Juan Tenorio ante el fantasma de la muerte: «¡Largo me lo fiáis!»

Pero si no todos muchos obesos intentan ahorrarse la sobretasa que las compañías aseguradoras imponen a su gordura adelgazando unos kilos. Esto fue lo que decidieron dos grupos de asegurados. Aproximadamente 2,300 personas, de ellas 1,300 hombres y 400 mujeres (total 1,700) del grupo de indemnización baja y 400 hombres y 200 mujeres (total 600) del grupo de indemnización alta, se propusieron perder peso para pagar sólo la tarifa normal. El resultado se tradujo en un aminoramiento de la cifra de mortalidad en estos cuatro subgrupos.

Si la obesidad significa un riesgo permanente, la delgadez puede representar una ventaja. Es una deducción lógica que ha quedado penosamente confirmada por el informe de la Sociedad de Actuarios. En ambos sexos el porcentaje más bajo de mortalidad se registra entre las personas que tienen un peso inferior al medio o normal. Expresado de otro modo: por cada 100 personas de peso normal y con más de treinta años que fallecen, sólo mueren de 80 a 85 delgados. O sea: de un 15 a un 20 por 100 menos. En las edades comprendidas entre los diez y

veinte años, un peso ligeramente superior al peso medio, muestra una pequeña ventaja.

PRESION ALTA + OBESIDAD = CATASTROFE

Las cifras estadísticas señalan que en toda edad y en ambos sexos, la presión de la sangre que va por las arterias aumenta en razón directa al incremento del peso corporal. Sucede tanto con la presión sistólica (la que se produce cuando el corazón se contrae) como con la diastólica (la que se origina cuando el corazón se dilata). La proporción exacta no puede saberse, sin embargo, porque está demostrado que, debido a la grasa que se acumula en los brazos, los datos del aparato de tomar la tensión (esfigmomanómetro) no son muy correctos en las personas corpulentas.

La más asombrosa revelación del informe de la Sociedad de Actuarios ha consistido en la apreciación de que incluso un aumento de la presión sanguínea por encima de lo normal a un nivel, al que hasta ahora no se le concedía ninguna importancia, puede significar un considerable acortamiento de la vida si va asociado a la obesidad. Entre los hombres, el estudio actuarial ha mostrado que una presión sistólica (tensión de máxima) de 15 o una presión diastólica (tensión de mínima) de 10 van ligadas a un aumento de la mortalidad de un 75 a un 125 por 100. Se pudo apreciar que las mujeres resisten la tensión elevada mucho mejor que los hombres, lo mismo que se vio con la obesidad.

La proporción más baja de mortalidad entre las personas de los dos sexos se registró entre aquellas que pertenecen al grupo de los que tienen una tensión más baja que la normal.

El exceso de peso con una presión sanguínea elevada se ha podido observar que constituye un aviso de peligro creciente. Me aspreciarío indica inconsciencia y temeridad. En las personas en las que se prese tan ju tas la tensión alta y la obesidad, el incremento del porcentaje de mortalidad es mucho mayor que el que correspondería a cualquiera de ellas si se considerara por separado. El doctor John J. Hutchinson, director médico de la New York Life Insurance Company (Compañía Neoyorquina de Seguros de Vida) ha declarado:

—No puedo ofrecer una explicación más clara del mecanismo representado por un exceso de peso, siquiera fuese moderado, e combinación con una presión sanguínea algo superior a la normal, que la afirmación de que dicha combinación proporciona una experiencia de mortalidad casi doble de lo que se podría esperar.

Individuos con presión sanguínea elevada o con exceso de peso en combinación con la presencia de albúmina en la orina, están igualmente sujetos a una proporción de mortalidad considerablemente más elevada que la correspondiente a cada una de las ardidichas condiciones por sí solas.

Aproximadamente el 90 de los

Adquiera todos los sábados

"EL ESPAÑOL"

pacientes en los que la diabetes evoluciona después de los cuarenta años son obesos.

Hace mucho tiempo que se ha observado una relación directa entre los trastornos de la vesícula biliar y la gordura. También la obesidad prolongada y grave tiene bastantes conexiones con los trastornos del hígado. La gordura es un asunto en caso de una operación de urgencia que no admite un tratamiento previo de adelgazamiento. El cirujano se pierde entre la grasa y no acierta con el punto exacto en donde intervenir. Ya se ha observado que el índice de mortalidad por apendicitis es doble entre los obesos que en las personas normales. Asimismo en las gordas se presentan más complicaciones durante el parto. Hasta en los accidentes de automóvil los obesos contribuyen en alta proporción, sin duda por la falta de agilidad y torpeza de movimientos. Sólo hay dos renglones en las listas de mortalidad en las que la obesidad no ocupa el primer lugar: en la tuberculosis.

Leonard Williams resumió hace tiempo en breves palabras el concepto en que muchos tenían la obesidad diciendo que «la forma antiestética del cuerpo llamada corpulencia ha sido dividida en tres grupos: el envidiable, el ridículo y el que inspira compasión. Esta clasificación valora falsamente dicho estado, pues no es envidiable ningún caso de obesidad (acabamos de verlo). Los más de ellos son ridículos y todos son dignos de compasión».

A pesar de su excelente aspecto, los obesos no gozan de una salud que pueda resistir a toda clase de pruebas. Los gordos son con frecuencia víctimas de la insuficiencia cardíaca o del riñón. Son también poco resistentes a las infecciones. Si padecen un resfriado, éste se transforma en una pulmonía. Si sufren una pulmonía, ésta se convierte en un edema de pulmón.

La obesidad, pues, debe evitarse sistemáticamente, pero siempre recurriendo a la ayuda del médico. Sin embargo, no todos los obesos acuden al doctor. Los que requieren sus consejos van algunas veces por presentar molestias derivadas del exceso de grasas, como son la fatiga, sudores, palpitaciones y dificultad física para el trabajo. Otros acuden sin ninguna molestia, pero movidos por el deseo de adelgazar, y por último, un pequeño grupo es enviado por otros médicos. Son pacientes que aquejan otra enfermedad, en la que la gordura representa una grave complicación.

Ninguno de ellos debe tratarse a sí mismo ni ser tratado a la ligera. Todos los gordos han de someterse a un reconocimiento clínico completo para comprobar su estado de salud y la posible coexistencia de otro mal incompatible con régimen de adelgazamiento, o, cuando menos, con un régimen severo.

La obesidad que se pretende suprimir ha tardado, a veces, años en formarse. Preterir tratarla en unas semanas, cuando no es un absurdo es algo peor. El paciente debe seguir una dieta alimenticia de acuerdo con su



En el peso de la mujer, el ideal es quedar dos o tres kilogramos menos que lo que se sobrepase al metro en la talla. Una mujer que mida 150 debe pesar 47 kilogramos

género de vida y su trabajo. Todo tratamiento debilitante es peligroso. Lo primero que se pierde es agua, y puede que muy fácilmente; pero luego, al menor descuido, es también lo primero que se recupera.

El tratamiento de adelgaza-

miento exige más del propio enfermo que del médico y pone a prueba la paciencia de ambos. Sin embargo, hay que seguirlo con voluntad y fe, pues con harta frecuencia es la vida lo que está en juego.

Dr. Octavio APARICIO



EL HOMBRE DE LA TROMPETA

NOVELA por Jorge FERRER VIDAL

Has llegado al pajar, hombre de la trompeta; te has despedido del boticario y piensas que el señor cura tenía razón; piensas que el pajar es hermoso y grande y que va a ser bueno dormir, descansar sobre él —con la trompeta al lado— de las emociones del día, de este día, hombre de la trompeta, 16 de mayo, en que te has sentido plenamente feliz, con una felicidad que se te ha presentado de sopetón, casi desconocida, inidentificable con aquella otra de tiempo atrás, cuando te vias un hombre con tu fe y tu esperanza.

Has llegado al pajar de las afueras del pueblo y contemplas las briznas de paja que brillan en la noche, a la primeriza luz de la luna, como infinitas le tejuelas, como chispazos rabiosos, y comienzas a pisar la paja muella, caliente, casi polvorienta por la sequía pertinaz; comienzas a ascender montón de paja arriba, rotando que el polvillo del trigo se te mete en las narices y en los oídos, y entre las alpargatas y los pies, picando como si fuesen pulgas, e, incluso, te lo encuentran metido entre los cabellos o los pelines de las cejas. Ascienes, pues, por el pajar hasta llegar cerca del palo-eje, y entonces te detienes, hombre de la trompeta, y dejas el morral y el instrumento a tu lado y te sientas sobre la paja, te tumbas de espaldas, suspiras y miras al cielo. El cielo está terso y brillante y guarda aún un resplandor grisáceo por la parte izquierda del horizonte, por donde el sol se hundió, exclusivamente por donde el sol se hundió, porque el resto del firmamento, ya oscuro, ya noche, comienza a hacer después de las innumerables estrellas que tintinean, se estremecen, tiemblan, como si quisieran liberarse, como si hiciesen esfuerzos por arrancarse del cielo y empezar a correr con desenfreno. Miras al cielo y reconoces que sí, que la noche está hermosa, que es la noche apropiada para atestiguar tu inmensa

felicidad, tu sentirte con plenitud de ser, tu saber-te de nuevo hombre de la trompeta, después de tantos años de tener olvidada, como quien dice, la miel del triunfo, después de creerte definitivamente falto de facultades, después de haberte resignado a ser sombra, espejismo o recuerdo de lo que fuiste.

Así, tumbado de espaldas, notas que el polvillo del trigo se te mete por el cuello de la camisa y se te pega a la piel de la espalda, con el sudor, y te rascas, sonriendo siempre, contemplando el cielo y las estrellas y el pedazo de luna que ha asomado ya con decisión por detrás de los montes lejanos; y que ilumina los campos, el pueblo, el camino del pueblo, con una claridad que se te antoja de ensueño, con una luz que bien podría ser la culminación del arte, de ese arte que hoy, por primera vez en muchos años, hombre de la trompeta, has sentido palpar dentro de ti como un ser vivo, recreándose, vivificándose.

Dejas caer la cabeza hacia un lado y notas las cosquillas de la paja en la oreja derecha; te rascas y ves el campanario de la iglesia del pueblo, la espadaña de la iglesia en la plaza Mayor, donde esta misma tarde has vuelto a ser parte de tu propio tú, donde tu personalidad verdadera de hombre de la trompeta ha vuelto a aflorar misteriosamente, después de años y años de silencio.

Ahora, viendo el pueblo envuelto en la claridad de la luna, envuelto en el silencio de la noche, te preguntas, sorprendido y jubiloso, del por qué de tu éxito, del por qué de tu íntima satisfacción; mientras tu mano izquierda va palpando sobre la paja hasta dar con el metal frío de tu trompeta, hasta acariciar la trompeta como si volviese a ser un animal vivo, como si fuese la cabellera tibia de una mujer. Y sonríes de nuevo, y te das cuenta perfecta de que éste puede ser el momento de tu

vida, el momento que hay en la vida de todos los hombres, y lo saboreas y te lo pasas por la imaginación, y te lo dejas disolver en el alma, en lo más profundo del alma, como si fuese un caramelo.

Hoy, esta tarde, has llegado al pueblo con tu trompeta, tu morral y tu barba, pensando que aquel iba a ser un pueblo más en la larga cadena de los pueblos, pensando que tu recital iba a ser como tantos y tantos, pensando que, con suerte y por ser domingo, ibas a recaudar en tu gorra grisienta lo suficiente para un poco de vino, pan y queso.

Has llegado al pueblo y hacía sol, hombre de la trompeta, y el pueblo estaba amodorrado por el calorillo bueno de la primavera, con sus calles y la plaza vacías, con algunos niños correteando medio desnudos bajo las sombras de los árboles, y cuando has ido al Ayuntamiento para pedir el permiso, te lo has encontrado cerrado por lo del descanso dominical, y lo has pensado, te lo has dicho: «Aquí no hay nada que hacer». Y has estado a punto de dejarte vencer por el desaliento, de mandarlo todo al garete, de seguir camino adelante, con tu morral y tu trompeta, hacia otro pueblo. Pero, no. Has decidido dar allá el recital, sacar unas perras para cenar el pan y el queso, y has vuelto a la plaza y has preguntado a los niños por el domicilio del secretario, y has ido a su casa a pedir permiso, y el tío, el secretario, te ha contestado que hicieses lo que te diese la gana, que tocases la trompeta o te tocases la mismísima nariz, pero que no le vinieses con pegas, porque estaba de siesta.

Has decidido, sin embargo, permanecer en la plaza, dispuesto a dar el concierto, esperando con los niños, bajo la sombra de los árboles, a que el pueblo despertase de la siesta colectiva y se abriesen las ventanas y las puertas y apareciesen los hombres de boina y blusón y las mujeres gordas de traje negro y el resto de la gente de los pueblos, que no saben de las cosas del arte y que habitualmente se mordan contigo y te gastan chachotas, y al final te dan diez céntimos para que vuelvas por el pueblo.

Te has quedado así, en la plaza, lleno de frustración, de la tristeza de siempre, del dolor de ya no ser tu propio tío, tu irrecuperable tú, oyendo la brisa en los árboles, viendo el zigzaguar de las benditas y purísimas golondrinas, contemplando el corretear de los niños, escuchando el gritar de los niños y pensando, hombre de la trompeta, pensando en lo que podrías ser y en lo que eres, pensando en la pérdida total de tus posibilidades para el arte, pensando con insistencia en tu total fracaso, pensando en lo que has dejado atrás: tu éxito, tu calvario, tu interminable caminar de pueblo en pueblo, pensando, como siempre que te pones así de triste, en todas las cosas de la vida.

Su nombre artístico —¿recuerdas, hombre de la trompeta?— era Kate Star, pero se llamaba Encarnación Pacheco. Medía 1,72 metros, pesaba 60,400 kilos, cabello rubio, ojos azules, perímetro torácico 95 centímetros, cintura 62, caderas...

Lo recuerdas muy bien porque el primer contacto que tuviste con ella fue a través de su media filiación artística. Fue el día 12 de junio de 1939, recién acabada la guerra —tú, recién licenciado—, cuando tu director de orquesta, Patty Smith, natural de Cañete (Cuenca), te encargó que seleccionases una animadora entre las que habían contestado al anuncio de «A B C». Tú actuabas entonces con Patty Smith en la primera sala de fiestas que se abrió en la Gran Vía después de la toma de Madrid y era la pieza más importante de su conjunto. Comenzabas a despuntar y la gente se estremecía al escuchar los impresionantes «solos» de tu trompeta, a base de unos agudos inverosímiles que súbitamente, inexplicablemente, se convertían en unos bajos que parecían crearse en lo más profundo de tu pecho, de tu vientre casi, y aflorar al mundo a través de tu instrumento, pero sin que el instrumento tuviese nada que ver en todo aquello. Entonces, hombre de la trompeta, fue cuando Patty Smith decidió que necesitabas una animadora capaz de alcanzar tus altos y tus bajos y, de seguir los hiposos lamentos de tu trompeta, y persististe el anuncio en el periódico y apareció ella, Kate Star, veintidós años, con una garganta que era una caja de resonancias, un manantial inexplicable de armonía, con una voz honda, untosa, que sonaba como si naciese de una boca llena a perpetuidad de pasta dentífrica. Y





con cabello rubio, cintura 62 y ojos azules como el mismísimo cielo de los atardeceres.

Tú aún no sabes lo que pasó. No te lo explicas. Pero lo cierto es que, al incorporarse Kate Star a la orquesta, al interpretar tus canciones con Kate Star, comenzaste a devenir tu propio tú, a ser plenamente lo que aspirabas ser, EL HOMBRE DE LA TROMPETA, así, con mayúsculas, como te anunciaban en los carteles de la sala de fiestas y en los periódicos y en las tapias de los solares de la ciudad: «Kate Star, la gran atracción canadiense, y EL HOMBRE DE LA TROMPETA». Y es cierto. Aún no te lo explicas. Aún no sabes qué misterio entrañaba la voz de Kate Star que de tal modo te hacía sentir en el alma los desvarios de tu trompeta, que llegaste a imaginar a veces que el pedazo de latón entre tus dedos era un animal vivo, independiente de ti, agitando-se en el aire, expresando su dolor y su gozo de palpitir en este mundo. Allí comenzó todo, hombre de la trompeta. Comenzó la plenitud de tu arte, la identificación de tu más íntimo ser con el arte, a través de la voz y la presencia de Kate Star, y —¡recuérdas!— aquella temporada en que Kate contrajo una faringitis granulosa y no pudo cantar, tuviste que cambiar tu repertorio porque la trompeta no respondía, se quedaba a mitad de camino, se quebraba como si le faltase aliento o vida o estuviese inusitadamente fatigada. Aquellos días tuviste que dejar de interpretar las creaciones de Miller, de Kayser, de Benny Goodman y acudir como recurso a las cositas de León y Quiroga, que cantaban y bailaban los del cuadro flamenco de la sala. Y te diste entonces cuenta de la situación, y fue cuando escribiste a Kate el billete, nuestro primer billete, que fue como una declaración de amor: «Gúrate pronto. Mi trompeta enferma contigo.»

Al reincorporarse Kate, tu trompeta sonó como nunca, sonó de tal modo que llegaste a la conclusión de que tu destino estaba cumplido, de que eras tú propio plenamente, un excepcional hombre de trompeta, y vinieron los éxitos fabulosos, la impresión de discos, las propuestas de contratos en el extranjero y las palabras de Patty: «Acepta, chico. Yo, en conciencia, no puedo retener-te en Madrid. Eres un genio.» Y tú sonreíste y pensaste que no eras un genio, sino que eras sencillamente lo que tu conciencia de hombre te exigía ser, y firmaste un contrato para París y otro para Londres, y en mitad de la fuerza que los chicos de Patty organizaron para celebrarlo, cogiste de la mano a Kate y se lo dijiste, dices: «En gracia, vendrás conmigo.»

Yo no sé si recuerdas, hombre de la trompeta, cuál ha sido la mejor actuación de tu vida hasta este momento en que estás sentado en la plaza del pueblo, esperando que la gente despierte de sus siestas, para ver de ganar unas «gardas». La mejor actuación de tu vida fue precisamente el día de tu boda con Kate Star, cuando en el brindis Patty y los chicos propusieron que interpretases con Kate un arreglo de Tommy Dorsey. En ese arreglo llegaste a donde jamás llegará una trompeta, llegaste al límite de posibilidades de una trompeta; alcanzaste la región, intuida tan sólo hasta entonces, del arte puro, a identificarte como nunca con tu propia personalidad. ¡Recuerdas, hombre de la trompeta, la emoción que despertaste en Patty y los chicos, los abrazos de fe-

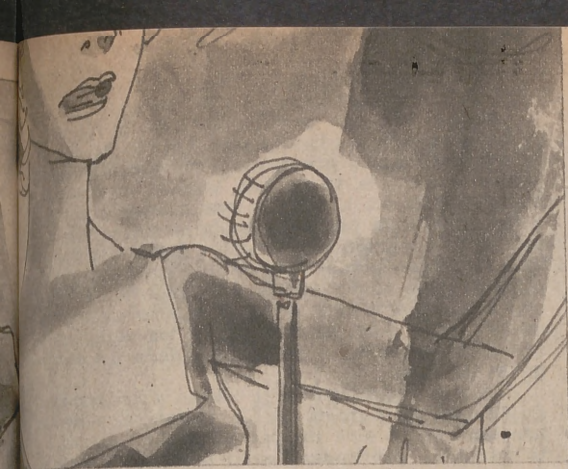
licitación de todos ellos, las enhorabuenas, el entusiasmo de los camareros, de los botones y conserjes del hotel, de todos los que oyeron tu interpretación desde el bar y los salones y que te aclamaron y que te dijeron que tu instrumento era una trompeta con alma, que reía y lloraba como un alma. Fue tu último gran éxito.

Pocos días después volvías de París con el cadáver de Kate Star en el tren, contigo, tú en el furgón de cola, junto al bulto opaco del ataúd de Kate, tú en la noche, con la trompeta sobre las rodillas, reflejando la luz de la lupa que se colaba por la corredera semiabierta del vagón; tú, envuelto en el silencio de la noche y en el fragor inusitado del tren. Mal, hombre de la trompeta, volvías mal, volvías con el alma totalmente frustrada, desconociéndote a ti mismo, sabiéndote perdido para siempre, incapaz de sentir tu propio tú de hombre de la trompeta, y la llegada a España con el cadáver, y los abrazos de Patty y los chicos, y el entierro, te lo demostraron plenamente. Si, antes de que comenzase el entierro te empeñaste en despedir a Kate con uno de aquellos «suelos» que os habían unido, con uno de aquellos «suelos» que enardecían a los públicos, con sus agudos y sus bajos, con sus contrapuntos fulminantes, con sus sostenidos interminables, y tu trompeta se negó literalmente, se negó a sonar o sonó unos instantes asmática, indecisa, incoherente.

Te has dado cuenta, hombre de la trompeta, de que uno de los niños que juegan a la sombra de los árboles de la plaza, aquel que corre y finta con una agilidad impresionante, es rubio y tiene los ojos azules, azules precisamente, con el azul mismísimo de los atardeceres, y has soñado y te has secado el sudor que te resbala por la frente y has seguido esperando que el pueblo se rearme un poco para dar tu recital, para despertar a tu trompeta de su modorra e intentar darle un poquitin de vida, de esa vida que te resulta siempre una versión inoperante de ro-mu-arte.

Por las noches, en la plenitud de las noches, en la inmensa soledad de las noches te invadía la tristeza absoluta, la desesperación íntima, y llegabas a la conclusión de que no podías estar en casa, de que no podías dormir o alentar o palpitir sin ella, y cogías tu trompeta, salías a la escalera y subías a la azotea, y allí, en plena noche, te llevabas el instrumento a la boca e intentabas ensayar inútilmente, te esforzabas hasta quedar exhausto y sin aliento, oprimiéndote los pulmones hasta dolerte el cuerpo entero, luchabas por hacer brotar de tu trompeta una risa o un llanto, algo que fuese humano, algún sonido que te ayudase a identificarte con tu propio tú de hombre de la trompeta, pero nada. Tu trompeta estaba enferma, vacilante, y sus notas quedaban flotando a ras del suelo, sin remontarse por el aire, sin conducirte, a través del aire, a las esferas del arte total o al reencuentro de ti mismo.

Fue triste, hombre de la trompeta. Fue el fracaso, la desazón, el cansancio, la derrota, el desastre. Tú sabes lo que fue: la soledad, la soledad que te dejó a Kate Star y tu arte, la soledad que te dejó tu trompeta sin fuelle, la soledad de saber-te huérfano de ti mismo, de darte perfecta cuenta de no ser lo que eras, de estar fuera de ti, de conocerte y no reconocerte, de tener conciencia



de tu nueva condición de ex hombre de la trompeta.

Fueron días difíciles y duros y grises y de lluvia continua sobre tu alma, ex hombre de la trompeta, y noches de insomnio, de renuncia a seguir ensayando en la azotea como un loco, de paseo continuo por las calles de la ciudad, por las plazas y los jardines públicos —masticando el silencio de la noche, a la luz grisácea de las farolas, con las manos en los bolsillos—, de sentarte en los pretiles de las fuentes, viendo la poca vida del mundo; de la noche discurrendo a tu alrededor, tú ajeno a todo, hablando con las prostitutas de la noche, que te pedían lumbre para un pitillo; sobre las tristezas inmensas de la vida, departiendo mano a mano, ya de madrugada, tú sentado en el bordillo de una acera, con los funcionarios municipales encargados del riego y la limpieza de las vías públicas. Así, ex hombre de la trompeta, perdiste cualquier remota posibilidad de recuperar tu propio tú, y hasta Patty Smith, el bueno de Patty Smith, tuvo que decirte un día que aquello no podía ser, que un artista debía cuidar su forma como un atleta (el bueno de Patty ignorando que era todo inútil, que no era tu género de vida la que provocaba los abucheos del público al oírte tocar, sino lo otro, la pérdida de tí mismo, la descentralización de tu persona de su eje propio), y que, en consecuencia, si la cosa no mejoraba tendrías que abandonar la orquesta.

Y abandonaste la orquesta de Patty Smith, ex hombre de la trompeta. Y comenzó el calvario. Comenzó tu actuación en una cuadrilla de ambulantes, una especie de circo, compuesta por una cupletista vieja como primera estrella, una mujer cañón y un enano de Pastrana, que representaba en los descampados y en las eras para no pagar contribución a los Ayuntamientos ni meterse en líos con las fuerzas vivas de los pueblos; pero te hartaste pronto, te asqueaste de aquello, y de la noche a la mañana decidiste campar por tus respetos solo, con tu trompeta, con tu ex trompeta, caminando de pueblo en pueblo, en plan de vagabundo, llegando a los pueblos bajo el implacable castigo del sol o de los cierzos, dirigiéndote a los Ayuntamientos, pidiendo permiso a los secretarios, diciéndoles: «Soy músico profesional. Quisiera dar un concierto en la plaza», contestándote los tios del Ayuntamiento: «Tú lo que eres es un asco. Da los conciertos que te dé la gana», volviendo a la plaza, esperando como ahora esperas, ex hombre de la trompeta, que la gente acabase de dormir la siesta o volviese del campo y que cerrasen los comercios para subirte en un banco y dar dos o tres toques de atención con tu instrumento para congregar a la gente. Ex hombre de la trompeta, tus conciertos en los pueblos fueron también tristes siempre. Comenzabas con los dos o tres toques de atención, y los niños que jugaban en la plaza interrumpían sus arosas galopadas y se acercaban a tí, es cierto, y algunos hombres y mujeres incluso se levantaban de las sillas de los portales de las casas y te rodeaban, es cierto, y hasta algún tipo joven de boina y blusón, con la mirada torva y la chacota a flor de labio, y hasta alguna muchacha o adolescente pelona y robusta se hacían eco de tus dos o tres toques y se te aproximaban. Pero nadie más. Total, seis o siete personas, un puñado de niños y

lunas para oírte y que luego, a la hora de la comida, a la hora de pasar tu gorra grasienta, se escondían en sus casas, y si te he visto, no me acuerdo.

Y después venía lo peor. Cuando empuñabas el instrumento, cuando te llevabas el instrumento a la boca, se ponía de manifiesto lo peor: tu impotencia, y pensabas una vez más que tu trompeta entonaba su propio réquiem, porque estaba ya definitivamente muerta, porque tú estabas definitivamente muerto y todo lo del mundo había muerto; porque sin tu arte, sin ser tú el hombre de la trompeta, no había posibilidad de concebir vida.

Comenzabas el concierto y te descomponías poco a poco, y tu instrumento moría más y más, arrastrando su pobre y flácida canción por el mismo suelo, y empezabas a oír el trino de las locas golondrinas y de los filgueros del atardecer sonando como carcajadas, y a ver en el reducido círculo de espectadores sonrisas anchas y gestos maliciosos, hasta que por fin alguno de los tipos de boina y blusón te gritaba que probases de soplar la trompeta con él detrás, para ver si sonaba mejor, y las mozas y las tías gordas se desternillaban. Otras veces los niños te tiraban arena a los ojos o guijarritos, que resonaban con un chasquido en el metal de tu trompeta, y entonces, tanto en un caso como en otro, optabas por lo mejor, por ponerte el instrumento a la bandolera, bajar del banco o del pretil de la fuente y pasar la gorra entre el público, que seguía riéndose las muecas al ver la caricatura de tu impropio tú, no tú tú verdadero, recogiendo muy pocas «gordas» y muchos comentarios de las tías de traje negro y ceñido, de los tipos de blusón y boina, que te daban palmaditas en la espalda y te tiraban de la barba, diciéndote: «No te preocupes, hombre; con el tiempo aprenderás», o «Si hubieses seguido mi consejo y soplado con cabeza te habría dado una «pelaa». Ahora te la pintas», o «Dejadle en paz al pobrecito. Ya no hay ni caridad, ¡verdad usted? «Ni caridad, ni sentimientos, ni nada, señora.»

Después de recoger las perras, te paseabas gorra en mano por debajo de los balcones de la plazas, por si caía algo, pero las ventanas se cerraban a tu paso, y nada.

Y eso fueron tus conciertos de ex hombre de la trompeta por los pueblos. Y, sin embargo, en tu vida de vagabundaje comenzaste a conformarte con tu suerte, a aceptar tu destino, a resignarte a no volver a ser jamás tu propio tú y, a veces, te sentías incluso un sí es o no es feliz al verte y al sentirte en contacto íntimo con el mundo, con las cosas del mundo, con el sol y los campos, por



siempre, o con los pájaros y los bosques o con las jaras y el romero.

Recuerdas, ex hombre de la trompeta, los momentos de inusitada paz en los que te sentabas a las sombras anchas de los árboles, a la mejor hora de la atardecer: la hora en que el cielo se pone unos colores realmente absurdos, malvas, anaranjados, amarillos, y las nubes se sonrojan como las mejillas de una virgen o se alargan, se estiran, se abandonan en la calma del cielo como largas y cansadas cabelleras, y los benditos pájaros, las codornices y alcotanes, los jilgueros y los gorriónes comienzan a trinar inundando el mundo de alegría y de resignación, porque el día se muere.

Fueron, sí, estos momentos, los momentos cumbres de las atardeceras, en los que el mundo, en la infinita gracia de Dios, reposa a dos pasos de su muerte, y el tomillo y el romero y la jara languidean de tanto y tanto prodigar su aliento y el cielo se pone mortecino con su azul grisáceo de atardecer, cuando te encontrabas más cerca que nunca de ti mismo, más cerca que nunca de tu pérdida personal de hombre de la trompeta y te sentías invadido de la paz y la bondad del mundo. Entonces te atrevías a tentar, incluso, tu posibilidad de arte y tomabas en tus manos el instrumento y te lo llevabas a la boca, con fe y esperanza, intentando despertar a tu trompeta de su marasmo, de su muerte absoluta y fijabas tus ojos en el azul de la atardecida, ex hombre de la trompeta, y soplabas con furia, con entusiasmo y te palpitaba el corazón con fuerza al comprobar que el instrumento, que las notas, los agudos, los graves, las disonancias de tu instrumento, no caían, como en los pueblos, al suelo ni se arrastraban a ras de tierra, sino que escalaban el aire, paso a paso, con dificultad y cansancio, como convalecientes, pero subían y resonaban sobre la paz del mundo en gracia, sobre la muerte próxima del mundo, como un canto de vida frustrado, como un anhelo de vida imperfecto, deficiente, enfermizo, pero de vida al fin, y te imaginabas que tu trompeta resurgía de su propia destrucción, resucitaba, y te sentías más feliz, más conforme y hasta llegabas a pensar que quizá algún día volvieres a ser el de antes, tu propio tú, volviere a cobrar vida tu trompeta. Pero no, en seguida te dabas cuenta de que no, de que no podía haber perpetuamente, en el cielo, azul de atardecida, ni que, en consecuencia, podía revivir tu trompeta ni llegar a ser tú otra vez hombre de la trompeta. Y te tendías entonces sobre la tierra, abrazando tu instrumento, y fijabas los ojos en el cielo, tratando de almacenar más y más dentro de tu alma el color indeciso, vago, macilento y hermoso de la tarde.

Ahora, en el pajar, a la luz de la luna, a la vista del pueblo, vuelves a sentirte tu propio tú, vuelves a ser HOMBRE DE LA TROMPETA, y te agitas nervioso y acaricias el instrumento. Miras la mirada en las estrellas, que, por un efecto, querer desasirse del cielo y aparecer a correr, deslizándose sobre la tersa y tibia y tenue superficie del firmamento.

Sí, hombre de la trompeta, te has sentado en la plaza, has descubierto el niño de los ojos azul de atardecer y has esperado a que la hora del calor cediese, a que la gente saliese de sus casas y las ventanas se abrieran, tú bajo la sombra de los árboles, sintiéndote frustrado como siempre, con la tristeza de siempre, con la desazón y el amargor de siempre y con la única esperanza de obtener unas gordas para pan, vino y queso, pero no de crear arte propio de un hombre de trompeta.

A eso de las seis, cuando el sol ha comenzado a decaer y las golondrinas a ir y venir por el aire, trazando unos círculos, unas elipses imposibles y absurdas, cuando las golondrinas han comenzado, pues, a presentir la noche y se han llenado de la inquietud, del dolor, de la incertidumbre de un tránsito diariamente renovado, has decidido subir encima de un banco, ante el asombro y la curiosidad de los niños de la plaza, has empuñado tu trompeta y, en el mismo instante en que te la llevabas a la boca, has distinguido a tus pies al niño de los ojos color atardecer, y os habéis mirado unos segundos fijamente, y os habéis sonreído, y has sentido algo raro. Has sentido, hombre de la trompeta, como si algo se rompiera dentro de tu alma, en lo más íntimo de tu alma, como si, de pronto, se abriesen de par en par las esclusas que mantenían prisionera a tu alma, y

te has sentido inundado de espíritu, como si una corriente de alma, fecunda, cálida, te avanzase por el cuerpo, sembrando vitalidad, fuerza, entusiasmo, en todas y cada una de las partículas de tu cuerpo. Te has reconocido plenamente feliz, como antes, en otros tiempos, cuando tú eras la culminación de tu propia personalidad, de tu propio e inalienable tú, y has tomado la trompeta, siempre mirando al niño, y has lanzado al mundo, a la calma, a la paz del mundo en primavera, dos toques de atención inenarrables, purísimos, que se han revolcado por el aire de la plaza, vitalizándola; entre las copas de los árboles, vitalizándoles; que han dado vida y color al pueblo entero; que se han estrellado, al fin, contra los muros de la iglesia y han subido, por la espadaña del campanario, al cielo.

Y te has encontrado a ti mismo y has comenzado el recital, hombre de la trompeta, y apenas has lanzado al aire un par de notas —largas, interminables, profundas, como lágrimas o carcajadas—, de «O, mine papa, for me it was so wonderful», las ve tanas, las puertas de las casas, se han ido abriendo, y la plaza se ha llenado de gente, de las mujeres gordas de siempre, de las muchachas de siempre, de los tipos de blusón y boina de siempre, pero distintos, es decir, extasiados, boquiabiertos, ganados por tu arte esencial de hombre de trompeta, en esta ocasión. Cuando has acabado «O, mine papa», la plaza estaba ya rebosante de gente, y te han aclamado como nunca, y has recibido una verdadera lluvia de calderilla y «rubias», que el rífo de los ojos de cielo de atardecer ha recogido del suelo para ti, colocándolas a tus pies, en un montón, sobre el banco. Después, cuando la multitud ha callado, has vuelto a llevarte el instrumento a los labios y has disti guido en primera fila, junto al niño, al señor secretario y al señor cura, y has atacado aquello de «I cry for you...», de Joe Armstrong, mientras experimentabas la sensación más hermosa de tu vida, la culminación de tu arte de HOMBRE DE LA TROMPETA, otra vez con mayúsculas. Tu instrumento ha ido desgranando la melodía de «I cry for you...» con una emoción inédita, como si fuese tu instrumento, ya no un ser vivo, sino humano; como si, con los agudos de la canción, tu be dido, tu recreado instrumento, destilase lágrimas y no notas. Y ha sido entonces, al acabar esta composición, cuando el entusiasmo del público se ha desbordado, y se te han acercado y te han subido a hombros, y te han paseado así por la plaza, y te han llevado después a la taberna, a beber un blanco por cuenta del secretario y otro por cuenta del dueño de la tasca, y aun otro más por cuenta del boticario, y mientras bebías en el establecimiento, ha llegado el sacristán de la iglesia, se te ha acercado y te ha dicho: «De parte del señor cura, que tocas bien, y que tomes, y que, si quieres, puedes dormir en el pajar de su hermano, que es un buen pajar». Y te ha dado una moneda de cinco duros, de esas nuevas y brillantes.

Sí, hombre de la trompeta. Ahora, en el pajar, al que te ha acompañado el boticario, en la noche de primavera, a la luz de la luna, que ilumina el pueblo viejo y resbala sobre la superficie de tu instrumento, mientras te rascas la espalda y la cabeza, preterdiendo despegar de tu piel las briznitas de paja que se te meten por todos los sitios, hasta entre los pelines de las cejas, suspiras satisfecho y piensas que has sido hermoso volver a sentirte tu propio tú después de tantos años; volver a vivir unos instantes plena y absolutamente dentro de ti mismo y en ti mismo, y sonries y te parece que la vida vuelve a ser hermosa, e incluso no te importa amanecer mañana ex hombre de la trompeta, porque te consta que lo de hoy ha sido algo excepcional e inexplicable.

Te revuelves feliz sobre la paja, y la paja te pica, y tú sonries y te abrazas fuertemente a la trompeta y levantas los ojos al cielo, y ves la noche, y contemplas la luna y las estrellas, y te parece que, en mitad de la luna, ves como una claridad azul grisácea. Y piensas en ella y te vas durmiendo, agotado por la emoción, marchito, imaginando, quizá creyendo, que ella está allá, en la noche, observándote desde las estrellas, o a tu lado en la paja, durmiendo contigo sobre la paja, ella, Engracia Pacheco, co oída por Kate Star, la gran atracción canadiense, rubia, con ojos azules de atardecer, uno setenta y dos de estatura, 60 kilos de 400 gramos, 62 centímetros de cintura, perímetro torácico...

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

UNA PRIMAVERA ARABE

Por Benoise - MECHIN

BENOIST-MECHIN
UN
PRINTEMPS
ARABE



EDITIONS ALBIN MICHEL

PRESENTAMOS hoy a nuestros lectores un libro que no vacilamos en calificar de extraordinario. Basta remitirse al primer párrafo de nuestra sinopsis para darse una idea del trabajo realizado solamente en la preparación del mismo. Ahora bien; con los materiales utilizados, Benoist-Mechin ha escrito una obra excepcional sobre el mundo árabe. En una sucesión armónica y regular, el autor pone ante nuestros ojos todo lo que encierran aquellas tierras, tanto en lo que se refiere a sus problemas actuales como en relación con su pasado. Por eso junto con sabrosas e interesantes entrevistas con políticos como Nasser, Nuri Said, el Rey Saud, etc., el autor nos evoca la grandezza de Babilonia o la angustia casi metafísica del desierto. Cualquier matiz o detalle le sirven siempre a Benoist-Mechin para perfeccionar unas líneas que ayudan siempre para una mejor comprensión de los pueblos árabes. A pesar de su extensión considerable, «Un printemps arabe» es un libro que se devora auténticamente y en el que sinceramente no se puede decir que es más interesante pues todo parece serlo igual, dada la habilidad del autor en presentarlos.

BENOIST-MECHIN: «Un printemps arabe».
Editions Albin Michel, Paris, 1959. 600 páginas, 1.800 francos.

RECORRER más de diez mil kilómetros a través de los países del Próximo Oriente; vivir durante varios meses en contacto con todas las categorías sociales, desde los más humildes fellahs a los Soberanos más fastuosos; ser invitado por tres Reyes y dos Presidentes de República; conversar con tres príncipes herederos, seis jefes de Gobierno, veintidós ministros, treinta y cinco Emires y una cincuentena de embajadores; ver desfilar ante sus ojos ciudades y desiertos, oasis y bosques, arenas ardientes y cimas cubiertas de nieve; holgazanear entre los vestigios de las civilizaciones más antiguas y ver surgir las realizaciones más desconocidas del mundo contemporáneo; conocer alternativamente el tumulto de las plazas públicas, el crujir de las armas y el murmullo de las fuentes en el fondo de los palmerales nacientes, es, sin duda, lo que se llama «viajar».

UNA PRIMAVERA ARABE

Pero, ¿he realizado yo un viaje? ¿No ha sido más bien un sueño? He visto y he oído tantas cosas, que a pesar de las notas tomadas día a día, apenas si las puedo compendiar. El fuste de una columna romana, el patio de un palacio abandonado, la esquina de una callejuela, la cúpula azulada de una mezquita, vienen a mi memoria como las flores acuáticas flotan en el borde de las aguas. Es tan rica la cosecha, que se me escapa por todas

partes. ¡Cuántas impresiones fugitivas se me han desvanecido para siempre! ¿Pero y el resto? Se mezclan en mi cabeza tantos paisajes, palabras, rostros e ideas, que no conseguí localizarles a todos. ¿Cómo conciliar los ejes ligeros de los carros de Tut-ank-Amon y las arpas doradas de Ur con las antorchas que arden noche y día en el fondo del golfo Pérsico y los petroleros gigantes que se afanan alrededor de los muelles de Mina-el-Achmadi? He oído la voz de los milenarios y el grito agudo de los instantes; he conocido el batir de las alas de la eternidad y el segundo en el que una cabeza se desprende de un tronco bajo el sable del verdugo; finalmente, he conocido el silencio del desierto, en el que todo desaparece.

Muchos acontecimientos se han producido en Oriente entre la fecha de mi regreso y la publicación del libro. Lo contrario habría sido lo sorprendente en unos países en plena transformación, en los que cada semana trae su lote de sorpresas y de golpes teatrales. La pesadumbre de este género de relatos es la de no poder ser escritos al mismo ritmo que la actualidad.

Porque hayan variado ciertas cosas, ¿ha perdido mi relato su interés? No lo creo. El hecho de que la situación se haya modificado en ciertos aspectos contribuirá más bien a darle un atractivo suplementario, un carácter de unicidad.

Jamás se volverá a ver a Abdul Illah rondar por los corredores del Palacio de Bagdad. Jamás se verá al joven Rey Faisal sonreír bajo el retrato de su abuelo Faisal I, ni a Nuri Said jactarse de la fuerza de sus presas y de sus elementos reguladores, ni a Raschid Al resoplar de impaciencia en El Cairo en espera de una revolución que debía decepcionar tan cruelmente sus esperanzas. Así, pues describiendo escenas muy recientes, mi libro pinta cosas que no volverán a verse jamás.

No se hace un viaje semejante dos veces en la vida. Si regresase al Oriente dentro de cuatro o cinco años, no encontraría allí ni las mismas personas ni las mismas situaciones. Sería, pues, otro Oriente y otro viaje. Sin duda las Pirámides la Mezquita de Omán, el Palacio de El-Azem, estarían siempre allí. El Nilo correrá siempre hacia el Norte, acompañado por el grito de los gavilanes y el Tigris hacia el Sur, bajo el arrullo de las palomas. Pero otros lugares serán irreconocibles. Las zonas verdes se habrán extendido, el Paraíso habrá sido desecado y «sanado», la presa de Assuan habrá sido ampliada, los complejos siderúrgicos de arrollados, el progreso de la técnica habrá perseguido al misterio hasta sus últimos refugios y la técnica habrá, hecho capitular al sueño. El sol alumbrará otra decoración.

Si este libro fuese un libro de historia...; pero no lo es. No trata de describir una serie de acontecimientos escalonados en el tiempo, sino una sucesión de imágenes desplegadas en el espacio. No se extiende a un gran número de años; todo está concentrado en un pequeño número de semanas. Es un encadenamiento de secuencias realizadas en toma directa, en momentos captados en lo que tenían más de singular, en conversaciones reproducidas.

to, no ya como un pasado fijo, sino como his.oria a punto de realizarse.

Pocas cosas cuando se las compara con el bullicio incesante de las ideas con las tendencias y fuerza contradictorias que componen el proceso de una nación en gestación. Nada más en suma, que un instante fugitivo en la vida de esta región del mundo...

Una es'ación del Oriente...

Una primavera árabe.

DECEPCION ANTE LAS PIRAMIDES

Cuando me despierto hace un tiempo pesado. El Nio se desliza ante mi ven'ana con olas opacas y embarrizacas. ¡Qué decepción! Es a r'ada de café con leche es, pues, e río sagrado del cual dicen las inscripciones que cuando se desborda «os prados ríen, los lirios florecen y las ofrendas divinas descienden del cielo». Sin embargo un espectáculo todavía más desalentador me espera en la ciudad. Cazas a reacción pa'an una y otra vez a ras de los tejados con un sibido siniestro. Las radios entonan en todas partes himnos marciales. En las p'azas, enjambres de transeúnte; se agrupan alrededor de los «Migs» y de los «Ilu ch'ies». En las plazas, escuadrillas de aviones rusos parecen haberse posado durante la noche. La inquietud me cobrecoge. ¿Habrá estallado la tercera guerra mundial? Hacene, mi intérprete, interroga a un transeúnte.

—No, no—responde con un tono descuidado—; no pasa nada extraordinario.

Respiro cuando me entero de que los bombarderos no son más que maquetas destinadas a la educación de la juventud cairota. Su objeto es demostrar la amplitud de la ayuda militar soviética y la amistad que la U. R. S. S. siente por a joven República egipcia.

Así, pues ¿esto es el Oriente de hoy: una ma'a copia del Occidente, con menos fuerza y más desorden, menos trabajo y más miseria? Me siento invadido por un sentimiento de fracaso. ¿Para eso he venido entonces aquí para oír los mismos zumbidos de los motores, los mismos embotellamientos de coches, los mismos carteles chillones exaltando las delicias de la coca-cola o las de los detergentes «que agregan brillo a la blancura»?

Huyamos de esta ciudad, presa de todas las obsesiones del siglo XX, y vayamos a las Pirámides. Quizá encontremos algo de e'ernidad.

¡He aquí, pues, las Pirámides, este lugar fustre entre todos, mil veces vistas en fotografía! Trato de exaltarme, pero sin conseguirlo. Son diez veces irayores de lo que yo creía, y mi sorpresa al ver por primera vez su perfil en la ruta de Gizéh ha sido la de comprobar que era necesario levantar la cabeza mucho más alto de lo que yo imaginaba para que mi mirada pudiese atisbar su cima. Todo lo que yo experimento ante ellas es un sentimiento de consternación. ¡Qué locura! Hay aquí algo de desmesurado, de espantoso. «Es necesario» sobre todo, verlas al c'aro de luna», se me dice. Yo tengo una desconfianza instintiva para lo que no es bello más que al claro de luna. Tengo razón.

Si al menos reinase el silencio quizá el ensueño pudiese apoyarse sobre él para tomar impulso. Pero un «pick-up» asmático vomita tonos americanizados. Procede de una ventorrillo denominado Sahara City, en el que los autocares vacían oleadas de turistas embobados. Hay más todavía: el lugar ha sido deshonrado por la casa de citas que el Rey edificó en medio del paisaje. ¿Por qué el nuevo Gobierno no lo ha hecho volar en vez de establecer allí el turismo? ¿Qué me importa que las Pirámides contengan, como lo afirman ciertos sabios, una multitud de medidas exactas que demuestran el alto conocimiento alcanzado por nuestros antepasados hace cuatro o cinco mil años, si, no obstante, siguen sin comoverme más que los montones de carbón que se ven en el paisaje beige entre Mons y Chareroi?

Para cómo de desgracias, la Esfinge está en reparación. Un andamiaje de tubos de acero le sirve de babero y sostiene una cabeza roma que se presta a pensamientos sublimes, sin duda porque es a desprovista de toda expresión. ¡Qué diluvio de literatura ha llovido sobre estas piedras! Busco un argumento capaz de estimularme. Me digo, delante de las Pirámides, que es pro'igioso que los hombres hayan descubierto tan pronto la forma geométrica

Trato de persuadirme de que debieron ser muy bellas cuando brillaban al sol, revestidas por una capalisa y blanca. Todo es inútil. Hay en este espantoso amontonamiento de materia algo de sombrío y de inhumano que se agrega a mi sentimiento de aplastamiento.

ENCUENTRO CON EL DESIERTO

Huyamos de la ciudad. Huyamos de sus multitudes demasiado densas, destiradas a la descomposición y a la muerte. Todo con acto humano me es hoy insoportable. No puedo tolerar más que lo que es incorruptible. Que e' coche me conduzca donde sea, pero que esté solo. No es el espacio lo que me falta. El no oír una voz ni ver un rostro será ya un alivio.

Después de una cincuentena de kilómetros recorridos a toda velocidad en la carretera de Medina, el auto se introduce por una p'sa arenosa, sube una pendiente y se inmobiliza. Desciendo e' coche y me introduzco a pie en el desierto. Mi voto se ha comado. Estoy absolutamente solo.

Un silencio var'igino o me rodea. Cierro los ojos para impregnarme mejor. Este silencio no es sólo la ausencia de todo ruido. Existe por sí mismo. Es una especie de elixir que me pereira enteramente y me hace el efecto de un chorro de agua fría.

Para sentir a fondo la huella de desierto es necesario permanecer allí largo tiempo. Caminar entre las arenas y llevar la vida de nómada sin tienda, libre de toda atadura con el resto del mundo. Es necesario asistir a la salida y a la puesta del sol y conocer el silencio de las noches que difiere del de los días. Ver allí desarrollarse la primavera, los humildes bosquecillos de asf'eos, que se contentan con un poco de rocío, y contemplar en o'fio el paso de los grandes ganados, de manadas de gaceas que semejan a una nube que se desliza a ras del suelo.

Ahora comprendo mejor el fatalismo de los árabes. Es otra cosa muy distinta de lo que yo me imaginaba. Yo veía en él una fuerza ciega que pesaba sobre todos los seres hasta el punto de hacerlos inertes e incapaces de todo esfuerzo. Lo asmiaba a una dimisión de la voluntad. Ahora bien; o que es realmente es una liberación, la entrega de un destino a una potencia superior que sabe mejor que nosotros a dónde nos debe llevar. «Inch Allah...» no ocurre más que o que debe ocurrir, y si es una desgracia es necesario aceptarla tal y como es, porque forma parte también de nuestro destino. Saber que se está en manos de' Creador, en cada instante de su vida, no es resignarse a la inacción. Es estar siempre presto a lo contrario, a emprender todo porque se ha encontrado dentro una fuente de e'ergia superior a la voluntad humana: una sumisión total a la voluntad divina.

EL AGUA, MAS CARA QUE EL PETROLEO

Koweit, la encrucijada de todas las extravagancias, tiene un reverso de me'alla que desaca el carácter paradójico de su prosperidad. Si lo superfluo abunda, lo indispensable falta, pues el territorio de Koweit está totalmente desprovisto de agua dulce. En vano se buscará un pozo o una fuente. El Shat-el-Arab, en donde confluyen las aguas del Tigris y del Eufrates, no está, sin embargo lejos. Pero tras un acuerdo concertado entre el Iraq y la Arabia Saudita, con el fin de llevar es' agua al interior de la península, para transformar la cosa en un auténtico suplicio de Tánialo, la canalización pasa bordeando la frontera de Koweit, pero sus pobres habitantes no tienen derecho ni a tocarla.

Consecuentemente, cada gota de este precioso líquido procede de una fábrica de destilación de agua del mar, la más grande del mundo en su especie. Semejante a un pulpo gigante agazapado en el fondo de las arenas, la central hidráulica de Shuwaik absorbe noche y día el agua del golfo Pérsico a través de sus tentáculos de acero. La calienta, la hace hervir, la vaporiza para quitarle su sal, su yodo y sus residuos minerales, la vuelve a condensar y luego la refresca. Después se acumula en una serie de depósitos elevados que rodean la ciudad e un cinturón de torrecillas. Desde allí se distribuye a las gentes por medio de camiones cisernas, pues no hay conducciones de agua en la ciudad. To as

las tuberías son reservas al petróleo y sirven para alimentar las bombas de esencia.

No es necesario decir que este proceso es ruinoso. En este mundo al revés, donde la esencia cuesta 11 francos el litro, el agua resulta más caro que el carburante de los coches. He oído cómo un príncipe gastaba tres millones por mes para regar su jardín, y puedo asegurar que el resultado es decepcionante. No he visto más que pradillos mequetruados y ya enrojecidos por el sol primaveral. ¿Qué será todo eso en verano? Los únicos árboles grandes están en el palacio del Emir. Pero su conservación y mantenimiento cuesta tanto como una escuadrilla de bombarderos.

Hay en todo esto algo de caótico. Sin embargo, a pesar de su sequedad, Koweit, flor lujosa y frágil del fifty-fifty (*), es para todos los países de Oriente un objeto de codicia. Su Alteza el jeque Abdullah Al Salim Al Sabbagah que gobierna la ciudad, percibe cerca de mil millones por día, renta que le asigna la Koweit Oil Company. Algo que equivale a aproximadamente lo que el Rey Saud recibe de la Aramco. Pero el Rey de Arabia tiene que atender a las necesidades de un país tres veces y media como Francia y poblado por nueve millones de habitantes, mientras que el Emir de Koweit reina sobre un territorio de cien kilómetros de longitud por ochenta de ancho, y el número de súbditos no excede de los 210.000 (80.000 autóctonos y 130.000 emigrantes).

De todos los Estados del mundo, Koweit es aquel en el que la renta es más elevada en relación con la cifra de la población. Si se repartiese por cabeza de habitante, cada uno de ellos recibiría 4.265 francos sin hacer nada. Las Aduanas son insignificantes. Por lo que respecta a los impuestos, no existen. Los niños son pagados por ir a la escuela. Reciben, según su edad, hasta 45.000 francos mensuales (más el alojamiento y la alimentación). Si un joven es el sostén de la familia, sus padres reciben además una pensión para que la obligación de alimentarlos no entorpezca sus estudios.

Cuarenta y dos jeques, la mayor parte de los cuales son primos del Rey, administran la ciudad, y la administran bien. El jeque Murabak, ministro de Seguridad Pública, manda un Ejército de opereta de 3.000 hombres, dotado de una veintena de arretadoras y de cuatro autos blindados. Es todo lo que hace falta por mantener el orden en una población en la que la pobreza es desconocida y cuyos rasgos dominantes son la despreocupación y el buen humor.

En cuanto al Príncipe mismo, es un espíritu liberal y bonachón. Su pequeña Corte parece surgida directamente de un cuento del siglo XVIII. Lo que no le impide, desde luego, ser moderno. No queriendo ser eclipsado por el fasto de sus primos, acaba de ponerse a construir un nuevo palacio. De tres pisos de altura, comprenderá noventa habitaciones revestidas de mármol, un comedor donde docientos huéspedes ocuparán sillones de bronce recubiertos por una capa de oro, una sala de proyecciones cinematográficas y una soberbia piscina. Para que no esté nunca seca, se organizará su abastecimiento por coches cisternas cuyo movimiento de noria no será jamás interrumpido.

NURI SAID EL PREDESTINADO

Una frase de Nuri Said sobre la popularidad me trajo a la memoria otra muy parecida de Pierre Laval. Al principio creí que se trataba de una coincidencia, pero ahora que me encuentro frente a «cañifa», me doy cuenta de que la semejanza entre los dos hombres es mucho más profunda de lo que yo creía. Me parece tan sobrecogedora que experimento una especie de angustia, un sentimiento que a quiere poco a poco la agudeza de una cerdumbre: ese hombre está predestinado. Morirá de muerte violenta. Como Nuri Said ha tenido después el fin trágico que todos sabemos alguien podrá creer que yo me atribuyo «a posteriori» dotes de adivinación que no poseo; pero juro que tuve ese sentimiento en el mismo instante en que lo vi y que no cesó de inquietarme durante toda nuestra entrevista.

Apareció por primera vez en la escena política,

(*) Alusión a los contratos petrolíferos que reparten la ganancia en un 50 por 100 entre la Empresa explotadora y el país en el que está la explotación, participando en ella de una manera activa en la

«revuelta árabe», fomentada por Lawrence. Acompañó al Rey Faisal I a París en 1919 y batalló contra Clemenceau para obtener Siria a su mismo tiempo que el Iraq Consejero in imo del Rey, subió pacientemente todos los escalones del poder hasta el día en que conquistó el primer puesto: el de presidente del Consejo, al cual ascendió en 1930. Desde entonces ocupó estas funciones quince o dieciséis veces consecutivamente. El ejercicio prolongado del poder le ha anclado en la convicción de que ha nacido para gobernar a sus compatriotas, y que fuera de él, todos los políticos no eran más que «dilettantes».

Confrontar sus discursos con los del Presidente Nasser, es querer poner para elamente a Hobbes y a Nietzsche. La lengua árabe juega el papel de una fuerza enervante en la política del Próximo Oriente. Es tan rica, tan melodiosa, tan tentadora, que coloca rápidamente pasarelas entre lo real y lo irreal, que los políticos árabes franquean fácilmente. Cuando una cosa puede decirse de manera tan bella y convincente, el deseo de realizarla... se difumina rápidamente. Nuri escribe el árabe tan mal como lo habla. Esta es una de las fuentes de su fuerza.

No es un orador, y en eso es en una de las cosas que difiere profundamente de Laval. Debata las reuniones públicas, los discursos, las entrevistas. Experimenta una auténtica aversión por los periodistas, que recibe con una hostilidad que roza con la grosería. Odia a Francia, a a que acusa de haberse puesto en la mitad de su camino en todos los momentos difíciles de su carrera, desde el Tratado de Versalles hasta la crisis de Suez, que ha estado a punto de hacerle zozobrar. Se le puede objetar que Inglaterra ha esado también presente en Port Saïd, pero a sus ojos no se puede aplicar a los dos países la misma medida. Naturalmente, él no era hostil a la represalia contra Egipto. El día en que Nasser nacionalizó la Compañía de Suez, Nuri estaba en Londres cenaba aquella noche en casa de Eden, con el Rey Faisal.

—Goípeadle ahora, Anthony—exclamó al conocer la noticia—, y golpeadle fuerte. Os garantizo que el Iraq no se moverá.

Su bestia negra es Nasser, y no lo esconde. La elocuencia de su rival provoca sus sarcasmos. Pero muy pronto se distingue un matiz envidioso, pues él sabe muy bien que ese don se ha sido negado.

Una conversación con Nuri Said toma difícilmente la forma de un diálogo, pues él se comporta con afirmaciones que no requieren respuesta alguna. No soporta la contradicción. Jamás discute ni trata de convencer. Cuando alguien se le opone le ofrece dinero para reducir el silencio. Si se obstina, le hace gopear por su Policía.

—Yo soy el defensor del orden y de la tradición. A los elementos subversivos que quieren acabar con todo opongo una evolución más lenta, más razonable y constructiva. En cuanto a Nasser, sus acusaciones me dejan indiferente. Mi recompensa suprema será la ratificación de la Historia.

¿Qué responder a esas afirmaciones categóricas? Nada, evidentemente. No puedo más que callarme. Pero tengo, sin embargo, que reconocer que si el ardor combativo de Nuri Said tiene algo de impresionante, las fórmulas que se sirve no arrastra ya a nadie. Tienen ahora un sonido sordo y no encuentran eco más que en los quincuagenarios. La juventud árabe mira hacia otros horizontes. Parece que para él existe una cosa prima antes que las demás: la de que él esté en el Gobierno. Mientras que ocurra así, no hay más problemas.

Mientras tanto, recurre para mantenerse a los medios clásicos, de los que no pueden sostenerse más que con el apoyo de una pequeña minoría de «clientes», a elecciones prefabricadas y represión policíaca. Así dispone de un Parlamento dócil y de un país silencioso; pero este silencio no tiene nada de aprobador. Está lleno de amenazas. Basta pasearse por las calles de Bagdad para darse cuenta de ello. Claro es que Nuri Said no se pasea por ellas más que en automóviles blindados...

Semejante política, ¿llegará a aplastar a la oposición, a sofocar de una manera permanente a la ebullición de los espíritus? Hay que tener dudas. Se ha empeñado una lucha en la que se ha puesto mucho. Por un lado, seis millones y medio de árabes; del otro, treinta millones. De un lado, los yacimientos de petróleo; del otro, sus salidas. De un lado una pequeña oligarquía fijada en el inmovilismo, resuelta a no abandonar sus privilegios; del otro, masas febriles, decididas a toda costa a conseguir un nivel de vida más alto.



"AMERICA DE CABO A RABO"

JOSE LUIS CASTILLO PUCHE, VIAJERO INQUIETO DE LA PAMPA AL ALTIPLANO, DE LA SELVA A LA CIUDAD



El escritor llega a Cuzco bien dispuesto para captar toda clase de sensaciones

«AMERICA suena a oro, a plata, a peligro, a vida intensa, a milagro.» O, lo que es lo mismo, a aventura.

Está allí, al otro lado del Océano, incitante, fabulosa, terrenal, caliente. Como un extraño paraíso excitante, como un regalo tentador y peligroso, entre el mar y el monte, sobre la llanada o el altiplano; mitad ancestral, mitad refinada, a caballo o a pie, sofocada entre soles, civilizaciones, auras tropicales, azotada por céfiro o ciclones, que tando da. Está allí como una india maternal y ardiente, requebrada de continuo por los aventureros, hecha de una mezcla extraña de guajiras y anhelos místicos, de exaltaciones y languideces, virgen y pródiga, tierra y cielo, serpiente y cóndor; qué sé yo.

Está allí. Y siempre se la está soñando. De niño, como una selva de fantasía, con jíbaros que poner al amparo de las picas; como tierra de misión, con reducciones e indiecitos, tigres y llamas, naufragios y abordajes. Se piensa en ella de joven como una novia de quien te han ponderado su belleza y a quien quiere vórselo la cara. Cara bonita, de color dorado, de verde esperanza. Y luego, de mayor, ya no se olvida. Tierra propicia al porvenir.

José Luis Castillo Puche, que es un niño, un joven y un hombre—todo en una pieza—, la fue soñando así. Treinta y tantos años da le que le das. Le iba y le venía la idea de conquistarla, de requebrarla, de darse una vuel-

tecita por su ardiente suelo. El ya vivía aquí su aventura diaria de escritor, su aventura universal de español de tierra firme, desde luego; consolándose con sus nomadeos de andar por casa, con las salidas al Sahara, a Estambul, dando el "do" de pecho, crónica a crónica, en EL ESPAÑOL. Era un hombre hasta cierto punto, en paz y sosiego. Hasta el punto que le dejaba su espíritu creador. Vivía aquí, dando amor a sus hijos, lustre a su apellido, premios a sus novelas, ocasión a su pluma, pábulo a su inteligencia creadora. Desahogaba su dinamismo en las tertulias, ponía en sus chácharras su dinamita de murciano. Bueno, pues no era bastante.

Y la aventura ha podido con él. Le cosquilleaba en lo hondo su espíritu arriesgado, le picaba espuelas su honorcillo de antiguo militar, su ardorosa fe de cristiano viejo. Y un día allá que se fue. Y un día allá que se marchó

—Salí de Barajas en la Iberia, ruta Río de Janeiro, el día 30 de junio de 1937... Volví el día 24 de agosto de 1938, vía San Juan de Puerto Rico.

Y ya está. Anduvo, anduvo, anduvo durante un año largo por las tierras de América. Aquel mundo tórrido, alucinante, misterioso. Volvió más fuerte, con un aire nuevo. Con más ganas de vivir. Con una hazaña, más o menos grande, pero de signo épico. Y es que tenía que probar el riesgo, el peligro, el mis-



terio. O no ser él. O no llamarse como se llama.

VIAJAR, LA SALUD DEL ESCRITOR

—¿Por qué viajas, Castillo?

—Porque me aburro. Le tomo horror a la «literatura». Me envenenan las discusiones, me fastidian las críticas. Y viajar es empezar de nuevo.

Ha pasado un año corrido de aquel periplo. Y José Luis Castillo Puche me recibe en su casa de Carles Maurras, en su piso alto, en su despacho lleno de papeles, libros. Lo usual en un escritor. Resulta que Castillo ha escrito un libro gordo, gordísimo, con más de 700 páginas, con cerca del centenar de reportajes. Es «América de cabo a rabo». El viaje aquél fue como para que estuviese descansando desde entonces, dedicado a curarse las agujetas que trajo, a adelgazar un poco. Pero, vaya, sí. Castillo Puche ro ha nacido, a lo que se ve, para estar mano sobre mano. Y la experiencia aquélla ha tenido su fruto, la ave tura su parto, la épica su epopeya.

—¿Llevaste la intención de escribir el libro?

—Ni por asomo. Con vivir, con haber vivido, con haber visto y oído todo lo que me había salido al paso, más las peripecias que me me había buscado hasta temerariamente, me daba por satisfecho. Pero Emilio Romero, que estaba veraneando en Alicante, me mandó un recado ofreciéndome su periódico para publicar mis jornadas americanas si estaba dispuesto a ello. Y acepté.

Es tajante. Personal. Combativo. No lo han ahogado las vegetaciones exuberantes ni le han descompuesto los vientos finos del altiplano. Está aquí, engrandecido, casi leonino, pasándose la mano por el cabello como amansando su melena.

—¿Por qué te decidiste por América?

—América es un viaje para todo español. Venga a hablar, venga a hablar de ella. Y nunca se le ve. Hay que salir.

Ya apareció la pista. Castillo Puche tenía una novia allí. La tierra pródiga, llena de sorpresas. El mundo alucinante. Los hombres hermanos. Y por eso se marchó. No vayan a pensar mal. Castillo Puche no iba en plan de hacer su América, de tentar el negocio o la cátedra, de comprarse un rancho o armar una revolución. Nada de eso. Castillo es escritor. Y como tal, generoso, desinteresado. Quizá viajero porque sí.

—Me enamoré de la idea. Y cuando me quise calentar, ya estaba en marcha. Las cosas que me importan mucho no las pienso, las que tienen poca importancia las pienso algo.

Entré Cultura Hispánica y Relaciones Culturales lo pusieron en camino. Es la ayuda que necesitó para empezar. El Círculo de Periodistas de Chile le envió una invitación por dos meses. Y ya todo fue el hacer la malaeta. Meter los calcetines, la máquina de escribir, los trajes de verano, los de invierno. Y bastantes cartas para los amigos que siempre abundan aquí y allá del océano.

—Considero una mutilación de los escritores el no salir fuera, el creer que se hace todo sin dejar la mesa de despacho, cuando ocurre que la salud del escritor es la diversidad. A mí, al menos, me va más lo circulante, lo expresivo, lo pintoresco. Aunque sin quitar a las cosas su patetismo o su alegría.

—¿Llevabas buen equipaje?

—Te diré. Yo había escrito una serie de artículos sobre nuestros escritores más importantes. Una serie titulada: «Ellos son así y van delante». Y la habían reproducido los periódicos de allá. Por eso me conocían. Y por alguna de mis novelas.

Se queda perplejo. Prende un cigarrillo de «Chester».

—¡Ah!, bueno. Llevaba algunas cartas. Y la presentación que Elas Piñar había hecho en los Institutos de aquellos países. Dinero no llevaba. El dinero del premio «Laurel del Libro», que acababa de ganar, se lo dejó a mi mujer.

En el hogar madrileño con sus hijos

AMERICA, EN LA MANO

José Luis Castillo Puche está dando vueltas al libro entre sus manos. Parece mismamente Colón, el Colón que traen las historias del colegio con el rollo de pergaminos o el Globo terráqueo. El descubrió su América, a su modo. Que también le costó su



La familia Castillo Puche reunida. Mientras la profe juega, el matrimonio contempla la escena

trabajo. Va pasando las hojas como si recorriera de nuevo los países, las montañas, la jungla, las ciudades. De vez en cuando se le atornillan los ojos y le sube una emoción que sabe contener muy bien. América está allí, de cabo a rabo. De Norte a Sur, de Este a Oeste.

—¿Qué es «América de cabo a rabo»?

—La recopilación parcial de una serie de evocaciones y asombros sostenidos por el hilo de una información por supuesto incompleta. Sigo en el libro el orden del viaje, aunque en más de una ocasión me salto algún país por entero. No es por antipatía ni por falta de recuerdos. El modo cómo nacieron estos reportajes me lo ha impuesto así.

Las ochocientas páginas recogen ese latido personal, la vibración genuina del escritor, la reacción del hombre ante un continente de fábula. Hay en él, descripciones brillantes, trances graciosos, situaciones arriesgadas, clima delirante, sostenido por un espíritu luchador, de hombre de pelo en pecho.

—¿Te has dejado mucho en el tintero sin contar?

—Naturalmente. No cabe todo en un libro. Pero yo seguiré escribiendo de América y algún día es posible que estos países, temas y monumentos que ahora no describo tengan la parte que les corresponde.

Le pregunto al escritor si no ha metido su baza la fantasía. Me dice por lo derecho:

—La gente cree que lo que yo he contado es mentira. Que es invento. Y yo podría decir lo siguiente. Desde cualquier punto de vista no he exagerado nada. Yo he llegado a una ciudad en el Caribe, con un ciclón arañándonos debajo. Y estuve tres días sin recuperar el habla...

—¿Responden tus reportajes canon más o menos admitido de la crónica de viajes?

—Mi libro responde al «cuartillerón». A llegar a tiempo a la plana del periódico para el que fue escritor. Durante las mañanas, en un año casi entero, he ido llenando cuartillas y cuartillas.

—Que traigas Colombia.

—Pero, hombre, si primero fue el Brasil...

—Que hagas Méjico.

—Pero si Méjico fue lo último.

José Luis Castillo a obedecer. Que es lo suyo. Página a página, reportaje a reportaje, emoción a emoción, fue pasando para los lectores españoles y para todo quisque que los quisiera leer el mundo de América.

El escritor echa una bocanada de humo. Se repantiga en un diván:

—Mis crónicas son defectuosas. Pero son sugerentes, incitantes, desgarradas. La crónica viajera comporta cierta improvisación. El viaje desorbita un poco. Da fantasía, poder de inquietud. Escribiendo de América, no digamos.

—¿Qué pasa?

—Que lo que se cuenta está por encima del estilo. Por eso hay que renunciar a ciertas perfecciones esteticistas, para dar testimonio de lo que ha pasado.

Castillo Puche me dice que es necesaria la espontaneidad. Una espontaneidad que no tiene nada que ver con el desaliño, por supuesto.

—De los viajeros de Indias los que se han salvado son los auténticos, los que se entretenían en contar nimiedades, detalles. Ha habido otros notarios de la época que están fríos. Ellos vieron la vida con ojos de peces desecados.

BRASIL, ARGENTINA, PERU, COLOMBIA, CHILE, CUBA... O CUATRO PASOS POR EL RECUERDO

El resultado de todo esto es que América está aquí recogida en todo su palpito. América más que a la vuelta de la esquina o allende el océano, según esas frases que se dicen, puede tenerse encima de la mano. Bien es verdad que algo subjetiva, según el cristal, estupendo por otra parte, que Castillo la mira. Así en cualquier momento puede rehacerse el viaje. Hacer un paseo más o menos ideal de nuevo. José Luis Castillo Puche me cuenta otra vez la salida en Barajas con foto de ocasión. Y el abrazo de despedida. Y el temor, y los nervios. Ahora al hilo del recuerdo el escritor pasa revista a los países desde la butaca drapada en rojo en la que está sentado dándole a la limonada.

—Empezar empecé en Barajas. Pero América la empecé por el Brasil.

Era noche oscura según cuen-

ta. Y con lluvia. Cuando el avión llegó a Recife era una hora de perros. Después de muchas horas de mar y nubes... etc.

—Sin embargo, nunca he visto ni creo que vea en mi vida un amanecer como el de Río algunos días más tarde. Era como la inauguración triunfal de los cielos. Arriba, arcos y puentes de nubes de oro, carros y tronos de luz. Abajo, la tierra, tierra exuberante: el humo vegetal, la frescura de los ríos, el delirio de los pequeños puertos pesqueros.

Magnífica paleta.

Castillo da buena cuenta del Brasil. Se hospeda en Copacabara, en un hotel para millonarios. Se encuentra a un amigo monseñor. Pasa por la explosión de Brasilia, de Sao Paulo. Y entre otras cosas habla de novela española.

—No hay que dudar que mi viaje sería esta pequeña justificación hasta un punto.

Salta luego a Uruguay. Va en un avión con todo incluido, incluso el riesgo.

—¿No tenías miedo a la aventura?

Soy providencialista total. Siempre tenía un instinto de que no me iba a pasar nada. Cuando uno ha pasado cuatro o cinco peripecias se recrece y siente una especie de inmunidad.

—¿Qué peripecias son ésas?

—Por ejemplo. Volar sobre la selva en un avión militar donde si te caes no lo sabe nadie.

En una hora se planta de Montevideo a Buenos Aires. Se asoma a las ciudades argentinas. Allí pasa sus tertulias, sufre preguntas y preguntas sobre la cultura española. Habla del teatro, de la novela, de la poesía.

—Aquello era peor que un examen de bachillerato.

—¿Impresiones?

—La Pampa. Ir a la Argentina y no visitar la Pampa es como ir a Roma y no pasarse por el Vaticano.

En Argentina hace buena estadía. En Córdoba la llara le cuentan cómo pasó sus últimos días entre saucos y caldos de gallina el genial Manuel de Falla. Y así sigue. De país en país, de deslumbramiento en deslumbramiento. Vuela sobre los Andes con careta de oxígeno, mientras sienta a Chile debajo de sus pies.

—Allí vi la momia de un niño incaico conservado más de cuatrocientos años entre tapanos de hielo.

Probó excelentes vinos, mariscos fenomenales. Habló a unos bomberos. Y le salió un tiro, como es de rigor. Castillo Puche sigue viajando, dando cuatro pasos por las nubes, de helicóptero en avión y de avión en helicóptero. En el Perú del Machu Picchu es el asombro. Quizá lo incaico, la tradición.

—La sorpresa más feliz fue un telegrama de Jorge del Pino. Me anunciaba el nacimiento de mi hijo.

Y es que por allí, a tres mil metros de altura, entre indios y gringos, azotado por el seroche andaba cuando de la Embajada española le dieron la noticia.

Con ella siguió más contento que unas Pascuas y ya tuvo ternura y todo para cantarle villan-



José Luis Castillo Puche, uno de los escritores españoles con más kilómetros en su agenda de viajes

cicos castellanos al Niño Dios vestido de «cholo» en el «veranito» ecuatoriano.

—¿Dónde tuviste tu emoción más fuerte?

No sabe qué contestar. ¡Fueron tantas...! Pero en Colombia vivió lo suyo. Empezó su visita con un aterrizaje forzoso en Cali. Siguió extrañas aventuras en Los Llanos y tuvo arrestos para verse-las, en plan de entrevista, claro, con el capitán «Vene o» y las bandas de Aljure. Allí se lo pasó bien después de todo.

—Por nada del mundo estaba dispuesto a perderme los carnavales de Barranquilla. Barranquilla es la ciudad explosiva, divertida y garrula de Colombia. Allí Castillo baila el merecumbé. Vive el colorismo de la fiesta. No importa lo demás. Eso es lo que hay que hacer durante los tres días del Carnaval. No otra cosa. Castillo va a Carreos a franquear una carta. Que si quieres. Estaba cerrado. Quiso poner un telegrama. Ni pum.

—Pero, ¿por qué no abren esto?

—Estamos en los Caravales. Próvida y bullente América. Alegría y riesgo.

—¿No te acordabas de los conquistadores?

—Vaya, sí. Recorriendo estas tierras me he dado cuenta de lo que los españoles pasaron por allí. Es inconcebible. Ese recuerdo, el hecho de que los españoles no podían hacer el ridículo me daba moral. A veces hacia falta. En la frontera Colombia-Brasil he sentido el terror más firme. Ni en la guerra española en Alicante cuando estaba sólo con mi madre he sentido tal pavor.

Así, riesgo a riesgo, gustando el picor agrídulo de una fruta, Castillo Puche va anotándose horas de vuelo, días de aventura. Tiene suerte. Parece que los acontecimientos le esperan, que América se reserva el plato fuerte de sus emociones para cuando él esté allí. En Cuba se encuentra con su amigo Hemingway. A medio camino viene bien una parrafada reconfortante. En Puerto Rico llega a tiempo de ver morir a Juan Ramón. Ya puede dar por esto Castillo bien empleado su viaje por el país. Era ya mayo.

Aun tiene tres meses por delante para andar por Washington, Nueva York y Chicago.

—En Chicago he sufrido una de las pesadillas más grandes de mi vida, perdido una noche por sus calles. Ciudad siro hostil, si extraña. Cosas que no he contado en el libro y que contaré algún día. Digo esto yo que no me he asustado mucho cuando los soldados de Batista me pusieron detrás de una tapia, cosa que tomé con deportividad.

—¿No das una estampa algo hosca de Norteamérica?

El escritor espera la pregunta. Mueve los ojos en círculo. Los agranda.

—No. Lo que pasa es que ellos se juzgarán un día más duramente a sí mismos. Ellos son más serviciales, pero tendrán que romper la ley que sigue. Le ha tocado toro difícil en su papel de país potente, eficaz, casi todopoderoso.



Castillo Puche, en los Andes, conoció de cerca las ancestrales costumbres del indio del Altiplano

José Luis Castillo Puche ha lanzado esta piedra de su libro, personal, subjetiva. En ondas concéntricas ha ido llegando a las riberas, en un flujo y reflujo. En un toma y daca de opiniones.

—¿Cuál ha sido la reacción ante tu libro de las gentes que en él pones en orden, en carne y en hueso?

—Ha ocurrido un fenómeno gracioso. Los países no se han enfadado por lo que yo digo, sino porque he dedicado a unos más espacio en mis crónicas que a otros.

A PALABRA POR PAIS

A Castillo Puche hay que dejarlo. Se pierde hablando, turbado por el recuerdo como un vino, exaltado por la explosión cálida de aquella experiencia.

—Acá se habla de América metiendo siempre dos o tres palabras tópicas: sopor, cansancio, voluptuosidad. A mí me comienza a dar la impresión de algo contrario. De vitalidad, frenesí, improvisación, holgura, orgía y paroxismo.

Entran los hijos del escritor. Entra su esposa. Castillo Puche cambia la agreste fuerza de su rostro por una sonrisa suave, sin pliegue siquiera. Me muestra al pequeño José Luis que nació mientras él volaba las selvas y los cielos altos de Lima.

—Una impresión de conjuro, Castillo.

—Que la América española es muy nuestra. Ellos se miran en nosotros. España es una norma en el sentido ético, se mire por donde se mire.

A Castillo Puche, intuitivo, sa-

gaz, sensorial, bullidor se le puede someter a un juego muy periodístico. A ver por dónde sale. Como es difícil apuntar aquí las notas y las sugerencias que se ha traído de los distintos países le voy poniendo rimbombos delante para que les pase revista.

—Defínalos con una palabra.

—Hombre, así de golpe.

—Así de golpe.

Y empezamos. Y empezamos:

—Brasil: eclosión.

—Méjico: pasión.

—Argentina: discusión interminable.

—Perú: ringorrango.

—Ecuador: tradición.

—Puerto Rico: rebeldía

—Cuba: voluptuosidad.

—Panamá: servidumbre imperial.

—Uruguay: buenas vacas y buenas leyes.

—Guatemala: transición.

—El Salvador: más transición.

—Costa Rica: mucha más fidelidad y mucha más transición.

—Norteamérica: candor hecho milagro.

—Colombia: diccionario con ruedas.

—Chile: el volcán hecho mujer.

J. L. Castillo Puche termina así con un piropo. Como es de ley. Ya había dicho que América era eso, una novia. Y él su más rendido enamorado. Aquí está si no en este libro su más desenfadado, cálido, vibrante, apasionado, fabuloso madrigal.

Florencia MARTINEZ RUIZ
(Fotografías de Mora.)



En Bonn, con el canciller Adenauer

EL MINISTRO DE ASUNTOS EXTERIORES, CASTIELLA, EN LA REPUBLICA FEDERAL

Hacia mayores intercambios entre España y Alemania



El señor Castiella, con Franz Anrem, alcalde accidental de Berlín

HACE poco más de dos semanas un grupo de alemanes llegaba hasta la madrileña plaza de Santa Cruz. La presencia de sus automóviles de matrícula germana no podía causar extrañeza. Madrid es una de las ciudades del mundo donde llegan mayor número y diversidad de vehículos extranjeros. Esa extrañeza era aún más improbable si se recuerda que allí, en la Plaza de Santa Cruz, se alza la fábrica elegante del Palacio que alberga al Ministerio español de Asuntos Exteriores.

Al frente del grupo marchaba Heinz Barth, un periodista germano que conoce perfectamente España tras una estancia de varios años como corresponsal de la Prensa alemana. Barth, ante las cámaras cinematográficas presentó a su país la personalidad de don Fernando María Castiella y después realizó la entrevista con el Ministro español de Asuntos Exteriores.

El día 9, doce horas antes de que el Ministro llegara a Alemania para iniciar su visita oficial, su imagen aparecía en las pantallas de más de cuatro millones de televisores de Alemania Occidental. Dentro del programa general «Figuras de nuestro tiempo», la N. D. R. V. emisora hamburguesa de televisión, presentó la película filmada en Madrid una semana antes y cuya transmisión duró más de media hora.

Según los técnicos de la TV germanica, que se mostraron satisfechísimos por la intervención del señor Castiella en el programa, éste fue contemplado por unos veinte millones de europeos. Aunque el programa de la N. D. R. V. está, naturalmente, dirigido a Alemania Occidental puede ser captado en Holanda, Bélgica, Luxemburgo, Dinamarca y Suiza. Más allá del telón de acero las imágenes de la entrevista con el señor Castiella llegaron sin que pudiera



El Ministro español permaneció dos días en Berlín

nadie impedirlo hasta los televisores de Checoslovaquia y Alemania Oriental, abiertos al mundo de Occidente en demanda de información.

Aquella misma noche, exactamente a las once, el señor Castiella abandonaba París por ferrocarril. Había permanecido de riguroso incógnito en la capital francesa; al día siguiente, en el tren que le conducía llegaría a Colonia a las 8,30; salvaría la escasa distancia entre Colonia y Bonn y daría comienzo a su viaje oficial a la República Federal Alemana.

CASTIELLA ANTE LA TV

La inminencia del viaje del señor Castiella a Alemania desató una vez más los comentarios en torno a la posición oficial de España respecto de la O. T. A. N. Como durante su visita a Londres en el mes de agosto y con ocasión de su entrevista del Bidasoa con Couve de Murville no faltaron comentaristas internacionales que afirmaran que España acudía en demanda de solicitud de ingreso en la O. T. A. N.

La maniobra era evidentemente muy clara. No siendo el señalado el propósito español, pero anticipando ellos estos peticiones como un hecho normal resultaba después lógico que al finalizar las conversaciones y omitirse toda referencia a la O. T. A. N., esos mismos observadores se creyeran autorizados para afirmar que España había sido «desaltrada» o que había fracasado en unas negociaciones que en realidad nunca inició.

En sus declaraciones a la TV alemana, Castiella estableció una vez más la auténtica posición de España respecto del posible ingreso en la O. T. A. N. «La verdad es—señaló—que nuestra Patria no lo necesita. Si existe un interés o

una conveniencia para su participación en la O. T. A. N., ese interés y esa conveniencia serán de orden general y europeo. Y no somos nosotros los llamados a juzgarlos.»

En realidad, pues, España, y de ahí el escaso interés que el eventual ingreso despertó siempre, no precisa de la O. T. A. N., puesto que a través de su alianza con Portugal y de los Pactos militares firmados con los Estados Unidos se halla indirectamente ligada a los destinos de la Alianza Atlántica. Es natural, sin embargo, que algunos de sus miembros consideren que la inclusión de España en la O. T. A. N. favorecería la coordinación de los planes militares defensivos de la Organización.

Al día siguiente de hacer públicas estas declaraciones, el canciller Adenauer durante el almuerzo con el Ministro español de Asuntos Exteriores en la antigua casa solariega de los príncipes de Schaumburg-Lippe, reafirmó a su huésped que Alemania acogería con satisfacción la admisión de España en la O. T. A. N. por razones de seguridad.

A estas intervenciones se refería el señor Castiella en sus declaraciones ante la TV alemana cuando después de precisar que jamás España había hecho, directa o indirectamente gestión alguna cerca de algún Gobierno extranjero para solicitar la admisión en la O. T. A. N. señaló cortésmente: «Esto no quiere decir, sin embargo, que no sepamos agradecer las voces amigas, que han pedido nuestra participación activa en la organización, entre las cuales me es muy grato destacar aquí la del canciller Adenauer, figura que indiscutiblemente pasará a la Historia como uno de los artifices máximos de la actual concordia y de la futura unión europea.»

En sus declaraciones a la televisión germana, el Ministro espa-

ñol de Asuntos Exteriores declaró con toda franqueza que el panorama actual en las relaciones comerciales con los dos países no era halagüeño. En el comunicado conjunto, publicado en Bonn y Madrid, el día 12 se ha afirmado que ambos Ministros habían sentado la bases de un próximo acuerdo de colaboración económica.

AGRIOS Y VINOS

El comercio hispanoalemán descansa fundamentalmente, por el lado español, en las exportaciones de agrrios y vinos. Como ha señalado oportunamente el señor Castiella, las adquisiciones alemanas no están en relación con el volumen de ambas producciones. Así, por ejemplo, en la campaña 1957-58 Alemania adquirió 290.000 toneladas de agrrios, cantidad inferior en un 10 por 100 a la de la campaña anterior y que era sólo la mitad de lo que hubiera permitido la producción española.

Con respecto a los vinos, las adquisiciones de caldos españoles son solamente el 7 por 100 del total del vino comprado por Alemania en otros países. Hace algunos años esta proporción era del 33 por 100.

Los alemanes justifican esta situación alegando que los precios de estos artículos españoles son demasiado altos. Sin embargo, las cotizaciones de nuestras mercancías responden a precios fijados en los mercados internacionales y que son los mismos para todos los países consumidores, especialmente en el caso de los agrrios. Para la importación de vinos españoles se tropieza con la creciente resistencia de grupos de viticultores alemanes; éstos tienen la competencia de nuestros caldos en el mercado germano, pero tal temor está total-

mente injustificado. No puede existir competencia entre los vinos alemanes y los españoles por la sencilla razón de que los caldos de la exportación española y los originarios de Alemania son completamente distintos hasta el punto de que se trata de mercancías que sólo tienen de común la denominación de vinos. Por su gusto, cuerpo, «bouquet» y graduación alcohólica no es posible establecer parangón entre unos y otros.

«Destaco estas cifras —señaló el señor Castiella a la TV germana— para hacer ver cómo una reducción de la venta de productos españoles a Alemania trae la consecuencia de una merma de nuestras posibilidades de compra de productos alemanes, pues si hoy nuestro intercambio es de 250 millones de DM. anuales, aproximadamente, podríamos incrementarlo sin gran esfuerzo hasta sobrepasar los 400 millones».

En ésta como en tantas otras cuestiones resalta, una vez más, el valor permanente del pensamiento económico del Caudillo, quien en unas declaraciones hechas en marzo de 1950 y precisamente al mismo periodista de la TV que ha entrevistado al señor Castiella expuso cómo la transformación económica de nuestra Patria y la elevación del nivel de vida debían repercutir en un aumento de las cifras de la balanza comercial con Alemania.

Interesado el periodista en saber si el desarrollo de España permitiría, sin embargo, que ambas economías siguieran siendo complementarias, respondió el Caudillo con precisión:

«Los planes de industrialización son relativamente modestos; no persiguen el producir lo que nosotros podemos obtener por intercambio, sino aquellos otros artículos que no tienen en nuestra balanza posible compensación. No perseguimos ninguna autarquía que sería innecesaria, dado el carácter general de las conflagraciones modernas. El crecimiento progresivo de nuestra población y el aumento considerable de su nivel de vida tienen para nosotros exigencias que no podríamos satisfacer con las importaciones de antaño. Este aumento de población consume una parte importante de lo que antes se importaba, y tienen mayores necesidades en la cantidad de productos de importación. Se trata del mismo proceso por el que pasan todas las naciones al aumentar su explotación. Necesitan industrializarse para poder vivir».

Como ha señalado el Ministro español, estas palabras del Jefe del Estado fueron pronunciadas hace nueve años y tienen hoy una innegable actualidad a la vista del Plan de Estabilización que

ha merecido los más sinceros elogios de los políticos y economistas germanos.

EL CAMPO DE MARIENFELDE

El «telón de acero» que separa al mundo occidental del bloque comunista tiene una longitud de 1.740 kilómetros, desde el Báltico hasta Austria. Su presencia no es puramente teórica; está marcado por una larga red de torres de vigilancia, reflectores, sirenas de alarma, alambradas y todo el aparato policíaco puesto en marcha por los comunistas para impedir el éxodo de las poblaciones esclavizadas hacia el Oeste.

A pesar de ello las huidas son frecuentes. Arrostrando la muerte o el encarcelamiento, miles de personas pasan continuamente de un mundo a otro; para su fuga aprovechan una serie de puntos débiles en el «telón de acero». El de más fácil tránsito es Berlín. Cruzar una calle o una plaza, tomar el ferrocarril subterráneo o el elevado puede significar la libertad, aunque naturalmente nadie está a salvo de una detención en la frontera de las dos ciudades.

Según han revelado al señor Castiella, funcionarios del ministerio de Refugiados de la Alemania Occidental son 230 personas las que por término medio huyen diariamente del Berlín Este al Berlín Occidental. El 52 por 100 de esta cifra son jóvenes que no han cumplido aún los veinticinco años y el 60 por 100 del total son trabajadores. Desde que en 1948 se comenzaron a elaborar estadísticas de refugiados se ha registrado la llegada de más de tres millones de personas procedentes de la Alemania Oriental; 1.300.000 de esta cifra corresponde a los refugiados acogidos desde febrero de 1952 en el campo de recepción de Marienfelde. Este ha sido precisamente el visitado por el Ministro español de Asuntos Exteriores durante su visita a Berlín.

El día 13, Theodor Oberlander, ministro alemán de Refugiados, realizaba una visita en el hotel donde se hospedaba al señor Castiella. Poco tiempo después el Ministro español se dirigió a Marienfelde para comprobar por sí mismo el funcionamiento de la amplia organización de ayuda a los refugiados.

Cuando estaba efectuando una detenida visita a todas las instalaciones, los funcionarios del campo se preparaban para examinar a los más recientes refugiados. El Ministro español de Asuntos Exteriores fue invitado a presenciar uno de estos interrogatorios.

Eran dos las mujeres que acababan de llegar del Berlín-Este. La más joven, treinta y tres años, era una profesora de pri-

mera enseñanza en la ciudad de Halberstadt, en la Alemania roja. La de más edad, setenta y dos años, era también maestra, pero naturalmente se hallaba jubilada. Ambas vivían en el mismo piso y habían decidido hacer la huida juntas, si bien los motivos que impulsaban a ambas eran muy distintos. La primera, de religión protestante, había sufrido durante largos meses el asedio de los funcionarios del ministerio de Educación comunista. No se podía tolerar, señalaban, que los maestros hicieran ostentación pública de su religión fuera protestante o católica. Esa conducta estaba en contradicción con la filosofía materialista impuesta por el Estado comunista. Tras la imposición de que abandonara su religión llegó la negativa de la maestra y a ella siguieron las amenazas. Entonces se decidió a huir.

Su anciana compañera la acompañó en su fuga para escapar al castigo que había de recaer sobre ella. La antigua maestra era culpable de no haber delatado los planes de huida de varios maestros jóvenes.

«Pienso con emoción —dijo el señor Castiella ante la TV— en la idea de visitar Berlín, que espero vuelva a ser un día la capital de la Alemania libre.»

En ésta, como en posteriores declaraciones y entrevistas con los dirijetnes germanos, se ha revelado la completa identidad de criterios que mantienen respecto a la política internacional los Gobiernos español y alemán. No es simple casualidad este hecho; deriva directamente de su firme unión con el Occidente que ambos pueblos mantienen y de su decidido anticomunismo.

En sus conversaciones con el Presidente Luebke, gran amigo de España, que visitó en 1956, cuando era ministro de Agricultura, con Adenauer, con el ministro de Asuntos Exteriores, Von Brentano; con Erhard y otros ministros, el señor Castiella ha tratado en los recientes contactos entre Oriente y Occidente y los problemas de seguridad que afectan especialmente a los dos países. Por boca de su Ministro, el Gobierno español ha proclamado la necesidad de la reunificación alemana y la existencia de un Berlín libre, como garantías para el mantenimiento de la paz. Con respecto al desarme, los representantes de ambos Gobiernos han analizado el programa de su control, dentro de un esquema de paz mundial.

Por su parte, los alemanes no han podido menos de congratularse por la cada vez más activa presencia de España en el seno de los organismos de cooperación europea, principalmente la O. E. C. E.

LOS MURÓS DE BERLÍN

Ernesto Quesada pudo limitarse a cumplir sin más trabajos la voluntad de su padre, Vicente G. Quesada, que le legó una biblioteca con la obligación de cederla a su vez en vida a alguna entidad pública. El juriconsulto emitenente, prefirió, sin embargo, honrar aún más la memoria de su padre, diplomático y escritor, au-

Adquiera todos los sábados
"EL ESPAÑOL"

DEFENSA DE LA PENINSULA

LAS dos casas peninsulares tienen una defensa común. Las enseñanzas de la Historia —maestra de la vida— nos indican a portugueses y españoles que han sido siempre conjuntas las invasiones que han sufrido los dos países.

El Imperio romano dividió primeramente a nuestra Península en citerior y ulterior. Un dominio de Roma que puso después en Emerita Augusta —la Mérida actual— la capitalidad de una Lusitania de la que saldría aquel pastor Viriato en su empeño de defender toda la Península, luchando en tierras de un lado y otro de la actual frontera luso-española. Cuando la invasión de los pueblos nórdicos, todo el territorio peninsular fue dominado por igual, y lo mismo podemos decir de las oleadas africanas; de las que si algún territorio peninsular se salvó fue solamente el de una pequeña franja pirenaica y de algún recodo cántabro.

La misma invasión napoleónica tomó como pretexto a Portugal para adentrarse en España, y fue común entre las dos naciones —también entonces— la defensa de la Península.

Pero el determinismo histórico no tendría explicación sino es por la geografía, ya que en la Península Ibérica forma una unidad estratégica muy claramente definida.

Existen unas leyes geopolíticas con las que hay que contar, y que en el caso de las dos naciones ibéricas tienen imperativos de ineludible comunidad defensiva, aun por encima de las razones estrictamente militares.

La clarividencia de los directivos portugueses, que desde los primeros momentos de nuestra guerra de Liberación se dieron cuenta de dónde estaba la defensa peninsular y de toda la gravedad que entrañaba la contaminación de un virus político, es un dato más a la constante histórica de que no hay peligro grave para uno de los dos países ibéricos que no lo sea también para el otro.

Y aún podemos decir más: estamos unidos no solamente para el peligro, sino también para la grandeza, ya que un Portugal fabulosamente vocado al mar de los descubrimientos coincide, históricamente, con la maternidad de América por parte de nuestra España aventurera y circunnavegante.

Unidos para la grandeza y para el peligro. Juntos para la salvación común como dos naciones consortes, en los que la imagen matrimonial puede encontrarse incluso en la

grandiosa estampa de aquel arbitraje del Papa que, con el señalamiento por una línea de demarcación de las atribuciones geográficas de Portugal y España en el mundo, pareció trazar las capitulares de una unión sagrada de dos naciones ante Dios y ante la Historia de los hombres.

No es la unión por la espalda, a la manera de hermanas sicasmas, sino la voluntaria de dos individualidades que se saben destinadas y hasta predestinadas a una colaboración a la que si no obligasen razones de cordialidad lo harían, imperativamente, motivos de lógica conveniencia.

En estos días se reúnen en Madrid los Estados Mayores peninsulares para el estudio conjunto de la defensa peninsular. Se trata de un encuentro anual de altos jefes militares portugueses y españoles; pertenecientes a los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire.

La primera de estas reuniones de estudio tuvo lugar en 1952, y desde entonces se han venido celebrando todos los años alternativamente en Lisboa o en Madrid.

Aparte de los compromisos con las organizaciones de defensa occidental que cada una de las dos naciones pueda contraer, existe un deber de colaboración mutua en el ámbito inmediato, ya que la primera obligación de dos países soberanos, contiguos y en muy buena vecindad, es la de aprestarse a la defensa del bloque estratégico común.

Igual que la caridad bien entendida empieza por uno mismo, también la defensa del mundo libre se inicia con la de la propia casa, o de los dos ámbitos de vida separados por una pared medianera, pero bien unidos por los fuertes sillares maestros que delimitan —con claridad geográfica— un mismo espacio defensivo en el gran mapa mundial.

La realidad del Bloque Ibérico tenía también que concretarse en la previsión militar de esas reuniones de estudio.

No es que exista una causa inmediata que justifique esas reuniones. Hay el peligro grande de un imperialismo que amenaza al mundo libre, y de cuyas posibilidades de agresión no está excluida nuestra Península, y este hecho basta para que, en plena paz, se celebren reuniones defensivas. Pero aunque un motivo tan grande no existiera, nuestra vieja y común cultura nos dictaría la norma clásica del "si vis pacem...", cuyos preparativos permiten la paz.

mentando el número de volúmenes de la biblioteca, que llegó a ser de 80.000. Fue precisamente entonces cuando, de acuerdo con la voluntad paterna, decidió confiársela a un Estado, y más concretamente al prusiano. Esta donación se efectuó en 1927 y fue la base principal que dio vida a la Biblioteca Iberoamericana, cuando, por consecuencia de la guerra, fue preciso desalojarla de su antigua residencia, el día 12 de octubre de 1941, fecha de nueva y solemne apertura, la Biblioteca contaba con 220.000 volúmenes de los que 40.000 se perdieron hasta 1945.

La Biblioteca está instalada en Berlín-Lankwitz, en una antigua residencia rodeada de árboles frondosos. En el amplio palacio de que ahora dispone habitó hasta 1941 la familia Stemens.

Poco después de su recorrido por Marienfelde, el Ministro español de Asuntos Exteriores visitó aquella misma mañana la Biblioteca Iberoamericana y el edificio, muy dañado por la guerra, de la antigua Embajada española en Berlín.

"Siento la emoción de visitar esta ciudad y la necesidad de expresar mi gratitud por vuestra cordial acogida. En Berlín, "Azcázar" de Europa, están filios los ojos del mundo, porque es la prueba inequívoca de que existe ese genio a que se refería Ranke afirmando que "ha protegido siempre a Europa de una dominación unilateral y violenta".

"Al igual que Viena en los pasados siglos, los muros de la capital alemana han detenido ahora la ola amenazadora del Este. Con vosotros ha estado Europa entera, ha estado el mundo libre; Pero no dudo en afirmar que la voluntad de resistencia, la fidelidad al espíritu de Occidente, el amor a la libertad de los berlineses, han sido decisivos."

Con estas palabras inició el señor Castiella la alocución pronunciada en el Ayuntamiento durante la recepción que fue ofrecida en su honor tras la firma que diera fe de su existencia. En Bonn había firmado también en el Libro de Oro del Ayuntamiento y en el de Bad Godesberg, el barrio residencial diplomático. En estas dos veces, su firma siguió inmediatamente a la del ministro portugués de Asuntos Exteriores, Marcello Matias, y a la del Presidente Eisenhower.

No pudo estar presente el alcalde, Willy Brandt, a quien concedió audiencia el señor Castiella durante su estancia en Bonn para satisfacer los insistentes deseos de Brandt de cumplimentarle, ante la imposibilidad de hallarse en su ciudad en ocasión de la visita.

Después, y mientras el Ministro señor Castiella recorría Baviera, un ministro de la República Federal Alemana, el del Tesoro, doctor Hermann Lindrath, llegaba a Madrid, invitado por el Ministro Secretario General del Movimiento, don José Solís. El señor Castiella ha invitado a su vez, a visitar oficialmente España al conde Adenauer y al ministro de Economía, Ludwig Erhard. España y Alemania renuevan así una amistad de siglos.

Guillermo SOLANA



MONSEÑOR ARCADIO LARRAONA SARALEGUI, CARDENAL ESPAÑOL DE LA CURIA VATICANA

Una vida entre
el apostolado
y el estudio

Secretario de la
Sagrada
Congregación
de Religiosos
y canonista
de fama
internacional

COMO todos los días, los receptores de radio de Oteiza de la Solana, un pueblo navarro recostado en el kilómetro siete de la carretera de Estella a Navasqués, estaban conectados oyendo el «parte» de Radio Nacional de España. Algún vecino en las tierras de labor, pocas personas por la calle, porque el tiempo no invitaba a salir de casa. Y de pronto, entre el aluvión de noticias que desgranaban los locutores de la primera emisora española, llegó el anuncio de la elevación al cardenalato de un hijo del pueblo, el padre Arcadio Larraona Saralegui, Misionero Hijo del Inmaculado Corazón de María. Todos le conocían, sabían que vivía en Roma, desde hacía muchos años y que era un sabio y un santo. Su hermana Digna aún vive en el pueblo, y amigos, todos los vecinos.

LA NOTICIA DEL NOMBRAMIENTO, EN SU PUEBLO NATAL

Eran algo más de las dos y media de la tarde del lunes. La noticia se convirtió, sin pensarlo, sin organizarlo, en una llamarada de alegría. Nadie supo por dónde salieron los cohetes que rasgaron el afilado aire navarro de siseos y estampidos. Las campanas se echaron a volar en un alegre repique-teo anunciador de la buena nueva para el pueblo. El Alcalde se reunió inmediatamente con sus concejales y expidió un telegrama de felicitación a monseñor Arcadio Larraona, nuevo Príncipe de la Iglesia, cardenal de Curia e hijo de la villa. Aquella tarde los chavales del pueblo pudieron corretear a su gusto, sumándose al júbilo de todo el pueblo sin tener que sentarse en los bancos de la escuela. Ellos no estaban enterados a ciencia cierta del porqué de todo aquello. Pero las personas mayores sí que lo sabían de veras y, sobre todo, la hermana del nuevo purpurado, doña Digna Larraona, cuya casa se convirtió en una visita, en un abrazo, en una felicitación, en un beso continuado. A punto estuvo de sufrir un colapso, mitad por estas efusivas muestras de cariño, mitad por la emoción de la noticia. Su recia fibra navarra la mantuvo erguida, sencilla, dispuesta en todo momento.

En Puente la Reina, otro pueblo navarro, donde aún viven algunos parientes y en cuyo lugar nació su madre, doña Bertolina Saralegui, ocurrió algo parecido. Marcilla también se echó a la calle para celebrar la noticia y la casa de don Luis Larraona, hermano del nuevo cardenal, vio escenas parecidas a las ocurridas en la de doña Digna. Navarra vivía con esa alegría suya, pura, limpia, sin estremecimientos teatrales, la gloria de contar con un hijo suyo formando parte del Sagrado Colegio. La Diputación envió un telegrama de felicitación, así como todas las autoridades, a monseñor Larraona.

ELECCIONES Y ULTIMOS NOMBRAMIENTOS DE JUAN XXIII

Desde hacía tiempo se hablaba y se especulaba sobre el nombramiento de nuevos cardenales y

reorganización de las doce Sagradas Congregaciones, tres tribunales y cuatro oficinas que forman la Curia Vaticana, en cuanto se refiere al nombramiento de cardenales que iban a estar al frente de las mismas, tanto por la edad con que contaban algunos como por no tener misión concreta otros de los elevados a la púrpura en el último Consistorio. Se barajaban nombres, con esa especie de alegre inconsciencia de los que se atreven a especular con la vida secreta del Vaticano. Las vacantes producidas por la muerte de Tedeschini y la dimisión del cardenal Pizzardo aumentaron los comentarios.

Hasta que ha llegado la plena realización de lo que hasta ahora eran sólo conjeturas, la creación de ocho nuevos cardenales por Su Santidad Juan XXIII. Un español, monseñor Arcadio Larraona, claretiano; dos norteamericanos, monseñores Gregory Meyer y Aloisius Muench; un alemán, monseñor Agustín Bea, jesuita; tres italianos, monseñores Paolo Marella, Francesco Maramo y Gustavo Testa, y un escocés, monseñor William Theodore Heard. Todos menos monseñor Meyer, que seguirá al frente de su archidiócesis de Chicago, son cardenales de Curia. La clara visión de las necesidades del momento ha hecho que el Papa haya aumentado a 79 el número de cardenales, cifra máxima conocida en la historia de la Iglesia. Las necesidades son cada día mayores y la preparación y el Concilio mismo exigen que se aumente el Sagrado Colegio. De este modo son 31, en vez de 24 que había hasta este momento, los que pasan a integrar la Curia Vaticana. En total, un cardenal armenio, Agagianian; un argentino, Copello; dos franceses, Tisserant y Jullien; un inglés, Heard; un alemán, Bea; un norteamericano, Muench; un español, Larraona, que además de ser el primer cardenal que tienen los Hijos de San Antonio María Claret es el cardenal español que desde Merry del Val ocupa un cargo en la Curia Vaticana, ya que la estancia del cardenal Segura en la Curia, al ser expulsado de España no se puede considerar como tal, y los restantes italianos.

Ya se sabe la fecha del Consistorio secreto, el 14 de diciembre, y el público tres días más tarde. También se sabe con toda certeza y en contra de esas especies de extrañas quinielas que se acostumbra a hacer con los cambios de cardenales para una Curia u otra, los nombramientos realizados por Su Santidad. El cardenal Amleto Cicognani, antiguo Delegado Apostólico en los Estados Unidos, es desde ahora secretario de la Sagrada Congregación de la Iglesia Oriental, después de la dimisión de este cargo por el cardenal Tisserant, sin duda para dedicarse de lleno a su tarea como decano del Sagrado Colegio, y el cardenal Roberti, prefecto de la Signatura Apostólica.

Juan XXIII ha seguido la línea de su antecesor integrando en el Colegio Cardenalicio a personalidades de diversos países, así como la tradición de Papas anteriores a Pío XII: incremento del número de cardenales e ingreso de eclesiásticos pertene-

clientes a Ordenes e Institutos religiosos.

PRIMEROS ESTUDIOS EN ESPAÑA

Oteiza de la Solana es un pueblo navarro de 1.363 habitantes, dedicados a sus viñedos, algo de olivar y el cultivo de cereales. Oteiza es el lugar conceptuado en cuarto lugar en cuanto a recolección de cereales en la provincia. Oteiza tiene la luz limpia, el aire afilado, un cielo puro y una tierra de color duro, mate, propio de óleos de Zuloaga. A dos kilómetros, la mancha verdosa de un pinar. Y salpicadas por la tierra, los manchones de viñedos y olivares. La gente es noble, hecha para labrar esta tierra, que exige esfuerzo al entregar su fruto.

A las doce de la mañana del 13 de noviembre de 1887 inscribían en el folio 67 del tomo cinco del Registro Oficial de Oteiza a un niño que llevaba el nombre de Arcadio Larraona Saralegui. Media hora antes había nacido de legítimo matrimonio de Patricio Larraona, natural de la misma villa, y Bertolina Saralegui, como consta en el escrito. Setenta y dos años más tarde era nombrado cardenal de la Iglesia.

Arcadio Larraona comenzó sus primeros estudios, después de pasar por la escuela del pueblo, en el colegio de los padres escolapios de Estella, ingresando en el Seminario de los claretianos de Alagón, cerca de Zaragoza, cuando tenía doce años. Eran los días de 1899. Los primeros estudios de Humanidades, la zozobra de los exámenes, los compartió con los padres Martínez de Antoñana, célebre liturgista, que actualmente reside en la casa de escritores claretianos de Madrid, y Siervo Goyeneche, destacado canonista, catedrático y actual decano de la Facultad Jurídica de Letrán, en Roma.

Al acabar en Alagón marchó a Vich. En la casa madre del Instituto, donde se guardan los restos de San Antonio María Claret, hizo su año de noviciado, y más tarde cursó Filosofía y Teología en la célebre ex Universidad de Cervera, que los claretianos habían restaurado material y científicamente, y, finalmente, volvió a Alagón para estudiar Derecho y Moral, con lo cual concluyó su carrera sacerdotal. En 1911 recibía las sagradas órdenes en la basílica del Pilar de manos del cardenal Soldevilla. Este mismo año sus superiores le ordenaban trasladarse a Roma para seguir estudios jurídicos, en compañía del padre Salvador Espina, que actualmente desempeña el cargo de procurador de los claretianos ante la Santa Sede.

DOCTORADO «IN UTROQUE» EN ROMA

El padre Larraona cursó ambos Derechos, Romano y Canónico, en la Facultad del Apolinar, en la que ya entonces era profesor el padre Felipe Maroto, también español y claretiano, muy conocido por sus dos tomos de «Instituciones Canónicas» y por su actuación



En el Colegio de Alagón, monseñor Larraona cursó las Humanidades



A la izquierda, el padre Larraona cuando llegó a Roma en 1911. A la derecha, monseñor Larraona en la actualidad



Monseñor Larraona en un Congreso celebrado en España

numerosas Congregaciones romanas. Terminados sus estudios («in utroque»), el padre Larraona asistió, para perfeccionarse, a cursos libres en la Universidad de Roma, en la Gregoriana y en otros Institutos.

Desde el año que marchó a Roma ya no volvió, de un modo definitivo, a España. Primero, por

sus estudios, y más tarde, por su gran labor docente. En 1918, el padre Larraona empezaba a dictar Instituciones de Derecho Romano, y después, simultáneamente, de Derecho Canónico en la Facultad de Letrán—antes lo había hecho en el Apolinar— como sucesor del cardenal Massini.

Hasta hace muy poco tiempo,

el padre Larraona seguía ocupando su cátedra lateranense, en la cual ha sido sustituido por dos claretianos españoles, los padres Gutiérrez y Fuertes. Igualmente durante varios años fue profesor de Derecho de misioneros y religiosos en la Pontificia Facultad de Propaganda Fide, donde también le ha sustituido el claretiano chino Ignacio Ting Pong Lee, especialista en Derecho oriental.

Monseñor Arcadio Larraona fue nombrado subsecretario de la Sagrada Congregación de Religiosos el año 1943, diez años más tarde Pío XII le confería el cargo de secretario, y actualmente desempeñaba los siguientes cometidos: consejero de la Congregación de la Iglesia oriental, secretario de la Congregación de Religiosos; consejero de la Unión Nacional Pontificia de Cleros, consejero de las Comisiones Pontificias para la interpretación auténtica del Código de Derecho Canónico, para la codificación del Código Canónico Oriental, para los Archivos Eclesiásticos en Italia y para el Cine, Radio y Televisión, y miembro de la Comisión Pontificia en Iberoamérica.

EL APOSTOLADO Y EL ESTUDIO, CARACTERÍSTICAS DE SU VIDA

Si se quiere rastrear en su vida buscando esas anécdotas que pintan su carácter de un brochazo, nos encontramos con que nada sobresaliente hay en él. Nada que pueda llamar la atención de los que buscan lo raro como peculiar en la persona. Y, sin embargo, hay una serie de notas sencillas que definen de golpe lo que es y lo que lleva dentro monseñor Larraona. Un hombre extremadamente sencillo, afable, dotado de una capacidad de síntesis admirable, hasta el extremo de que las lecciones que pronunciaba en su cátedra parecían la exposición leída de una obra escrita. Hasta tal extremo apuraba este espíritu de magisterio que algunas veces llevaba a sus alumnos al Cerro Romano para explicarles, a la vista de los monumentos del Foro, las lecciones de Derecho. Eran estas las pocas veces que salía a pasear, pues su excesivo trabajo le ataban materialmente a los libros y a las numerosas consultas que le hacían.

El padre Larraona, bibliófilo empedernido, hizo algo muy significativo cuando llegó a la ciudad de los Papas: visitar hasta el último rincón, y recorrerla en su totalidad para empaparse de las maravillas que atesora Roma. El nuevo cardenal español—de quien se dice que es el hombre que más Derecho sabe de la Universidad Pontificia, Apolinar y Lateranense—tiene una memoria portentosa y recuerda perfectamente estrofas y párrafos de la literatura española, que conoce a fondo. Sin embargo, el padre Larraona ha tenido siempre como ansia insatisfecha el deseo de entregarse a la cura de almas. Y minuto que tiene libre lo emplea en el confesionario, en predicar o dar ejer-

cicios espirituales, sobre todo en sus vacaciones de verano y Navidad, que transcurren haciendo labor pastoral en cualquier aldea de Italia.

LABOR DOCENTE Y MAGISTERIO CANÓNICO

Aparte su tarea de largos lustros en la Congregación de Religiosos, desde los tiempos del cardenal La Puma, una de sus labores más importantes, aunque oscura y callada, ha sido su contribución asidua como miembro de la Comisión de Codificación Oriental.

Junto con la tarea docente, el padre Larraona ha simultaneado el magisterio de la pluma. En 1920, con los célebres canonistas Maroto y Goyeneche, fundó en Roma la revista «Commentarium pro Religiosis», cuyo prestigio en los centros científicos eclesiásticos no necesitaba palabras de alabanza. En ella, y desde su primer número, el padre Larraona viene comentando de manera exhaustiva los cánones de Derecho Canónico atinentes a los religiosos, comprendidos entre el 487 y el 681. Actualmente, según se puede comprobar en el fascículo III del «Commentarium» de este año, monseñor Larraona comenta el 577. Es esta una labor pacientísima, en la que vuelca todo su esfuerzo, su saber como canonista, hasta dejar todo perfectamente explicado y sin ningún cabo suelto, con una gran agudeza de interpretación, solidez en las sentencias y una erudición notable y muy al día que le obliga a citar los últimos libros y revistas que han tratado estos temas.

Al paso que lleva necesitaría otros treinta y ocho años para poner remate a su magnífica construcción jurídica.

ESCUELA DE CANONISTAS

Además de esta obra escrita, el padre Larraona ha formado una escuela de canonistas, hoy de fama internacional. Podemos decir que la mayoría de los obispos, nuncios y sacerdotes que han estudiado Derecho Canónico en Roma han sido discípulos suyos. En torno al «Commentarium», y en gran parte como obra de los padres Larraona y Goyeneche, ambos navarros, se ha ido formando una escuela de canonistas entre los cuales podemos enumerar al padre Cebrenos de Anta, catedrático de la Universidad Pontificia de Salamanca y autor de un denso tomo de Estudios Canónicos; a Monseñor Tabera, obispo de Albacete, que ha escrito un Derecho de religiosos que anda ya por la tercera edición; al padre Gerardo Escudero, secretario de la Conferencia española y de quien son los libros acerca del voto solemne de pobreza y de los Institutos Seculares; a monseñor Gerardo Fernández, actual obispo de Londrina, en el Brasil; a los catedráticos romanos padres Fuertes, Gutiérrez, Ting Pong Lee, Nicolás Gil, Gerardo Ruiz, Javier Ochoa, etcétera; que despliegan su saber en cátedras y en revistas, tales como el «Commentarium» y en la

madrileña «Vida religiosa», filial de la primera y que en la actualidad visita varios millares de conventos de América y España.

CARGOS EN SU CONGREGACION Y ACTUACIONES DE RANGO INTERNACIONAL

El padre Larraona se ha entregado de un modo absoluto a vivir el estricto espíritu de la Congregación. En ella ha desempeñado puestos altísimos, tales como superior de la Casa Generalicia de Roma, consultor de la provincia italiana, asistente a los Capítulos Generales en 1922, 1934, 1937 y 1949 y consultor general de la Congregación desde 1934 a 1949, con el cargo de prefecto general de estudios, desde el cual ha construido para los seminarios claretianos un «Ordo Studiorum» que ha sido tomado como modelo de varios otros institutos religiosos y ha promovido los estudios de especialización de la juventud de su Congregación en las principales Universidades.

Se atribuye al padre Lombardi la frase de que el padre Larraona, desde su Dicasterio, ha sido uno de los más activos trabajadores por el Mundo Mejor al movilizar a los religiosos. Como secretario del cardenal Valeri ha presidido y promovido Semanas y Congresos de religiosos de tanto volumen y alcance como los de España, Estados Unidos, Brasil, Argentina, Colombia, Portugal, y los Institutos Seculares saben muy bien lo que deben de orientación y apoyo al nuevo cardenal.

Una de sus actuaciones más brillantes la tuvo en 1933 en el Congreso Justiniano de Bolonia, con ocasión del XIV centenario de la publicación, por Justiniano, de las «Pandectas», asistiendo al mismo en representación de la Facultad Pontificia de San Apolinar y de España. De este Congreso queda al estudio en «El Derecho Justiniano en España», compuesto en colaboración con el doctor Tabera y publicado en el tomo II de las Actas del Congreso.

Otra de sus actuaciones fue en el Congreso Jurídico Internacional de Roma, del 12 al 17 de noviembre de 1934, en el que el padre Larraona expuso su tesis sobre «La potestad pública y la potestad privada en el Derecho romano y en el Derecho canónico comparativamente», que después ha sido largamente comentada por los principales canonistas.

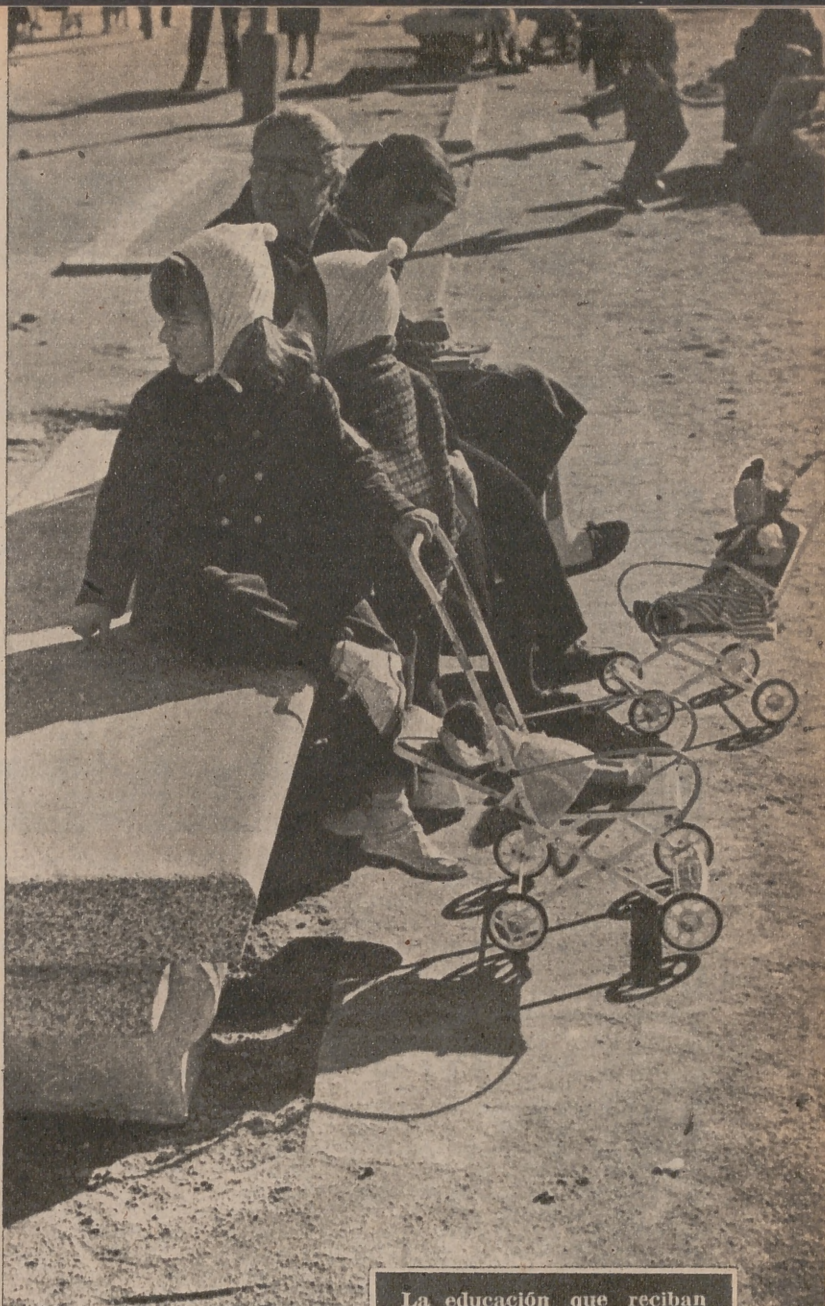
Monseñor Arcadio Larraona Saralegui, navarro, de formación espiritual y física ancha, robusta, generosa, es desde ahora Príncipe de la Iglesia. Toda la teoría de su vida y de su carácter puede quedar resumida en estas palabras que pronunció cuando los telegramas y las felicitaciones se amontonaban en la mesa de su despacho de la plaza de Pío XII. «Que los católicos españoles pidan por mí en este momento tan solemne como yo pido por ellos.»

Pedro PASCUAL

VIVIR EN FAMILIA

El hijo debe encontrar en la madre un refugio, en el padre un amigo

Normas para la formación infantil en el curso del Instituto Municipal de Educación de Madrid



La educación que reciban los niños en los primeros años de su vida es fundamental para la formación de su personalidad

VIVIR en familia no es sentarse todos juntos a la mesa, refirir por sistema los padres a los hijos, envidias entre hermanos, campar los pequeños por sus respetos, despreocuparse absoluta y totalmente los padres de la progeñe.

Vivir en familia es otra cosa; es tener unidad, armonía, confianza, educación. Y en este punto es, sin duda, donde radica uno de los seguros secretos del robustecimiento moral y físico de los hijos, de esos hijos que un día serán padres porque es ley de vida y volverán a tener los mismos o parecidos problemas, las mismas o parecidas dudas.

Educar bien a los hijos; he aquí la piedra filosofal. Pero, cómo hay que educar a los hijos ¿Cuáles son las reglas para hacerlo bien? ¿Qué cosas son las que deben rechazarse por nefastas y perjudiciales?

Nuestro Centro de Orientación Pedagógica y Extensión Cultural, desde su creación ha visto la conveniencia o más bien la necesidad de un activo diálogo sobre los problemas educativos actuales.

Por cine, radio, televisión, publicaciones. Por todos y cada uno de los medios de difusión, se procuran extender las preocupaciones hacia este factor tan impor-

tante como es la educación y formación de los futuros componentes de la sociedad. No en un solo país, sino en todos; la educación en la familia ha rebasado todas las fronteras para alcanzar la plena internacionalidad.

En algunos países estos problemas o cuestiones de educación del niño a través de la familia fueron dejados un poco al margen de lo diario, hace unos años; ahora vuelven a surgir pujantes en toda su fuerza y auténtico valor. No pueden desdafiarse impunemente sin que la sociedad entera se tambalee; así se viene demostrando en estos últimos tiempos y así forzosamente han tenido que reconocerlo.

Triste advertencia ha sido la ola de gamberrismo internacional que ha sumido en la vergüenza a infinidad de familias de todas latitudes.

Se han tomado, bien es cierto, toda clase de medidas para atajar este mal, pero sólo el retorno al sentido tradicional de la familia parece ser lo eficaz.

Pensando en ello se ha dado en crear en varios países unas

«escuelas de padres». En ellas, claro está, no existe la obligación de asistencia a clase y el demostrar por medio de exámenes, el conocimiento de ciertas asignaturas. Más bien cumplen el papel de fuente de orientación en todo tipo de problemas educacionales en los cuales las relaciones de los padres para con los hijos, y viceversa, son el objetivo principal.

VERTICE Y CENTRO DE LA FAMILIA

El niño es el centro de la familia durante una serie de largos años. Desde su nacimiento hasta que la vida lo independiza completamente de sus padres. Cuando nace es el acontecimiento cumbre de la vida matrimonial, todo pierde su sentido para desplazarse al centro del universo: «su niño», ríe, llora, come, no come; todo es tema de minucio-



Las lecturas, las horas de estudio, los momentos de descanso deben estar rigurosamente controlados en la vida de los pequeños

sa conversación, de preocupaciones, de alegrías, de disgustos. El padre desea acabar su trabajo cuanto antes para volver a casa. La madre olvida sus comidas, sus sopas, casi el hogar, porque tiene ante sí algo mucho más im-

portante y con lo cual se siente más plena, más llena de vida. Y, sin embargo, en extraña paradoja, es en esta importancia del hijo reside uno de los mayores peligros para la futura formación moral y física del niño.

Para centrar y divulgar la técnica de educar en casa al niño, el Instituto Municipal de Educación del Ayuntamiento de Madrid, con la colaboración de la Delegación Nacional de Asociaciones, de la Confederación Católica de Padres de Familia y de las Direcciones Generales de Administración Local y Enseñanza Primaria, ha iniciado un curso sobre «La familia y la educación» cuyas lecciones y conferencias durarán hasta mediados del próximo mes de diciembre; lecciones y conferencias que tienen lugar en los salones del Ayuntamiento madrileño.

A este curso asisten por partes iguales padres de familia y educadores. Y no es sólo un monólogo en el que se exponen particulares ideas por parte de los profesores y conferenciantes. Es también un campo abierto a toda clase de sugerencias, preguntas, ensayos e incluso controversias.

Uno de los problemas de esta educación en familia es conseguir que se efectúe en un ambiente humano y físico que favorezca el sano desarrollo de la personalidad. Y a esto tiende la labor del actual curso.

LA MADRE, FACTOR INSUSTITUIBLE EN LA VIDA INFANTIL

El curso, pues, es una especie de repaso a todos aquellos factores perjudiciales o favorables que pueden influir de modo más o menos decisivo en la formación futura del niño. Así, el doctor Vallejo-Nájera desarrolló el tema de «Niños difíciles» en la lección inaugural; de esos niños que, en frase de los padres o de los educadores, «no se puede hacer carrera de ellos».

Desde principios de siglo los

UN EJEMPLO PARA AFRICA

PHILIPPE Nourry, enviado especial del periódico parisiense "Le Figaro", en estos días ha publicado un amplio reportaje en el que recorre a Europa la ingente labor de nuestra Patria en ese recorte minúsculo en el mapa de África que lleva en la geografía el nombre de Guinea Española. Nourry, con imparcialidad objetiva y honrado sentido de la profesión informativa, da cuenta detallada en las columnas de su diario del amplio programa de inversiones y conversiones puesto en marcha por España en aquellas lejanas tierras del Continente negro, del alto nivel de vida alcanzado por los habitantes de esta provincia española —el más alto de todo el África, dice—; de cómo esta obra revolucionaria y sorprendente se debe sólo a una perfecta administración y a la acción creadora de excepcionales organizadores; los indígenas se benefician de todos los ingresos del país; la manera inteligente cómo se aplican las mejoras sociales y se hace accesible a todos los habitantes el derecho a los beneficios corporativos, convirtiéndolos rápidamente en pequeños propietarios terratenientes...

Sigue Nourry refiriendo su sorpresa ante la ciudad de Santa Isabel, verdadera gran

urbe con importantes recursos económicos, en la que los indígenas se sienten satisfechos de ser población y parte integrante de España, haciendo hincapié de cómo todo este panorama creador —que merece el periodístico y exacto calificativo de "la Suiza del Continente negro"— ha sido logrado en sólo quince años de esfuerzos por parte de España.

África es hoy materia de discusión y honda incógnita en el mundo occidental. La frase de Lenin que señala que el Continente negro es el camino de Europa, pesa en los ánimos de aquellos que tienen en sus manos la difícil responsabilidad del mundo libre. Es esta la hora africana de las independencias más o menos condicionadas, las conferencias y los separatismos muchas veces suicidas, en lo que hasta ahora fueron generosas colonias de los países europeos. Surgen estas soluciones como males menores ante lo que pueda suceder.

Y, en contraste, el panorama y el ejemplo de ese breve pedazo de África que ahora ha descubierto el periodista francés. Breve recorte del mapa africano donde reina la paz, el trabajo, la armonía y la más alta consideración humana.

científicos y pedagogos se han dedicado a investigar con atención las manifestaciones de la conducta desviada de los niños. ¿Qué había de orgánico, de transmisible, de hereditario?

Llegó a exagerarse el factor de lo hereditario. El «niño difícil» lo es más bien por contagio afectivo. El mismo niño trasladado a otro ambiente reacciona de distinta manera. Por tanto, la herencia influye, pero en un grado mucho menor del que se creía hasta ahora.

Otro papel a destacar en el desenvolvimiento manual del niño es el de la madre: la madre en los primeros meses es factor insustituible en la vida infantil.

En el Congreso Internacional de Psicología, René Spitz constituyó la sensación del Congreso con sus teorías sobre la relación «madre-niño». Últimamente parecía que se intentaba sustituir a la madre por un biberón esterilizado... Pero los resultados no fueron satisfactorios para los orgullosos hombres de ciencia. ¿Qué ocurría? Comparando la mortandad entre el grupo de niños «con madre» y los «con biberón», el porcentaje de los últimos era excesivamente alto para que fuese natural. Buscar y buscar la respuesta, a esto se dedicaron con ahínco, y la respuesta fue terriblemente desoladora para las encasilladas y frías mentes científicas: sencillamente los niños se morían por falta de amor.

Para el desarrollo del niño es indispensable la atmósfera afectiva que crea en torno suyo la madre o la persona que la sustituye.

Esta afirmación parece casi vulgar por lo manida, pero es que no paran ahí los trabajos de Spitz y de los psicólogos modernos. Es que se ha comprobado que el crecimiento físico e intelectual de los niños en sus primeros meses depende del afecto con que se les rodea.

Hay sucedáneos para la leche y el calor de la madre, pero no para el amor.

Los niños criados en orfanatos, aunque lo sean con toda clase de adelantos modernos se hallan más retrasados intelectualmente que los afortunados pequeños que poseen una madre y un hogar. La influencia de la madre en estos primeros momentos de la vida del niño es tan grande que llega a perfilar el futuro carácter e imprime sello a través de toda la existencia del individuo.

El ser humano es traído a la vida en un estado acentuado, de nula defensa, más que en cualquier especie animal. El hombre a su llegada al mundo se halla inadaptado; la transformación de esta inadaptación será lo que le permita más tarde poder transformar su mundo, su medio ambiente. Esta ventaja sobre el resto de los seres creados es maravillosa, pero lo es cuando esta transformación se hace del modo más conveniente, y solamente se puede hacer del modo más conveniente si obra sin prejuicios ni ocultos rencores primarios,

por parte de aquellas personas a cuyo cargo corre la gravísima responsabilidad de formar a un hombre o a una mujer.

CUANDO LLEGA UN HERMANITO NUEVO

El primer año, el mundo del niño es la madre; en el segundo, el padre irrumpe en su pequeño mundo. Aquí entra el sentido común de la pareja matrimonial. Los celos en esto son tan absurdos como contraproducentes. Uno y otro se disputan el afecto del hijo con mil artimañas y lo único positivo que consiguen es que el niño se sienta rey de ese mundo y comience a ser arbitrario, caprichoso e incluso aprende la mentira. Es peligrosísimo el que los padres y los hermanos mayores, si los hay, se saquen defectos unos a otros en presencia de los pequeñuelos. Estas envidias o bajezas producen en el niño una gran sensación de inseguridad, de imprecisión y así surge la argustia.

No hay que olvidar que el alma del niño está limpia y deseosa de grabar todo cuanto se le ofrece. El niño más distraído recoge con precisión cuanto se dice a su lado y no lo olvida.

Otro suceso que puede convertirse en drama terrible en la vida infantil es la llegada de un hermanito nuevo. Si los padres no proceden con cautela y conocimiento de causa puede surgir en el niño que se encuentra con la llegada de un hermanito o her-

manita claro es, una sensación de abandono, de desaliento, que no comprendiéndose por la pequeña mente, degenera en auténtica catástrofe síquica.

El niño que había sido hasta ese momento centro del mundo, ve su trono caído, su sitio desplazado por un intruso; ya los mimos, las atenciones no son para él. Y vienen las «anorexias infantiles». Los niños en estas circunstancias quieren llamar la atención como sea y a costa de lo que sea; dejan de comer, rompen todo cuanto cae en sus manos; hacen cualquier cosa con tal de atraer la atención de los ingratos mayores; le refirán, pero por lo menos le harán caso.

Aquí juegan un papel importantísimo la acción de los padres. Ellos tienen que conducir al niño hacia el nuevo hermanito, de manera que el pequeño se convierta en protegido del que ya estaba y sea éste una especie de vigilante y cuidador, en singular medida, del recién llegado. Las naturales expansiones afectivas de los mayores hacia el recién nacido deben prodigarse fuera de la presencia del que ya existía o, en todo caso, a través de él para que éste se sienta personaje importante y no rompa su situación de equilibrio síquico.

Las primeras impresiones, el juego inicial de las tendencias y afectos tienen un gran poder formativo.

El hombre no tiene, desde el principio, hecha su personalidad. Se la va haciendo a través de su

En el curso que actualmente se celebra en el Instituto Municipal de Educación de Madrid se estudian todos los aspectos relacionados con la educación familiar del niño



INFORME SOBRE LAOS

LA Prensa y la radio de medio mundo, precisamente el controlado por el comunismo ruso y chino, ha desencadenado una violenta campaña contra cuatro hombres: un italiano, un argentino, un tunecino y un japonés. Durante dos meses, ellos, como representantes de sus países respectivos, han formado parte de la Subcomisión investigadora nombrada por el Consejo de Seguridad de la O. N. U. para esclarecer el problema de Laos.

Su informe no ha sido precisamente una sorpresa; sólo ha hecho confirmar oficialmente, y de ahí su valor, las acusaciones que el Gobierno de Laos hacía contra los dirigentes comunistas del Vietnam del Norte. Las treinta y dos páginas mecanografiadas de que consta el informe remitido al Consejo de Seguridad el día 5 de noviembre constituyen la mejor prueba de la agresión comunista.

«Prácticamente todos los testigos interrogados (cuarenta sobre cuarenta y uno) acerca del particular han declarado que los elementos hostiles recibían apoyo desde el territorio de la República Democrática del Vietnam (Vietnam del Norte), principalmente bajo forma de ropas, armas, municiones, víveres y la ayuda de cuadros políticos.»

Si a estas declaraciones les faltara la mención geográfica podrían creerse extraídas de los informes de observadores en otros conflictos bélicos marcados por las mismas características. Es la misma técnica de Corea, de China, del propio Vietnam. Son los mismos procedimien-

tos practicados en la España roja donde, naturalmente, la ayuda material a la subversión iba siempre acompañada de la llegada de esos cuadros políticos cuya actividad resulta bien conocida.

Los cuatro miembros de la Subcomisión han atestiguado el carácter de lucha de guerrillas que ha tenido el conflicto de Laos. Así comenzó también la lucha en Vietnam sin perjuicio de que más tarde, reforzada la potencia de los rebeldes, incluso con artillería pesada, llegara el momento de entablar grandes batallas como la de Dien Bien Fu.

Naturalmente, esa lucha de guerrillas, sometida a retiradas rápidas tenía que contar con el apoyo del vecino país comunista. El informe señala la falta de un efectivo control del Gobierno de Laos sobre su frontera con el Vietnam del Norte. «Las fuerzas atacantes del Pathet Lao (comunista) han mantenido contacto con los puestos fronterizos del Vietnam del Norte y han atravesado la frontera muchas veces con plena impunidad, para refugiarse en el territorio del Vietnam del Norte.»

«No son estos los mismos métodos practicados en Corea cuando las tropas de Mac Arthur habían de hacer frente a los ataques de chinos y coreanos comunistas con base en la propia China, más allá de la frontera del río Yalú?»

El hecho de que la lucha revistiera el carácter de encuentros de guerrillas no impide, naturalmente, que, como señala el informe, algunas de estas operaciones tengan características de haber

sido coordinadas por un organismo central.

Para hacer aún mayor la similitud entre estas y otras agresiones comunistas los cuatro representantes de la Subcomisión afirman que no se ha podido comprobar la presencia en territorio de Laos de tropas regulares del Vietnam del Norte. Naturalmente, lo contrario hubiera sido precisamente una contradicción con las tácticas comunistas. Podrá haber ayuda material y registrarse la presencia de voluntarios, pero nunca darán pie a una acusación formal ante las Naciones Unidas con el envío de unidades militares de un país comunista.

El informe advierte que «del conjunto de las informaciones suministradas a la Subcomisión no se puede establecer con claridad si las tropas regulares de la República del Vietnam del Norte habían atravesado la frontera». Claro es que a continuación se cuida de subrayar que «en algunos casos ha sido comprobada la participación de elementos armados con características étnicas vietnamitas, pero que no han podido ser identificados como pertenecientes a formaciones regulares del Ejército del Vietnam del Norte».

La declaración de los representantes de la O. N. U. concluye afirmando que las actividades de las guerrillas van acompañadas de propaganda subversiva y del reclutamiento forzoso. Evidentemente los miembros de la Subcomisión han hecho méritos para ganarse el odio de los dirigentes comunistas de todo el mundo. Han tenido la valentía de decir la verdad.

vida. Pero no debe olvidarse que la primera forma de hacérsela es que se la hagan los demás. Los mayores, los padres, son los que deben formar esta personalidad inicial.

El niño actúa tal y como es, expresa en su conducta su pequeña personalidad. Esta es abierta, fácil de llegar a ella; en gran parte es indeterminada y por tanto susceptible de moldear, de influir. Por eso es profundo y duradero el influjo educativo que se recibe en los primeros años.

Podrá cambiar la vocación y el sentido de la vida personal, pero la base de nuestras reacciones espontáneas, de nuestra emotividad, están siempre condicionadas por la experiencia infantil.

LA MADRE, UN REFUGIO; EL PADRE, UN CAMARADA

El educar equivocadamente a los hijos, pues, es un grave lastre para el futuro de los niños.

Son los padres, por tanto, los que deben examinarse interiormente de sus acciones y comprobar —bien ante expertos, bien en centros especiales— si van, en lo de la educación de sus hijos, por buen camino.

En primer lugar, la madre debe tener absoluto control sobre sus reacciones, un dominio total sobre sus nervios. La inseguridad de la madre pasa al niño, la tensión nerviosa maternal le hace cometer brusquedades casi siempre inoportunas y fuera de lugar. Esto influirá decisivamente en la futura timidez del individuo y en muchas de las tempestades físicas y morales que sufrirá a lo largo de su existencia.

Otro de los errores en que se cae muy comúnmente es el de las excesivas demostraciones de cariño. Besuques, achuchones. Estas excesivas muestras de afecto hacen al niño endeble de carácter.

Otra falta es la educación pudente. Es necesario formar al niño desde sus comienzos, pero

nunca de un modo rígido y sin dejar el más mínimo resquebrajo a la encantadora espontaneidad infantil. Hay que darle a cada enseñanza su momento oportuno.

Hay padres que habiendo sido unas completas medianías intelectuales se atreven a reprochar a sus hijos el no ser el número uno de la clase, y lo peor de todo es que se atreven a asegurar que ellos lo fueron. Con ello lo único que consiguen es crear en sus hijos un sentimiento de inferioridad.

La educación, la enseñanza familiar debe permitir que la personalidad del niño se exprese, se enriquezca y desarrolle en su grado máximo. Por ello es preciso conocer las tendencias del niño para aprovecharlas y, sin ahogarlas ni reprimirlas, elevarlas a planos más altos, integrarlas en formas de conducta superiores. Sus tendencias espontáneas chocan muchas veces con la realidad y las experiencias dolorosas deben de evitarse en lo posible para que no se limite ni cohiba



La madre, refugio del amor para el niño, es un factor primordial en la vida del infante. Otro problema que conviene tener en cuenta es la llegada de un nuevo hermano al hogar

la espontaneidad previa. La personalidad crece y se alimenta de estos conflictos, pero si el choque es excesivamente fuerte, también puede velarse y esconderse; entonces ya no se expresará directamente en su conducta. El niño agresivo e indócil puede serlo no porque su personalidad sea firme y dominante, sino, al contrario, porque se sienta inseguro y frustrado.

Los ideales educativos son casi siempre inasequibles, pero es ese caminar hacia ellos lo que permite la formación paulatina, es decir, la posible perfección.

Al niño debe facultársele para que sea un poco maestro de sí mismo y en ello han de colaborar por igual la familia y la escuela.

La estructura de la familia ha variado desde hace unos cincuenta años. Antes una familia normal y corriente tenía siete y ocho hijos. Era casi como un «clan» en el que los niños desde su primera edad estaban acostumbrados a relacionarse con gente de su edad.

Hoy la familia se ha achicado, el niño está más solo. El hijo único casi nunca es conveniente; ocasiona trastornos psíquicos en ellos y en los padres. En el niño se produce esa sensación angustiosa del que está sólo en medio de una multitud.

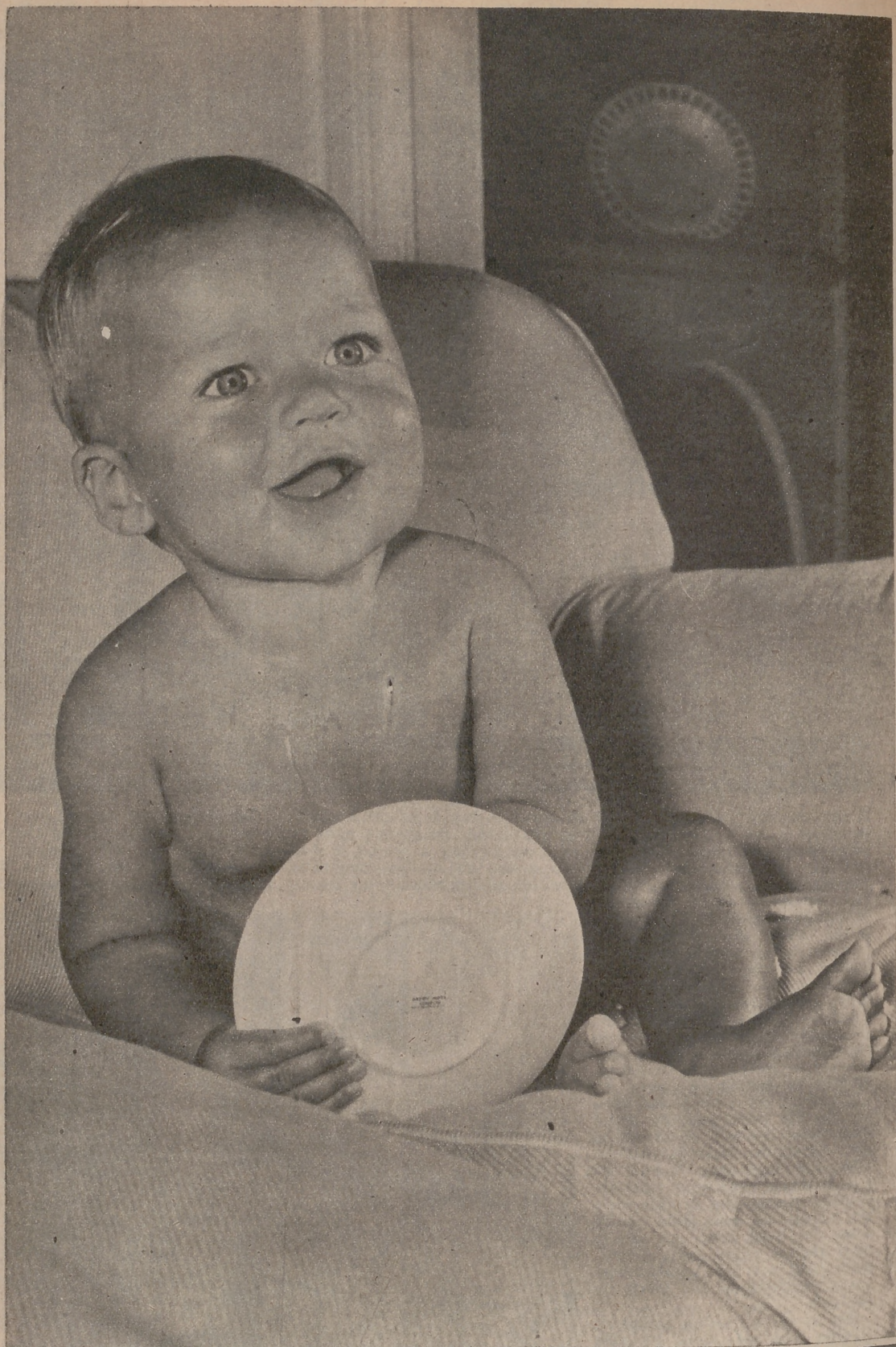
La inexperiencia de la madre es perjudicial en su primer hijo. Las neurosis infantiles son más corrientes entre los primogénitos y es porque en estos casos la mujer no entiende ni ha manejado niños hasta su matrimonio;

antes con las familias numerosas, las niñas de quince años ya estaban hechas a vestir y cuidar a sus hermanitos pequeños, con lo cual perdían todo temor.

La escala de valores que se establece en la familia actual también es distinta a la que se establecía no hace más de dos generaciones. Ahora el padre de-



Sobre la madre recae la gran responsabilidad de la educación de los hijos en el hogar



Las vivencias infantiles ejercen un poderoso influjo en la vida futura del niño

sea ser un camarada, un amigo para sus hijos, no el ser inabordable de antaño a quien todos querían pero ante el cual la lengua se encogía de temor. Si el padre es un camarada, la madre es un refugio de comprensión y de amor.

EN MADRID, UN CENTRO MODELO PARA LA EDU- CACION FAMILIAR

El día 23 de abril del próximo año de 1960, Día Universal del Niño, se inaugurará en Madrid,

en la calle de Mejía Lequerica, el nuevo edificio del Instituto Municipal de Educación del Ayuntamiento de Madrid. En él se abrirá un centro de información familiar en el que a través de consejos, publicaciones y consultas se ofrecerán soluciones a

cuantos problemas surjan sobre temas educativos y familiares.

El Instituto Municipal de Educación consta actualmente de seis secciones:

La de Extensión Cultural, que por medio de cine, radio, conciertos de la Sinfónica, visitas a los museos, etc., va acrecentando la afición cultural infantil.

La de Instituciones Sociales: Previsión, Seguro Infantil, Deportes, Intercambio Escolar.

La de Protección Escolar, que está en íntima relación con los organismos estatales del Movimiento y de la Iglesia.

El intercambio hasta ahora sólo se ha realizado con Barcelona, mediante él, muchos de nuestros niños pasan las Navidades en Cataluña y los barceloneses nos visitan en Semana Santa. Este intercambio tiende a extenderse por toda España.

Las otras cuatro secciones son de tipo técnico: Psiquiátrica, Médica, Psicológica y Pedagógica. Estas funcionan en régimen de laboratorio y de consulta.

Una novedad importante en el orden educacional es el nuevo curso de Educación Diferencial dedicado al estudio de los niños fronterizos con la anormalidad intelectual en más o en menos y que por ello se encuentran descentrados en las clases normales.

En la madrileña calle de la Palma se han abierto clases para este tipo de niños, que con un tratamiento médico-pedagógico adecuado se incorporan a la normalidad. De este servicio podrán disfrutar todos cuantos niños se hallen necesitados de él.

Y esta ingente labor es la que el Instituto Municipal de Educación se ha echado sobre sí.

La sociedad está bastante alejada de la escuela; gran número de familias, lo mismo de las clases altas que bajas creen resolver la cuestión, todos los primeros de curso con matricular a sus hijos en un centro. No es el Estado ni el Municipio, ni las entidades particulares quienes se han de encargar de la educación integral de los niños, sino que ésta se ha de hacer con la colaboración de los padres.

La organización de las horas de asueto no es posible seguir dejando esto en el olvido, muchas veces la labor de la escuela durante todo un curso es estropeada por una mala película o un rato de calle sin vigilancia.

La televisión, el cine, la radio, todos los medios de difusión se preocupan hoy por los problemas de la circulación en zona escolar. El Ministerio de Educación Nacional ha publicado folletos que son cartillas escolares en las cuales y con todo rigor se enseña el correcto modo de circular.

Dar, primero; pedir, después. Es uno de los preceptos evangélicos. Dar ideales educativos que respondan a la tradición de la familia española, es cuanto desea el Instituto, y así, después, podrá pedir individuos plenamente formados.

Encarnación MORENO

EISENHOWER A ESPAÑA

NUNCA podrá negarle la Historia a Dwight David Eisenhower, junto a otros méritos y laureles, la excelsa cualidad de amar la paz y propugnar la solidaridad de los pueblos. Virtud tanto más digna de alabanzas si nos tenemos a la turbulencia de los tiempos y a que el Presidente, conductor de la nación más poderosa de la Tierra, dispone de la más potente organización militar que conocieron los siglos.

No es sorprendente, por ello, el anuncio de otro viaje presidencial de 40.000 kilómetros, con el que se han de fortalecer, sin duda, los lazos de la comunidad humana. Esta iniciativa —acerca de la cual publicamos hace una semana extenso estudio— tiene para los españoles el singularísimo interés de ofrecernos la presencia de Eisenhower en Madrid para conferenciar con el Caudillo; noticia sensacional que, por exigencias del cierre tipográfico, no llegó a tiempo para ser incluida en nuestro último número.

Será ésta la primera vez que un Presidente de los Estados Unidos visite oficialmente nuestro país. Será, igualmente por vez primera, que Eisenhower pise tierra española. Pero será también, y antes que nada, la ocasión cordial para que dos grandes hombres de Estado —dos veteranos de guerras, de victorias y de paces—, buenos conocedores ambos de los corazones humanos, puedan dialogar en torno a las más graves cuestiones de nuestros días con esa sencillez y facilidad que otorgan, por una parte, el común y profundo conocimiento de los problemas, y por otra, la coincidente actitud de principio ante los mismos.

No son éstas unas frases de circunstancias, ni muchísimo menos. Cuando Francisco Franco, no hace aún tres meses, expresó al Presidente en un mensaje histórico sus personales puntos de vista sobre muy trascendentales asuntos políticos, el general Eisenhower tuvo la gentileza de reconocer y exponer, en su pública respuesta, que estaba "satisfecho al saber que comprende usted claramente el pensamiento básico que a ese respecto existe en mi mente". He aquí un dato de identificación, de sintonización intelectual que, si los más agudos comentaristas no dejaron de glosar en su día, no puede asombrar a nadie que conozca vidas y obras de estos dos hombres, Eisenhower y Franco.

Por lo demás, el trascendental acontecimiento que representa la proyectada visita encuadra sin estridencias,

aunque en marco de honor, en el panorama actual de los perfiles internacionales de España. Innecesaria es la cita, extensa por demás, de los contactos de alto nivel más recientes. Huelgan también las menciones al mutuo y leal entendimiento de los dos países. Es un amistad franca, sincera, que se nutre de realidades claras como la luz del día. "una amistad que no es fácil eludir", como dijera una vez entre norteamericanos José María de Arellano, nuestro inteligente embajador en Washington. Y si en aras de esta amistad con Estados Unidos, y de la hermandad hispanoportuguesa, hemos contraído nuestros más serios compromisos internacionales, no es menos cierto que en Europa cuenta y juega ya un papel que, desde hace centurias, dejó de protagonizar. Sin la más mínima renuncia a su entrañable condición de Madre Patria de cerca de veinte pueblos hispánicos; sin mengua de sus vinculaciones al mundo mogrebi y a la cultura árabe, que se engarzan en la propia Historia; con la recuperación de aquel pulso vital que parecía perdido fuera siempre, la política genuinamente española de Francisco Franco ha reportado el milagro de restituírnos insensiblemente, casi misteriosamente, sin visible esfuerzo y como por ley natural de los acontecimientos, al mosaico político de una Europa en vías de integración. Un puesto irrenunciable para España, por imperativos de todo orden, pero del que había desertado como consecuencia de mezquindades y torpezas sin cuento de nuestras clases dirigentes, que llegaron a legarnos algo peor aún: que Europa se acostumbra a ignorarnos y que el pueblo español se ahorrara, dócil, a tal desdén.

El 24 de agosto último escribió el Caudillo a Eisenhower: "Abrijo la esperanza, querido general, de que en alguno de vuestros viajes quisiérais deteneros en nuestra Nación". Pocos días después contestaba así el Presidente: "Le agradezco sumamente su amable invitación... Espero que algún día tendremos la oportunidad de disfrutar la amistosa hospitalidad española, de la que he oído hablar tanto. Entre tanto, querido general, le ruego acepte mi reiterado agradecimiento..."

Algunos —los de siempre— juzgaron este lenguaje cual meras expresiones de cortés epistolar. Sin embargo, tres meses después el mundo conoce ya la noticia: el 21 de diciembre próximo el Presidente Eisenhower vendrá a conocer España, Madrid y a Franco.

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas. - Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 150



VIVIR EN FAMILIA

Normas para la
FORMACION INFANTIL

(Pág. 57)